EL SIGLO DE LA LUZ

por

La Casa Universal de Justicia

Original escrito en inglés.



Miembros de la Casa Universal de Justicia, abril, 2005



La Sede de la Casa Universal de Justicia
Sobre Monte Carmelo, Haifa, Israel

PRÓLOGO

La conclusión del siglo XX proporciona a los bahá'ís una perspectiva privilegiada. Durante los pasados cien años nuestro mundo se ha visto sometido a cambios de una hondura jamás conocida en la historia, cambios que, en su mayor parte, apenas son conocidos por las presentes generaciones. Estos mismos cien años han dado fe de cómo la Causa bahá'í surgía de la oscuridad para demostrar, a escala global, el poder integrador de que le dotaba su origen divino. Al cerrarse el siglo, la confluencia de estos dos acontecimientos históricos resulta aún más patente.

'El Siglo de la Luz', preparado bajo nuestra supervisión, pasa revista a estos dos procesos y a la relación que los une en el contexto de las Enseñanzas bahá'ís. Lo encomendamos al estudio meditado de los amigos, en la confianza de que las perspectivas que abre se demostrarán espiritualmente fecundas y una ayuda práctica a la hora de compartir con los demás las impresionantes implicaciones de la Revelación que aporta Bahá'u'lláh.

LA CASA UNIVERSAL DE JUSTICIA

Naw-Rúz, 158 E.B

EL SIGLO DE LA LUZ

El siglo XX, el más turbulento de la historia humana, ha llegado a su fin. Aturdidos por el agravamiento del caos moral y social que ha identificado su curso, el conjunto de los pueblos del mundo ansían relegar al recuerdo los sufrimientos de todas estas décadas pasadas. No importa cuán frágiles sean los cimientos que sustentan la esperanza en un futuro, ni cuán enormes los peligros que acechan, la humanidad parece creer desesperadamente que, mediante alguna conjunción fortuita de circunstancias, podrá no obstante embridar sus designios para conformarlos a sus propios deseos dominantes.

A la luz de las enseñanzas de Bahá'u'lláh tales esperanzas no sólo son ilusorias, sino que pierden de vista por completo la naturaleza y significado del gran punto de inflexión por el que ha atravesado el mundo en estos cien años decisivos. Únicamente en la medida en que la humanidad llegue a comprender los alcances de lo ocurrido durante este período histórico será capaz de hacer frente a los desafíos que se extienden ante ella. El valor de la aportación que como bahá'ís podemos realizar al proceso exige que nosotros mismos comprendamos el significado de la transformación histórica forjada durante el siglo XX.

Lo que posibilita esta percepción, en nuestro caso, es la luz derramada por el Sol naciente de la Revelación de Bahá'u'lláh y la influencia que ésta ha llegado a ejercer en los asuntos humanos. Las siguientes páginas responden a esta oportunidad.

I

Reconozcamos desde un principio la magnitud de la catástrofe que la raza humana ha llegado a infligirse durante el período histórico que examinamos. Incalculables son las pérdidas en vidas humanas. La desintegración de las instituciones fundamentales del orden social; la violación -más aún, el abandono- de las normas de decencia; la traición de las conciencias, subyugadas por ideologías tan raquíticas como huecas; la invención y el despliegue de armas monstruosas de aniquilación masiva; la quiebra de naciones enteras y el sometimiento de grandes muchedumbres a una pobreza desesperanzada; la destrucción temeraria del medio ambiente; tales constituyen tan sólo algunas de las muestras más evidentes del catálogo de horrores desconocidos incluso en las edades más aciagas del pasado. El mero hecho de mencionarlas trae al recuerdo los avisos divinos expresados hace un siglo por boca de Bahá'u'lláh: "¡Oh desatentos! Aunque los portentos de Mi

Misericordia abarcan todas las cosas creadas, tanto visibles como invisibles, y aunque las revelaciones de Mi gracia y munificencia han calado en cada átomo del universo, no obstante la vara con la que puedo escarmentar al malvado es aflictiva, y la fiereza de Mi furia contra ellos, terrible". [1]

A fin de evitar que ningún observador de la Causa se viera tentado de desnaturalizar tales avisos tomándolos por simple metáfora, Shoghi Effendi, al extraer algunas de las implicaciones históricas, escribía en 1941:

> *Una tempestad de violencia sin precedentes, de rumbo imprevisible, y de efectos catastróficos inmediatos, de resultados finales inimaginablemente gloriosos, barre en la actualidad la faz de la tierra. La fuerza que la impulsa aumenta inexorablemente en extensión e ímpetu. Su poder de purificación, aunque inadvertido, crece día a día. La humanidad, atrapada en las garras de su fuerza arrolladora, se siente desconcertada ante las pruebas de su irresistible furia. No puede percibir su origen, ni su significación, ni discernir su resultado. Perpleja, angustiada e impotente, ve cómo este grande y poderoso vendaval de Dios invade las más lejanas y más hermosas regiones de la tierra, sacude sus cimientos, trastorna su equilibrio, divide sus naciones, destruye los hogares de sus pueblos, arrasa sus ciudades, envía al exilio a sus reyes, derriba sus baluartes, desarraiga sus instituciones, oscurece su luz y atormenta las almas de sus habitantes.* [2]

*

Desde el punto de vista de la riqueza e influencias, "el mundo" de 1900 lo constituía Europa y, bien que a regañadientes, Estados Unidos. En todo el planeta, el imperialismo occidental iba en pos de lo que consideraba su "misión civilizadora" entre las poblaciones de otros países. En palabras de un historiador, el primer decenio del siglo presentaba visos de ser en esencia una continuación del "dilatado siglo XIX" [3]*, una era cuya desbordante autocomplacencia iba a hallar su epítome en los actos con que en 1897 se celebraron las bodas de diamante de la Reina Victoria, efeméride que vio cómo las calles de Londres acogían durante horas el mayor desfile y despliegue de panoplia y poderío militares jamás presenciados por civilización alguna.*

Al iniciarse el siglo, pocos eran, fuera cual fuere su sensibilidad social o moral, los que podían presentir las catástrofes que se avecinaban, y pocos, si es

que los hubo, quienes podían concebir su magnitud. Las jefaturas militares de los estados mayores de una mayoría de las naciones europeas daban por sentado que habría algún estallido bélico de uno u otro tipo, pero contemplaban esta perspectiva con ánimo sereno debido a dos firmes convicciones: la contienda sería corta y... la ganarían ellos. En un grado que podía parecer poco menos que milagroso, el movimiento internacional por la paz había conseguido el apoyo de hombres de estado, industriales, eruditos, medios de difusión, y aun de personalidades influyentes y tan insólitas como el propio Zar de Rusia. Aunque el incremento desmesurado de armamentos parecía ominoso, la red laboriosamente entretejida y a menudo imbricada de alianzas parecía garantizar que podría evitarse una conflagración general y que se resolverían las contiendas regionales, tal como había venido sucediendo a lo largo del siglo anterior. Esta ilusión quedaba reforzada por el hecho de que las testas coronadas de Europa, la mayoría de ellas miembros de una misma amplia familia, y muchas de ellas en ejercicio de un poder político en apariencia decisivo, se trataban mutuamente por sus apodos, se cruzaban correspondencia íntima, se daban sus hijas y hermanas en matrimonio, compartían vacaciones durante largos períodos del año en que disfrutaban de los castillos, regatas y cotos de caza de unos y de otros. Más aún, las penosas disparidades en la distribución de la riqueza de las sociedades occidentales habían sido objeto de esmerada atención -si bien no muy sistemática- mediante legislación destinada a atajar lo peor de los despidos corporativos, característicos de los decenios anteriores, y a atender las demandas más urgentes de las crecientes poblaciones urbanas.

Por ese mismo entonces, la inmensa mayoría de la familia humana, situada fuera de la órbita del mundo occidental, compartía pocas de las bendiciones y apenas algo del optimismo que rezumaban sus hermanos europeos y americanos. China, pese a su antigua civilización y a esa sensación de ser el "reino de en medio", era ya por entonces infeliz víctima del saqueo perpetrado por las naciones occidentales y por su vecino modernizado, Japón. Las multitudes de la India, cuya economía y vida política habían caído tan completamente bajo el dominio de un único poder imperial que incluso el habitual regateo les era imposible, esquivó varios de los peores abusos que afligieron a otras tierras, pero padeció indefensa la sangría de sus recursos más vitales. El calvario que se avecinaba sobre América Latina quedaba muy claramente prefigurado en el sufrimiento de México, país del que amplios sectores fueron anexionados por su gran vecino del Norte, y cuyos recursos naturales habían atraído la atención de firmas extranjeras. Particularmente

embarazoso desde el punto de vista occidental -por lindar con capitales europeas tan rutilantes como Berlín y Viena- era el régimen de opresión medieval bajo el cual los cien millones de siervos rusos, nominalmente manumitidos, llevaban una existencia sombría y desesperanzada. Más trágica, si cabe, era la suerte de los habitantes del continente africano, divididos entre sí por fronteras artificiales creadas de resultas del cínico regateo operado por los poderes europeos. Se calcula que durante el primer decenio del siglo XX más de un millón de personas perecieron en el Congo -muertos de hambre, apaleados, literalmente agotados por el exceso de trabajo realizado a beneficio de sus amos distantes, como preludio del destino que había de arrastrar a más de cien millones de sus congéneres de Europa y Asia antes de que culminase el siglo. [4]

Las grandes muchedumbres de la humanidad, expoliadas y burladas, pero representativas de la mayoría de la población mundial, no eran vistas como protagonistas sino esencialmente como objetos del tan pregonado proceso civilizador del nuevo siglo. A pesar de los beneficios que le reportaban a una minoría de entre éstas, los pueblos coloniales existían fundamentalmente para que se actuase en ellos -como objeto de uso, formación, explotación, cristianización, civilización, movilización- al socaire de las mudables prioridades dictadas por las potencias occidentales. Dichas prioridades quizá fueran severas o leves en cuanto a su plasmación, ilustradas o egoístas, evangélicas o explotadoras; pero venían modeladas por fuerzas materialistas que determinaban tanto su sentido como la mayor parte de sus fines. En gran medida, las devociones religiosas y políticas de diversa suerte lo que hacían no era sino enmascarar tanto los fines como los medios a los ojos del público de tierras occidentales, que de esta forma extraía cierta satisfacción moral de las bendiciones que sus naciones supuestamente conferían a pueblos menos dignos, en tanto que ellos mismos disfrutaban de los frutos materiales de esta benevolencia.

Señalar los tropiezos de una gran civilización no implica negar sus logros. Al abrirse el siglo XX, los pueblos de Occidente podían enorgullecerse con razón de los avances tecnológicos, científicos y filosóficos atribuibles a sus respectivas sociedades. Decenios de experimentación habían colocado en sus manos unos medios materiales de alcances insospechados para el resto de la humanidad. Tanto en Europa como en América se habían alzado grandes emporios industriales dedicados a la metalurgia, a la manufactura de productos químicos de toda suerte, tejidos, construcción y producción de

instrumentos que realzaban cualquier faceta de la vida. Todo un proceso de descubrimientos, diseño y mejora facilitaba un poder de magnitud inimaginable (aunque con consecuencias ecológicas igualmente insospechadas por entonces), un proceso posibilitado especialmente por el uso de una electricidad y combustible baratos. La "era de los ferrocarriles" se encontraba ya muy avanzada y los vapores surcaban las rutas marítimas del mundo. Con la proliferación del telégrafo y el teléfono, la sociedad occidental se adelantaba al momento en que iba a verse libre de los efectos limitativos que las distancias geográficas habían impuesto a la humanidad desde la aurora misma de la historia.

Los cambios que iban teniendo lugar en un nivel más profundo del pensamiento científico revestían alcances incluso muy superiores. El siglo XIX se había mantenido todavía bajo el influjo de la perspectiva newtoniana, la cual concebía el mundo como un inmenso sistema de relojería. Ahora bien, a fines de aquel siglo ya se habían producido los avances que habrían de transformar semejante cuadro. Surgían por entonces nuevas ideas que conducirían a la formulación de la mecánica cuántica; y no hubo de transcurrir demasiado tiempo sin que los efectos revulsivos de la teoría de la relatividad pusieran en solfa las creencias sobre el mundo, ideas que hasta entonces se habían aceptado durante siglos como si fueran de sentido común. Tamaños avances se vieron animados, y su influjo grandemente amplificado, por el hecho de que la ciencia se había transformado al pasar de ser una actividad propia de pensadores aislados a ser una ocupación acometida de forma sistemática por parte de una comunidad internacional amplia e influyente, la cual se movía en entornos universitarios, laboratorios y simposios destinados al intercambio de descubrimientos experimentales.

Tampoco se limitaba la potencia de las sociedades occidentales a los avances científicos y técnicos. Conforme amanecía el siglo XX, la civilización occidental pudo cosechar los frutos de una cultura filosófica que daba rienda suelta a las energías de sus poblaciones, y cuyo influjo produciría un impacto revolucionario en el mundo entero. Fue ésta una cultura que conducía al gobierno constitucional, que hacía alarde del imperio de la ley y del respeto hacia los derechos de todos los miembros de la sociedad, una cultura que trazaba como horizonte para todos las perspectivas de una próxima edad de justicia social. Si bien las proclamas de libertad e igualdad que inflaban la retórica patriótica de los países occidentales no se comparaban en absoluto con

las condiciones imperantes, los occidentales podían, con razón, celebrar los avances obtenidos a lo largo del siglo XIX en dirección hacia esos ideales.

Desde una perspectiva espiritual, la época estaba hechizada por una dualidad extraña y paradójica. En casi todos los ámbitos el horizonte intelectual estaba ensombrecido por esas nubes de la superstición surgidas de la imitación irreflexiva de otras épocas. Para la mayoría de la población mundial, las consecuencias oscilaban entre una ignorancia profunda sobre las potencialidades humanas o sobre el universo físico y el apego ingenuo a teologías que ya no guardaban apenas relación con la experiencia. Allá donde los vientos del cambio lograron despejar las brumas entre las clases educadas de los países occidentales, las ortodoxias heredadas se vieron harto a menudo reemplazadas por la plaga de un secularismo agresivo que cuestionaba tanto la naturaleza espiritual de la humanidad como la autoridad de los propios valores morales. En todas partes, la secularización de los niveles superiores de la sociedad iba emparejada a un oscurantismo religioso, predominante entre el grueso de la población. En el plano más profundo, y debido a que la influencia de la religión suele calar hondo en la psique humana reclamando para sí una clase singular de autoridad, durante generaciones sucesivas todos los países han visto cómo los prejuicios religiosos mantenían vivos los rescoldos de los odios viscerales que habrían de alimentar los horrores de los siguientes decenios[5]

II

Sobre el telón de fondo que dibujaba esta mezcla de falsa confianza y profunda desesperación, de iluminación científica y penumbra espiritual, surgió con el siglo XX la figura luminosa de 'Abdu'l-Bahá. El camino que Le había traído a esta coyuntura apoteósica en la historia de la humanidad había recorrido más de cincuenta años de exilio, encarcelamiento y privaciones, de los cuales ni un solo mes podría calificarse de sosiego o tranquilidad. Había llegado a esta hora resuelto a proclamar tanto a los receptivos como a los desatentos el establecimiento en la tierra de ese reino prometido de paz y justicia universales que a lo largo de los siglos había dado alas a la esperanza. Sus cimientos, declaró, los constituirían la unificación, en este "siglo de la luz", de las gentes del mundo:

> *En este día (...) los medios de comunicación se han multiplicado, y los cinco continentes de la tierra se han fundido virtualmente en uno solo (...) Del mismo modo, todos los miembros de la familia humana, ya se trate de pueblos o de gobiernos, de ciudades o de aldeas, se han vuelto cada vez más interdependientes (...) De ahí que la unidad de la humanidad pueda lograrse en este día. En verdad, ésta no es sino una de las maravillas de esta prodigiosa edad, de este siglo glorioso.[6]*

Durante los prolongados años de encarcelamiento y destierro que siguieron a la negativa de Bahá'u'lláh de servir a los intereses políticos de las autoridades otomanas, a 'Abdu'l-Bahá Le fue confiada la dirección de los asuntos de la Fe junto con la responsabilidad de actuar como portavoz de Su Padre. Un aspecto significativo de esta labor lo constituían las relaciones con los funcionarios locales y provinciales que venían a recabar Su consejo con relación a sus propios problemas. No muy diferentes eran las necesidades que acuciaban en el país natal del Maestro. Ya en 1875, y en respuesta a las instrucciones de Bahá'u'lláh, 'Abdu'l-Bahá dirigió a los gobernantes y pueblos de Persia el tratado titulado El Secreto de la Civilización Divina, en el que sentaba los principios espirituales que habrán de guiar la configuración de esta civilización en la era de la madurez humana. Los párrafos de apertura hacían un llamamiento al pueblo de Irán instándolo a que reflexionase sobre las lecciones que la historia nos depara en torno a las claves del progreso social:

> ***Considera atentamente: todos estos fenómenos variados, estos conceptos, este conocimiento, estos métodos técnicos y sistemas filosóficos, estas ciencias, artes, industrias e inventos; todos son emanaciones de la mente humana. Cuanto más se han adentrado las gentes en este océano sin fondo, tanto más se han superado. La dicha y el orgullo de una nación consisten en esto, a saber, en que han de brillar como el sol en el alto cielo del conocimiento. "¿Podrán los que poseen conocimiento y quienes no lo poseen recibir idéntico trato?". [7]***

El Secreto de la Civilización Divina presagiaba la orientación que habría de fluir de la pluma de 'Abdu'l-Bahá en los decenios ulteriores. Tras la devastadora pérdida que siguió a la ascensión de Bahá'u'lláh, los creyentes persas vieron revivir sus corazones con una marea de Tablas procedentes del Maestro, Tablas que suministraban no sólo el necesario sostén espiritual, sino también las directrices que les permitirían orientarse en medio de la agitación que sacudía el orden establecido de su país. Dichas comunicaciones, que alcanzaron incluso a las aldeas más diminutas repartidas por el país, daban respuesta a requisitorias y preguntas formuladas por un sinfín de creyentes, a quienes, por ese medio, se les impartía ánimos, orientaciones y seguridad. Así, por ejemplo, en una Tabla dirigida a los creyentes de la aldea de Kishih, se menciona por su nombre a casi 160 habitantes; hablando de la época que alboreaba, dice el Maestro: "Éste es el siglo de la luz", y a continuación explica que el significado de esta imagen es la aceptación del principio de la unidad y sus implicaciones:

> ***Con ello quiero expresar que los amados del Señor deben considerar a todos los malintencionados como deseosos del bien (...) esto es, deben relacionarse con un enemigo como corresponde a un amigo, y tratar al opresor como si fuera un compañero amable. No deberían fijarse en las faltas o las transgresiones de sus enemigos, ni prestar atención a su enemistad, iniquidad u opresión. [8]***

Cosa extraordinaria en este caso, esta pequeña compañía de creyentes perseguidos, afincada en un rincón remoto de un país que todavía permanecía por lo demás intacto y ajeno a la vida social e intelectual exteriores, queda emplazada en virtud de esta Tabla a remontar la mirada por encima de las preocupaciones locales y observar, desde el plano global, las implicaciones de la unidad:

> ***Antes bien, deberían ver a los pueblos a la luz del llamamiento de la Bendita Belleza en el sentido de que todos los miembros de la raza humana son siervos del Señor de poder y gloria, ya que Él ha puesto a la creación entera bajo el alcance de Su expresión munífica, y ha dispuesto que les mostremos a todos amor y afecto, sabiduría y compasión, fidelidad y unidad, sin discriminación alguna.*** [9]

En este caso, el llamamiento del Maestro no sólo invita a alcanzar un nuevo nivel de comprensión, sino que también entraña la necesidad de comprometerse con hechos. En la urgencia y confianza que destila este lenguaje puede apreciarse el poder que habría de dar origen a los grandes logros protagonizados por los creyentes persas en los decenios posteriores, tanto en la promoción mundial de la Causa como en la adquisición de las capacidades que han de impulsar la civilización:

> ***¡Oh vosotros amados del Señor! Con máxima gloria y alegría, servid al mundo de la humanidad y amad a la raza humana. Desviad vuestros ojos de las limitaciones y desembarazaos de las restricciones, pues (...) librarse de ellas redunda en bendiciones y favores divinos.***
>
> ***Por lo cual, no descanséis, ni siquiera un instante; y no busquéis un minuto de tregua ni un momento de reposo. Alzaos, como las olas de un enorme mar, y bramad como el leviatán del océano de la eternidad.***
>
> ***Por tanto, mientras haya un latido de vida en las venas, hay que esforzarse y laborar, y afanarse por establecer unos cimientos que el paso de los siglos y ciclos no pueda socavar, y por levantar un edificio que el transcurso de las edades y eones no pueda derribar- un edificio que resulte eterno y duradero, de modo que la soberanía del corazón y del alma pueda asentarse y afianzarse en ambos mundos.*** [10]

Desde una perspectiva mucho más desapasionada y global que la actualmente posible, los historiadores sociales del futuro, beneficiarios de un acceso sin obstáculos a toda la documentación primaria, estudiarán minuciosamente la transformación lograda por el Maestro en aquellos albores. Día tras día, mes tras mes, desde un exilio distante donde sufría el acoso continuo de una hueste inclemente de enemigos, 'Abdu'l-Bahá logró estimular la expansión de la comunidad bahá'í persa, y más aún moldear su conciencia y vida colectivas. El resultado fue el surgimiento de una cultura, no importa

cuán localizada, que carecía de paralelo alguno en la historia de la humanidad. Nuestro siglo, con todas sus revueltas y pretensiones grandilocuentes de crear un nuevo orden, carece de un ejemplo comparable de aplicación sistemática de los poderes de una sola Mente a la construcción de una comunidad diferenciada y triunfante que cifraba su esfera última de actuación en el propio planeta.

Pese a sufrir atrocidades intermitentes a manos del clero musulmán y sus valedores, y sin contar con la protección de la sucesión de indolentes monarcas Qájáres, la comunidad bahá'í persa halló un nuevo soplo de vida. El número de creyentes se multiplicó en todas las regiones del país, se adhirieron personas destacadas de la vida social, incluyendo miembros influyentes del clero, y los precursores de las instituciones administrativas empezaron a asomar en forma de rudimentarios cuerpos consultivos. Apenas cabe exagerar la importancia de este último acontecimiento. Así fue cómo en un país y en medio de una población acostumbrada desde siglos a un sistema patriarcal donde toda la autoridad ejecutiva y decisoria se concentraba en manos de un monarca absoluto o de mujtahides shí'íes, surgía una comunidad, representativa de todos los sectores de esa misma sociedad, que había roto con el pasado, asumiendo por sí misma la responsabilidad de decidir sus asuntos mediante actuaciones consultivas.

En la sociedad y cultura que el Maestro iba desarrollando, las energías espirituales se expresaban en los asuntos prácticos más cotidianos. El énfasis en las enseñanzas sobre educación proporcionó el impulso que llevó al establecimiento de escuelas bahá'ís en la capital y en otros centros provinciales, incluyendo la escuela Tarbíyat de niñas [11], la cual habría de alcanzar renombre en todo el país. Gracias al auxilio prestado por los colegas bahá'ís norteamericanos y europeos, a estas iniciativas pronto habrían de sumarse clínicas y otras instituciones médicas. Una red de correo de ámbito nacional facilitaba a la esforzada comunidad bahá'í los rudimentos de un servicio postal del que el resto del país carecía ostensiblemente. Los cambios operados afectaban incluso a las circunstancias más caseras del día a día. Así por ejemplo y atendiendo a las leyes del Kitáb-i-Aqdas, los bahá'ís persas abandonaron el uso de los inmundos baños públicos, focos contagiosos de enfermedades e infecciones, para dar paso al empleo de duchas de agua corriente.

Todos estos avances, ya fueran sociales, organizativos o prácticos, derivaban su empuje de la transformación moral que de forma continua iba distinguiendo a los bahá'ís -incluso a los ojos de quienes se mostraban hostiles a la Fe- como candidatos para puestos de confianza. El que cambios de tan grandes alcances se produjeran tan rápidamente en un segmento de la población persa, destacándola de la mayoría circundante, casi toda ella hostil, era una demostración de los poderes liberados gracias a la Alianza establecida por Bahá'u'lláh con Sus seguidores y a la asunción de 'Abdu'l-Bahá de la jefatura de que esta misma Alianza Le había investido singularmente.

Durante aquellos años la vida política persa no conoció prácticamente sino el desconcierto. En tanto que el sucesor inmediato de Násiri'd-Dín Sháh, Muhaffari'd-Dín Sháh, se vio inducido a aprobar una constitución en 1906, el sucesor de éste, Muhammad-'Alí Sháh, disolvió de forma temeraria los dos primeros parlamentos, en cierta ocasión llegando incluso a atacar con cañones el edificio en donde se reunía el legislativo. El así llamado "Movimiento Constitucional" que le derrocó y que obligó a Ahmad Sháh, el último rey Qájár, a convocar un tercer parlamento, se vio escindido por facciones rivales manipuladas desvergonzadamente por el clero shí'í. Los esfuerzos realizados por los bahá'ís a fin de desempeñar un papel constructivo en este proceso modernizador se vieron frustrados una y otra vez por las facciones monárquica y popular, ambas inspiradas por el prejuicio religioso dominante que veía en la comunidad un mero chivo expiatorio de conveniencia. Una vez más, sólo una edad políticamente más madura que la nuestra podrá apreciar el modo en que el Maestro -sentando un ejemplo de lo que serían los desafíos que inevitablemente habría de afrontar la comunidad bahá'í en el futuro- guió a la atribulada comunidad para que hiciera todo lo necesario para animar la reforma política, y luego mostrarse dispuesta a hacerse a un lado cuando dichos esfuerzos se vieran rechazados con cinismo.

No fue sólo gracias a Sus Tablas como logró 'Abdu'l-Bahá esta influencia en la comunidad bahá'í, la cual había de experimentar tan rápido desarrollo en la cuna de la Fe. A diferencia de sus correligionarios occidentales, los bahá'ís persas carecían de atuendo o apariencia que los distinguiese de los demás pueblos del Cercano Oriente, por lo que los viajeros venidos desde Persia no despertaban las sospechas de las autoridades otomanas. En consecuencia, la afluencia constante de peregrinos persas fue para 'Abdu'l-Bahá otro medio potente de inspirar a los amigos, de guiar sus actividades y de acercarlos incluso más hondamente a la comprensión del

propósito de Bahá'u'lláh. Algunos de los nombres más eximios de la historia persa bahá'í figuran entre aquellos que viajaron a 'Akká y regresaron a sus hogares dispuestos a entregar la vida si fuera necesario para hacer realidad la visión del Maestro. El inmortal Varqá y su hijo Rúhu'lláh forman parte de este privilegiado contingente, al igual que Hájí Mírzá Haydar 'Alí, Mírzá Abu'l Fadl, Mírzá Muhammad-Taqí Afnán y otras cuatro distinguidas Manos de la Causa, Ibn-i-Abhar, Hájí Mullá Alí Akbar, Adbu'l-Ulamá e Ibn-i-Asdaq. El espíritu que hoy día sostiene a los pioneros persas en cualquier parte del mundo y que desempeña un papel tan creativo en la construcción de la vida comunitaria bahá'í discurre como una línea recta que atraviesa una familia tras otra hasta remontarse a aquellos días heroicos. Retrospectivamente, se hace evidente que el fenómeno que hoy día conocemos como los dos procesos hermanos de expansión y consolidación también tienen su origen en aquellos años portentosos.

Inspirados por las palabras del Maestro de que daban cuenta a su regreso los peregrinos, los creyentes persas se alzaron a emprender actividades de enseñanza viajera por el Lejano Oriente. Ya durante los últimos años del Ministerio de Bahá'u'lláh se habían establecido comunidades en la India y Birmania, y la Fe había llegado incluso hasta la lejana China. Esa misma labor se veía ahora reforzada. Prueba ostensible de los nuevos poderes de esta Causa fue la erección en la provincia rusa de Turquestán, donde se había desarrollado una vida comunitaria bahá'í vigorosa, de la primera Casa de Adoración bahá'í del mundo [12], cuyo proyecto fue inspirado por el Maestro y guiado desde su nacimiento por Sus consejos.

Fue este amplio repertorio de actividades, llevadas a cabo por un conjunto cada vez más seguro de sí mismos e integrado por creyentes establecidos en tierras que se extendían desde el Mediterráneo hasta los mares de China, lo que constituyó la base que permitió a 'Abdu'l-Bahá proseguir las oportunidades prometedoras que ofrecía el nuevo siglo y que ya habían comenzado a desplegarse en Occidente. Un rasgo nada insignificante de este cimiento fue la ampliación de su extensión con representantes de la gran diversidad de orígenes raciales, religiosos y nacionales de Oriente. Dicho logro proporcionó a 'Abdu'l-Bahá los ejemplos, a los que recurriría repetidamente en Su proclamación ante audiencias occidentales, de las fuerzas integradoras que habían sido liberadas con el advenimiento de Bahá'u'lláh.

La mayor victoria cosechada por el Maestro durante Sus primeros años de ministerio fue la que supuso la erección en el Monte Carmelo, sobre el emplazamiento designado a tal fin por Bahá'u'lláh y no sin inmensos desvelos, del mausoleo destinado a acoger los restos del Báb, traídos a Tierra Santa tras pasar por enormes riesgos y penalidades. Shoghi Effendi ha explicado que, en tanto que en épocas pasadas la sangre de los mártires nutrió la simiente de la fe de las personas, en este día se ha convertido en la simiente de las instituciones administrativas de la Causa [13]. Tal observación confiere un significado especial al modo en que el Centro Administrativo del Orden Mundial de Bahá'u'lláh había de cobrar cuerpo a la sombra del Santuario del Profeta Mártir de la Fe. Shoghi Effendi aquilata el logro del Maestro situándolo en su perspectiva global e histórica:

> *Pues, así como en el reino del espíritu la realidad del Báb ha sido aclamada por el Autor de la Revelación Bahá'í como "el Punto en torno al cual gira la realidad de los Profetas y Mensajeros", del mismo modo, en este plano visible, Sus sagrados restos constituyen el corazón y centro de lo que debe considerarse como nueve círculos concéntricos [14], de modo que con ello se establece un paralelo y se hace más hincapié en el puesto central conferido por el Fundador de nuestra Fe a Aquel "de Quien Dios ha hecho que emane el conocimiento de todo lo que ha sido y será", "el Punto Primordial a partir del cual se han generado todas las cosas creadas". [15]*

El significado a los ojos del propio 'Abdu'l-Bahá de la misión que había cumplido a tan alto precio queda conmovedoramente descrito en palabras de Shoghi Effendi:

> *Cuando todo concluyó y los restos terrenales del Profeta Mártir de Shiraz estaban, por fin, depositados a salvo para su eterno descanso en el seno de la montaña sagrada de Dios, 'Abdu'l-Bahá, Quien Se había quitado el turbante, descalzo y sin capa, Se inclinó sobre el sarcófago todavía abierto, al tiempo que Su cabello plateado ondeaba en torno a Su cabeza y a Su rostro, transfigurado y reluciente, apoyó la frente en el borde del ataúd de madera y, sollozando en alto, lloró con tal intensidad que todos los presentes lloraron con Él. Esa noche no pudo dormir, tan abrumado estaba por la emoción" [16]*

Entrado 1908, la denominada "Revolución de los Jóvenes Turcos" había liberado no sólo a la mayoría de los prisioneros políticos del Imperio Otomano, sino también a 'Abdu'l-Bahá. De improviso, habían desaparecido las restricciones que Le habían recluido en la ciudad prisión de 'Akká y sus aledaños permitiéndole ahora al Maestro acometer una empresa que Shoghi Effendi más adelante describiría como uno de los tres logros principales de Su ministerio: Su proclamación pública de la Causa de Dios en las grandes urbes del mundo occidental.

*

Debido al giro dramático de los acontecimientos ocurridos en Norteamérica y Europa, los relatos sobre las históricas travesías del Maestro tienden a veces a pasar por alto el importante año inicial transcurrido en Egipto. 'Abdu'l-Bahá llegó a sus costas en septiembre de 1910 con intención de trasladarse directamente a Europa; no obstante, Se vio forzado por enfermedad a convalecer hasta agosto del año siguiente en Ramlih, un barrio de Alejandría. Como resultado, los meses que siguieron constituyeron un período de gran productividad cuyos plenos efectos sobre los destinos de la Causa, especialmente en el continente africano, han de sentirse en muchos años por venir. En alguna medida el camino había sido abonado por la cálida admiración que por el Maestro sentía Shaykh Muhammad 'Abduh, quien se había encontrado con Él en varias ocasiones en Beirut y quien posteriormente llegó a ser Muftí de Egipto y figura destacada de la Universidad de Al-Azhar.

Una faceta de la estancia egipcia que merece especial atención lo constituye la oportunidad que ésta propició para la primera proclamación pública del mensaje de la Fe. El clima relativamente cosmopolita y liberal que se vivía en El Cairo y Alejandría por la época dieron pie a discusiones francas e inquisitivas entre el Maestro y figuras destacadas del mundo intelectual sunní. Entre éstas figuraban clérigos, parlamentarios, administradores y aristócratas. Además, los redactores y periodistas de los diarios más influyentes de lengua árabe, cuya información sobre la Causa procedente de Persia y Constantinopla había estado coloreada por los prejuicios, disponían ahora de la oportunidad de conocer por sí mismos datos de primera mano. Las publicaciones que en el pasado se habían mostrado abiertamente hostiles cambiaron de tono, como fue el caso de los redactores de un periódico que entonces abrían un artículo sobre la llegada del Maestro haciendo referencia a "Su Eminencia Mírzá 'Abbás Effendi, ilustre y erudita Cabeza de los bahá'ís

de 'Akká y Centro de autoridad para los bahá'ís de todo el mundo" al tiempo que expresaba su aprecio por Su visita a Alejandría [17]. Éste y otros artículos hacían un elogio especial de la comprensión que 'Abdu'l-Bahá demostraba tener sobre el Islam y los principios de unidad y tolerancia religiosa que subyacían a Sus enseñanzas.

A pesar del quebranto de salud que padecía el Maestro, el interludio egipcio se demostró una gran bendición. Los diplomáticos y funcionarios occidentales pudieron observar de primera mano el extraordinario éxito de relaciones obtenido por 'Abdu'l-Bahá en Su trato con figuras destacadas de una región del Oriente Próximo que tanto interés concitaba en los círculos europeos. Así pues, para las fechas en que el Maestro embarcaba hacia Marsella el 11 de agosto de 1911, Su fama ya Le había precedido.

III

Una Tabla dirigida por 'Abdu'l-Bahá a un creyente norteamericano en 1905 contiene una declaración tan ilustrativa como conmovedora. Al referirse a Su situación tras la ascensión de Bahá'u'lláh, 'Abdu'l-Bahá menciona la carta recibida de América en "una época en que resurgía el océano de las pruebas y tribulaciones (...)":

> *Tal era nuestro estado cuando llegó una carta procedente de los amigos norteamericanos. Habían pactado, así lo escribían, permanecer unidos en todas las cosas, y (...) se habían comprometido a realizar sacrificios en el sendero del amor de Dios, para de ese modo alcanzar la vida eterna. En el mismo momento en que se leía esta carta, junto con las firmas que llevaba al pie, 'Abdu'l-Bahá experimentó una alegría tan intensa que no hay pluma que la describa (...)* [18]

Por muchas razones reviste vital importancia para los bahá'ís contemporáneos comprender las circunstancias en que tuvo lugar la expansión de la Causa en Occidente. Nos ayudará a abstraernos de la cultura de comunicación burda y entrometida que, de puro consabida, en nuestra sociedad pasa casi inadvertida. Esta apreciación permitirá que caigamos en la cuenta de la ternura con que el Maestro procuró presentar ante Sus audiencias occidentales los conceptos sobre la naturaleza humana y la sociedad revelados por Bahá'u'lláh, conceptos de repercusiones revolucionarias y enteramente ajenos a la experiencia de Sus oyentes. Pone de manifiesto la delicadeza con que el Maestro utilizaba las metáforas o Se valía de ejemplos históricos; explica el enfoque frecuentemente indirecto que usaba, subraya la intimidad que podía conseguir a voluntad, y la paciencia aparentemente ilimitada con que respondía a las preguntas, muchos de cuyos presupuestos sobre la realidad han perdido desde entonces cualquier validez que pudieran alguna vez haber poseído.

Otra percepción que revela el examen desprendido de la situación histórica abordada por el Maestro en Occidente ayudará a que nuestra generación aprecie la grandeza espiritual de quienes respondieron ante Él. Aquellas almas dieron respuesta a Su emplazamiento a pesar, no al revés, del mundo liberal y económicamente avanzado que conocían, un mundo que sin duda apreciaban y valoraban y en el que necesariamente habrían de desenvolverse. Su respuesta se suscitó en un nivel de conciencia en el que

reconocieron, aunque a veces sólo fuese de forma tenue, la necesidad desesperada de la raza humana de hallar iluminación espiritual. Permanecer firmes en su compromiso con esta perspectiva requería que aquellos primeros creyentes -sobre cuyo auto-sacrificio descansa el cimiento de gran parte de la comunidad bahá'í actual, tanto en Occidente como en muchos otros países- resistieran no sólo las presiones familiares y sociales, sino también las racionalizaciones simplistas propias de la perspectiva en la que se habían educado y a la que todo a su alrededor les exponía insistentemente. Había un heroísmo en la firmeza de estos primeros bahá'ís occidentales que, a su modo y manera, resulta tan conmovedor como la de sus correligionarios persas, quienes por aquellos mismos años sufrían persecuciones y matanzas excusadas en la Fe que habían abrazado.

En la vanguardia de los occidentales que respondieron al emplazamiento del Maestro figuran los pequeños grupos de intrépidos creyentes a los que Shoghi Effendi aclamó como "peregrinos ebrios de Dios", quienes tuvieron el privilegio de visitar a 'Abdu'l-Bahá en la ciudad prisión de 'Akká y de presenciar por sí mismos la irradiación de Su Persona y de escuchar de Sus propios labios la palabra que poseía el poder de transformar la vida humana. El efecto producido sobre estos creyentes lo expresa así May Maxwell:

> *"De aquel primer encuentro", (...) "no puedo rememorar ni alegrías ni penas, nada que pueda nombrarse. Repentinamente me había visto trasladada a una altura demasiado elevada, mi alma había entrado en contacto con el Espíritu divino, y esta fuerza, tan pura, tan santa, tan poderosa, me había abrumado (...)" [19]*

Su regreso al hogar se convirtió, como explica Shoghi Effendi, en "la señal de un estallido de actividad sistemática y constante, la cual (...) se ramificó por Europa occidental y los estados y provincias del continente norteamericano" [20]. Dando empuje a sus empeños y a los de sus correligionarios, y atrayendo a la Causa a un número creciente de seguidores, afluía toda una riada de Tablas que el Maestro hacía llegar a destinatarios de ambas orillas del Atlántico, mensajes que despertaron la imaginación a los conceptos, principios e ideales de la nueva Revelación de Dios. El poder de esta fuerza creadora puede sentirse en las palabras con que el primer creyente norteamericano Thornton Chase pretendía describir lo que vio:

> ***Sus propios escritos [del Maestro], que se difunden como blancas palomas desde el Centro de Su Presencia hasta los confines de la tierra, son tantos (surgen cientos a diario) que es imposible que Él haya podido detenerse a meditarlos o dedicarles los procesos mentales del erudito: fluyen como torrentes procedentes de una fuente desbordada (...)*** [21]

Dichos sentimientos añaden su propia perspectiva a la determinación con que el Maestro Se dispuso a emprender una aventura tan ambiciosa que causó consternación en su entorno más próximo. Haciendo caso omiso de las preocupaciones expresadas acerca de Su avanzada edad, Su salud quebrantada, y las secuelas físicas originadas por decenios de encarcelamiento, 'Abdu'l-Bahá iba a emprender una serie de travesías que habrían de durar unos tres años, y que Le llevarían finalmente hasta la costa del Pacífico del continente norteamericano. Las penalidades y riesgos de los viajes internacionales de aquellos primeros años del siglo constituían el menor de los obstáculos que pudieran entorpecer la realización de los objetivos que Se había fijado. En palabras de Shoghi Effendi:

> ***Él, Quien, en Sus propias palabras, había ingresado en prisión siendo un joven y la había abandonado ya anciano, Quien nunca antes había hablado ante un auditorio público, ni había asistido a escuela alguna, no Se había movido en los círculos occidentales, y no estaba familiarizado con sus costumbres e idiomas, Se había alzado no sólo a proclamar desde el púlpito y el estrado, en algunas de las principales capitales de Europa y en las ciudades principales del continente norteamericano, las verdades distintivas atesoradas en la Fe de Su Padre, sino también a demostrar de igual manera el origen divino de los profetas anteriores a Él, y a exponer la naturaleza de los vínculos que los unían a dicha Fe.*** [22]

***

Apenas se podía desear un escenario para el acto de apertura de este gran drama mejor que Londres, capital del Imperio más amplio y cosmopolita jamás conocido. A los ojos de los pequeños grupos de creyentes que habían realizado las gestiones y que añoraban contemplar Su rostro, el viaje fue un triunfo que superaba con creces sus más acariciadas esperanzas. Funcionarios, eruditos, escritores, redactores, industriales, dirigentes de movimientos reformistas, miembros de la aristocracia británica y clérigos influyentes de numerosas denominaciones recabaron ávidamente Su presencia,

Le invitaron a sus tribunas, aulas, hogares y púlpitos, mostrando aprecio por los puntos de vista que expresaba. El domingo 10 de septiembre de 1911, por primera vez ante una audiencia pública, el Maestro dirigía la palabra desde el púlpito del 'City Temple'. Sus palabras sugerían ante los oyentes la visión de una nueva época en la evolución de la civilización:

> *Éste es un nuevo ciclo del poder humano. Todos los horizontes del mundo son luminosos. En verdad, el mundo ha de convertirse en un jardín paradisíaco (...) Vosotros ya estáis desprendidos de las viejas supersticiones que han mantenido a los hombres en la ignorancia y que han destruido los cimientos mismos de la verdadera humanidad.*
>
> *El don de Dios para esta época esclarecida es el conocimiento de la unicidad de la humanidad y de la unicidad fundamental de la religión. Cesarán las guerras entre las naciones, y por voluntad de Dios vendrá la Más Grande Paz; el mundo será visto como un nuevo mundo, y todos los hombres vivirán como hermanos.* [23]

Tras una estancia suplementaria de dos meses en París y tras Su regreso a Alejandría, donde habría de pasar el invierno y recobrar la salud, 'Abdu'l-Bahá zarpaba el 25 de marzo de 1912 rumbo a Nueva York, ciudad a la que llegaría el 11 de abril de ese mismo año.

Incluso en el plano físico más elemental, un programa repleto de centenares de alocuciones públicas, conferencias y charlas en privado pronunciadas en más de 40 ciudades de toda Norteamérica y en otras diecinueve de Europa, algunas de ellas visitadas en más de una ocasión, fue una gesta que bien puede carecer de paralelo en la historia moderna. En ambos continentes, pero sobre todo en Norteamérica, 'Abdu'l-Bahá recibió la bienvenida altamente apreciativa que le tendieron unas audiencias distinguidas, entregadas al avance de intereses por la paz, los derechos de la mujer, la igualdad racial, la reforma social y el desarrollo moral. Casi a diario, Sus charlas y entrevistas fueron objeto de amplia atención por parte de los periódicos de gran tirada. Él mismo había de escribir más tarde que había "observado que todas las puertas estaban abiertas (...) y que el poder ideal del Reino de Dios eliminaba toda traba u obstáculo". [24]

La actitud abierta con la que fue recibido permitió a 'Abdu'l-Bahá proclamar sin ambigüedades los principios sociales de la nueva Revelación. Shoghi Effendi resume así las verdades que presentó:

> *La búsqueda independiente de la verdad, desembarazada de supersticiones o tradiciones; la unicidad de toda la raza humana, principio axial y doctrina fundamental de la Fe; la unidad básica de todas las religiones; la condena de toda forma de prejuicio, sea religioso, racial, de clase o nación; la armonía que debe existir entre la religión y la ciencia; la igualdad del hombre y la mujer, las dos alas con las que el pájaro del género humano puede levantar el vuelo; la introducción de la educación obligatoria; la adopción de un idioma universal auxiliar; la abolición de la riqueza y pobreza extremas; la institución de un tribunal mundial para la resolución de litigios entre las naciones; la exaltación del trabajo, cuando éste se realiza con espíritu de servicio, al rango de adoración; la glorificación de la justicia como principio rector de la sociedad humana, y de la religión como baluarte para la protección de todos los pueblos y naciones; y el establecimiento de una paz permanente y universal como meta suprema de toda la humanidad; éstos descuellan como los elementos esenciales de la política divina que proclamó ante los grandes figuras del pensamiento así como ante las masas en general en el curso de sus travesías misioneras.* [25]

El núcleo del mensaje del Maestro consistía en el anuncio de que había llegado el Día prometido para la unificación de la humanidad y el establecimiento del Reino de Dios en la tierra. Ese Reino, tal como traslucían las cartas y alocuciones de 'Abdu'l-Bahá, nada debía a ninguno de los presupuestos transmundanos tan corrientes en las enseñanzas de la religión tradicional. Antes bien, el Maestro proclamó la llegada de la humanidad a su madurez y el surgimiento de una civilización global en la que el desarrollo del arco completo de potencialidades humanas será fruto de la interacción entre los valores espirituales universales, por un lado, y por otro, los avances materiales con los que apenas cabía soñar siquiera por entonces.

El medio para alcanzar esta meta, declaraba 'Abdu'l-Bahá, ya existía. Lo que se necesitaba era la voluntad de actuar y la fe para persistir:

> *Todos sabemos que la paz internacional es buena, que ella es la causa de la vida; pero se necesita voluntad y acción. Por cuanto este siglo es el*

siglo de la luz, la capacidad de alcanzar la paz está garantizada. Es cosa cierta que estas ideas se difundirán entre los hombres a tal punto que darán pie a la acción. [26]

Aunque expresados con cortesía y consideración indefectibles, los principios de la nueva Revelación quedaron sentados sin componendas tanto en los encuentros privados como en los públicos. De forma invariable, los actos del Maestro solían ser tan elocuentes como las palabras que empleaba. Así, por ejemplo, en Estados Unidos, nada podía trasmitir más claramente la creencia bahá'í en la unicidad de la religión que la prontitud con que 'Abdu'l-Bahá incluía referencias al Profeta Muhammad en Sus charlas dirigidas a audiencias cristianas, o Su taxativa reivindicación del origen divino tanto del Cristianismo como del Islam ante la congregación reunida en el Templo Emmanuel de San Francisco. Su capacidad para inspirar en las mujeres de todas las edades la confianza de que poseían capacidades espirituales e intelectuales plenamente equiparables a las de los hombres, Su demostración sin provocaciones, pero clara, del significado de las enseñanzas de Bahá'u'lláh sobre la unidad racial al dar la bienvenida a invitados negros y blancos en Su propia mesa y a la mesa de Su destacadas anfitrionas, y Su insistencia en la importancia trascendente de la unidad en todos los aspectos del empeño bahá'í; tales demostraciones sobre el modo en que deben compenetrarse los aspectos espirituales y prácticos de la vida abrieron ante los creyentes amplios horizontes de renovadas posibilidades. El tono de amor incondicional con el que estos desafíos solían expresarse conseguía que las audiencias a las que Se dirigía el Maestro superasen sus miedos e incertidumbres.

Mayor aún que el esfuerzo dedicado a Sus exposiciones públicas de la Causa fue el tiempo y energía que el Maestro dedicó a ampliar la comprensión de los creyentes sobre las verdades espirituales de la Revelación de Bahá'u'lláh. En una ciudad tras otra, desde la mañana temprano hasta bien entrada la noche, las horas no ocupadas por las exigencias públicas de Su misión se dedicaban a responder a las preguntas planteadas por los amigos, a atender a sus necesidades y a infundirles un espíritu de confianza en las aportaciones que cada uno podría realizar a la promoción de la Causa que habían abrazado. Su visita a Chicago Le proporcionó a 'Abdu'l-Bahá la oportunidad de colocar, con Sus propias manos, la piedra angular de la primera Casa de Adoración Bahá'í de Occidente, proyecto que se inspiraba en el que por entonces se acometía en 'Ishqábád, igualmente animado desde sus comienzos por 'Abdu'l-Bahá.

> ***El Mashriqu'l-Adhkár es una de las instituciones más esenciales del mundo, y tiene muchas ramas subsidiarias. Aunque es una Casa de Adoración, también está vinculado a un hospital, un dispensario de medicamentos, un hospicio para viajeros, una escuela de huérfanos y una universidad de estudios avanzados (...) Es mi esperanza que el Mashriqu'l-Adhkár se establezca ahora en América, y que luego sigan a éste el hospital, la escuela, la universidad, el dispensario y el hospicio, todo ello con arreglo a un funcionamiento eficiente y ordenado en grado sumo.*** [27]

Tal como ocurría con el proceso simultáneamente desplegado en Persia, sólo los futuros historiadores podrán apreciar adecuadamente el poder creativo de esta faceta de los viajes occidentales. Numerosos recuerdos y cartas dan testimonio del modo en que incluso unos breves encuentros con el Maestro bastaron para dar sostén a un sinfín de bahá'ís occidentales en sus esfuerzos sacrificados de años posteriores dedicados a expandir y consolidar la Fe. Sin la intervención del propio Centro de la Alianza, resulta imposible imaginarse cómo aquellos grupúsculos de creyentes occidentales hubieran podido percatarse con tal rapidez de lo que la Causa exigía de ellos y de emprender las descomunales tareas que la empresa comportaba, máxime teniendo en cuenta que carecían por completo del legado espiritual de que disfrutaban sus correligionarios persas gracias a la dilatada participación de padres y abuelos en las gestas heroicas de la primera historia bábí y bahá'í.

Sus oyentes fueron emplazados a convertirse en protagonistas amorosos y confiados de un gran proceso civilizador, cuyo eje lo constituía el reconocimiento de la unicidad de la raza humana. 'Abdu'l-Bahá había prometido que, al alzarse a emprender su misión, encontrarían abiertas en sí mismos y en los demás capacidades enteramente nuevas con las que Dios había dotado en este Día a la raza humana:

> ***Debéis convertiros en el alma misma del mundo, el espíritu viviente del cuerpo de los hijos de los hombres. En esta época maravillosa, y en este tiempo en el que la Antigua Belleza, el Más Grande Nombre, portadora de innumerables dones, se ha remontado sobre el horizonte del mundo, la Palabra de Dios ha infundido en la esencia más íntima de la humanidad tal poder sobrecogedor que ha dejado sin efecto las***

cualidades humanas de la persona, y, con Su potencia conquistadora, ha unificado a los pueblos en un vasto océano de unicidad. [28]

La unidad establecida entre los creyentes no impidió que expresaran vívidamente en sus vidas personales las verdades de la Fe en diáfana respuesta a este llamamiento. La relación entre la persona y la comunidad ha constituido desde siempre uno de los componentes más difíciles del desarrollo de la sociedad. Basta leer, incluso de pasada, relatos de la vida de los primeros bahá'ís de Occidente para percatarse del elevado grado de individualidad que caracterizaba a muchos de ellos, sobre todo a los más activos y creativos. De forma no infrecuente, habían encontrado la Fe sólo tras haber indagado intensamente en varios de los movimientos espirituales y sociales en boga, y esta amplia comprensión de las preocupaciones e intereses de sus contemporáneos sin duda les ayudó a convertirse en maestros efectivos de la Fe. Es igualmente claro, sin embargo, que la amplitud de expresión y comprensión que les caracterizaba no les impidió, ni a ellos ni a sus correligionarios, hacer aportaciones efectivas a la construcción de una unidad colectiva, la cual constituía el principal atractivo de la Causa. Tal como ponen de relieve las memorias y relatos históricos de la época, el secreto de este equilibrio entre comunidad y persona lo constituía el vínculo espiritual que relacionaba a todos los creyentes con las palabras y ejemplo del Maestro. En un sentido importante 'Abdu'l-Bahá era, para todos ellos, la Causa bahá'í.

Quedaría inconclusa toda revisión objetiva de la misión de 'Abdu'l-Bahá en Occidente si se descuidara el hecho constatable de que sólo un puñado de los que habían aceptado la Fe -y éstos a su vez una fracción infinitamente menor del público que se hacinaba para escuchar Sus palabras- extrajo de estas oportunidades inapreciables poco más que una tenue comprensión de las implicaciones de Su mensaje. Sabedor de estas limitaciones de Sus oyentes, 'Abdu'l-Bahá no dudó al relacionarse con los creyentes occidentales en promover hechos que les inducían a lograr un nivel de conciencia muy por encima de la mera tolerancia y liberalismo social. Ejemplo representativo del amplio muestrario de intervenciones en este sentido fue Su tierna pero poderosa acción al animar a que Louis Gregory y Louise Mathews -él negro y ella blanca- contrajeran matrimonio. La iniciativa marcó la pauta de la comunidad bahá'í americana en cuanto al significado real de la integración racial, por tímida y lentamente que sus miembros respondiesen a las implicaciones centrales de este reto.

Aun a falta de una comprensión profunda de las metas del Maestro, quienes abrazaron Su mensaje se dispusieron, a menudo a un elevado coste personal, a expresar en la práctica los principios que Él enseñó. El compromiso con la causa de la paz internacional; la abolición de los extremos de riqueza y pobreza que socavaban la unidad de la sociedad; la superación de prejuicios nacionales, raciales o de cualquier otro tipo; el fomento de la igualdad en la educación de niños y niñas; la necesidad de sacudir los grilletes de dogmas antiguos que estorbaban la investigación de la realidad; dichos principios beneficiosos para el avance de la civilización habían causado honda impresión. Pocos o ninguno de los oyentes del Maestro podían comprender el cambio revolucionario que había de operarse en la propia estructura de la sociedad y la consecuente sumisión voluntaria de la persona a la Ley divina, único factor éste que, en última instancia, puede producir los cambios necesarios de actitud y conducta.

*

La clave de esta visión sobre la futura transformación de la persona y de la vida social de la humanidad fue el anuncio que 'Abdu'l-Bahá realizó poco después de Su llegada a Norteamérica, al proclamar la Alianza de Bahá'u'lláh y el papel central que Él mismo había sido llamado a desempeñar en ella. En palabras del propio Maestro:

> *He aquí la característica más importante de la revelación de Bahá'u'lláh, una enseñanza particular que no fue dada por ninguno de los Profetas del pasado, a saber: el nombramiento del Centro de la Alianza. En virtud de esta designación y disposición Él ha salvaguardado y protegido la religión de Dios frente a las diferencias y cismas, imposibilitando con ello que nadie origine una nueva secta o facción confesional.* [29]

Al escoger la ciudad de Nueva York para sus fines -designándola "La Ciudad de la Alianza"- 'Abdu'l-Bahá puso de manifiesto ante los creyentes occidentales la transmisión de autoridad que operó el Fundador de su Fe con vistas a la interpretación definitiva de Su Revelación. Lua Getsinger, una creyente altamente respetada, fue llamada por el Maestro para preparar al grupo de bahá'ís, reunido en la casa donde residía temporalmente, para este anuncio histórico, tras lo cual Él mismo bajó las escaleras y habló en términos generales sobre algunas de las repercusiones de la Alianza. Juliet Thompsom,

quien, junto con uno de los traductores persas, se encontraba en la sala inferior en el momento en que esta misión le era confiada a su amiga, nos ha dejado un relato de aquellas circunstancias. La autora pone en boca de 'Abdu'l-Bahá las siguientes palabras:

> *(...) Yo soy la Alianza, designada por Bahá'u'lláh, y nadie puede refutar Su Palabra. Éste es el Testamento de Bahá'u'lláh. Lo encontraréis en el Libro Sagrado del Aqdas. Salid a proclamar: "Ésta es la Alianza de Dios entre vosotros". [30]*

Concebida por Bahá'u'lláh como el Instrumento que, en palabras de Shoghi Effendi, había de "perpetuar la influencia de [la] Fe, asegurar su integridad, salvaguardarla del cisma y estimular su expansión mundial" [31], la Alianza había sido violada por miembros de la propia familia de Bahá'u'lláh casi inmediatamente después de Su ascensión. Reconociendo que la autoridad de que había sido investido el Maestro en el Kitáb-i-'Ahd, en la Tabla de la Rama y en otros documentos relacionados frustraba sus esperanzas personales de explotar la Causa en beneficio propio, estas mismas personas desataron una insidiosa campaña destinada a socavar Su posición, primero en Tierra Santa y luego en Persia, donde se concentraba el grueso de la comunidad bahá'í. Cuando todos estos ardides fracasaron, procuraron entonces manipular los temores del Gobierno otomano y la avaricia de sus representantes en Palestina. A su vez todas estas esperanzas se vinieron abajo cuando la "Revolución de los Jóvenes Turcos" derrocó el régimen de Constantinopla, hecho que se saldaría con el ahorcamiento de unos 31 oficiales de primera fila, entre ellos varios de los que habían estado implicados en los planes de los violadores de la Alianza.

En Occidente, durante los primeros años del ministerio del Maestro, los representantes que enviara habían conseguido neutralizar las maquinaciones de Ibráhím Khayru'lláh -irónicamente la misma persona que había presentado la Causa a gran número de creyentes americanos-, quien aspiraba a alzarse a la jefatura mediante su asociación con los violadores de la Alianza de entre los miembros de la Sagrada Familia. Tales experiencias sin duda prepararon a los creyentes occidentales para la proclamación formal que había de hacer el Maestro al anunciar Su posición e instar firmemente a los creyentes a que evitasen cualquier trato con semejantes elementos facciosos. Sin embargo, sólo fue gradualmente, conforme las nuevas comunidades pugnaban por superar las diferencias de opinión y resistir la perenne tentación humana del

fraccionalismo, como emergieron las implicaciones de esta gran ley organizativa de la nueva Dispensación.

Al tiempo que 'Abdu'l-Bahá establecía tanto en Sus discursos públicos como en conversaciones privadas la visión del mundo de unidad y paz que habría de generar la Revelación de Dios para nuestro día, el Maestro avisaba enfáticamente de los peligros que ennegrecían el horizonte inmediato de la Fe y del mundo. A ambos, decía 'Abdu'l-Bahá, en palabras de Shoghi Effendi, aguardaba "un "invierno de severidad sin parangón".

Para la Causa de Dios, aquel invierno se reflejaría en desgarradoras traiciones a la Alianza. En Norteamérica, por ejemplo, la inconstancia de un pequeño número de personas, frustradas en sus aspiraciones personales de mando, acarreó dificultades sin fin para la comunidad; hizo tambalear la fe de algunos, en tanto que otros simplemente se fueron apartando de la Causa. En Persia, asimismo, la fe de los amigos fue puesta a prueba reiteradamente por las maquinaciones de algunas personas ambiciosas que, de improviso, habían concebido posibilidades de engrandecimiento personal que creían adivinar en los éxitos obtenidos por el Maestro en Occidente. En ambos casos, las consecuencias de tales defecciones condujeron, a la postre, al aumento de la devoción de los creyentes firmes.

En cuanto a la humanidad en general, 'Abdu'l-Bahá avisó en términos ominosos de la catástrofe que veía aproximarse. Al tiempo que recalcaba la urgencia de los esfuerzos de reconciliación que podrían aliviar en alguna medida el sufrimiento de la población mundial, no dejó en Sus oyentes lugar a dudas acerca de la magnitud del peligro. En uno de los principales periódicos de Montreal, donde la atención prestada al viaje fue extraordinariamente exhaustiva, se informaba:

> *"Toda Europa es un campo de batalla. Los preparativos bélicos terminarán necesariamente en una gran guerra. Los propios armamentos engendran guerra. Tamaño arsenal debe volar por los aires. Nada hay de profecía en este punto de vista", manifestó 'Abdu'l-Bahá; "se apoya tan sólo en el razonamiento". [32]*

El 5 de diciembre de 1912, la Figura que por toda Norteamérica había sido aclamada como el "Apóstol de la Paz" zarpaba desde Nueva York a Liverpool. Tras estancias relativamente breves en Londres y algunos centros

británicos visitó varias ciudades del continente, dedicando de nuevo varias semanas a París, donde dispuso de los servicios de Hipoplyte Dreyfus, cuyo árabe y persa escritos cumplían los requisitos del Maestro. Como capital cultural reconocida de la Europa continental, París era el centro focal de visitantes de numerosas partes del mundo, incluyendo Oriente. En tanto que las charlas pronunciadas durante Sus dos prolongadas visitas a la ciudad hacen referencia frecuente a los grandes temas sociales del momento, éstas se distinguen en particular por una espiritualidad íntima que debe de haber calado profundamente en los corazones de quienes tuvieron el privilegio de verle en persona:

> *¡Alzad vuestros corazones por encima del presente y mirad con ojos de fe hacia el futuro! Hoy día la simiente está sembrada, el grano cae en la tierra; mas contemplad el día en que hará crecer un árbol glorioso cuyas ramas estarán cargadas de frutos. Regocijaos y alegraos pues este día ha amanecido, tratad de comprender su poder, ¡pues en verdad es maravilloso! [33]*

La mañana del 13 de junio de 1913, 'Abdu'l-Bahá embarcaba en Marsella a bordo del vapor S. S. Himalaya, que habría de trasladarle hasta Port Said, Egipto, cuatro días más tarde. Con el regreso a Haifa un 5 de diciembre de 1913 concluía lo que Shoghi Effendi había denominando "Sus viajes históricos".

*

Casi exactamente dos años después de lo declarado por 'Abdu'l-Bahá al redactor del Montreal Star, se venía estrepitosamente abajo ese mismo mundo que había disfrutado de una sensación embriagadora de auto-confianza y cuyos cimientos habían parecían inexpugnables. La catástrofe se relaciona popularmente con el asesinato en Sarajevo del heredero del trono del Imperio Austro-Húngaro, y, en efecto, la cadena de desatinos, amenazas temerarias y llamamientos insensatos al "honor" que desembocaron en la Primera Guerra Mundial prendieron por causa de este acontecimiento relativamente menor. Sin embargo, a decir verdad, tal como el Maestro había indicado, los "barruntos" habidos durante toda la primera década del siglo deberían haber alertado a los dirigentes europeos sobre la fragilidad del orden existente.

En los años 1904-1905, los imperios japonés y ruso habían entrado en guerra con una violencia que acarreó la destrucción de prácticamente todas las fuerzas navales de esta última potencia y la entrega de territorios que consideraba de interés vital, una humillación que arrastraba grandes repercusiones en el ámbito doméstico e internacional. Durante estos años iniciales del siglo hubo dos ocasiones en que, gracias a la intervención interesada de otras potencias, pudo evitarse por escasísimo margen una guerra entre Francia y Alemania motivada por sus designios imperialistas para el Norte de África. De modo parecido, en 1911 las ambiciones italianas provocaron una amenaza peligrosa para la paz internacional al arrebatar al Imperio Otomano lo que hoy se conoce como Libia. La inestabilidad internacional se agravó aun más, tal como vaticinara el Maestro, cuando Alemania, sintiéndose constreñida por la malla creciente de alianzas hostiles, se embarcó en un programa masivo de construcción naval encaminado a trastocar la primacía británica hasta entonces reconocida.

Venían a exacerbar estos conflictos las tensiones surgidas entre los pueblos sometidos a los imperios de los Romanov, Habsburgos y Otomanos. Aguardando tan sólo a que un giro de los acontecimientos rompiese las costuras de los maltrechos sistemas que los sometían, polacos, checos, eslovacos, bálticos, rumanos, kurdos, árabes, armenios, griegos, macedonios, eslavos y albaneses aguardaban ansiosamente al día de su liberación. Por otra parte, explotando incansablemente esta red de fisuras en el orden existente se encontraba toda una hueste de conspiraciones, grupos de resistencia y organizaciones separatistas. Inspiradas por ideologías que oscilaban, en un extremo, desde un anarquismo casi incoherente hasta obsesiones racistas y nacionalistas exacerbadas, en otro extremo, estas fuerzas soterradas compartían una convicción ingenua: si se daba un vuelco a la parte específica del orden prevaleciente que se había convertido en su diana, la nobleza inherente al sector que apoyaba sus metas, o la supuesta nobleza de la humanidad en general, vendría a asegurar una nueva era de libertad y justicia.

En medio de estos pretendidos agentes de cambio violento había un movimiento de amplias bases que avanzaba de modo sistemático y con despiadada claridad de propósito hacia la meta de la revolución mundial. El Partido Comunista, cuyos bríos intelectuales y fe en su triunfo final se nutrían de los escritos del ideólogo decimonónico Karl Marx, había logrado establecer grupos activos de apoyo a lo largo de Europa y en varios otros países. Convencidos de que el genio de su maestro había demostrado más allá de toda

duda la naturaleza esencialmente material de las fuerzas que habían dado origen tanto a la conciencia humana como a la organización social, el movimiento comunista descartaba la validez tanto de la religión como de las pautas morales "burguesas". Desde su punto de vista, la fe en Dios era una debilidad neurótica en la que había caído la raza humana, una debilidad que meramente había permitido a las clases gobernantes manipular la superstición trocándola en instrumento esclavizador de las masas.

Para los dirigentes europeos, cada vez más ciegamente próximos a la conflagración mundial, producto del orgullo y la insensatez, los pasos de gigante dados por la ciencia y la tecnología representaban en lo fundamental medios con los que aventajar militarmente a sus rivales. Mas, el enemigo ya no lo constituían las poblaciones coloniales sumidas en la pobreza, y en su mayoría carentes de educación, a las que habían conseguido someter. La falsa confianza que la cacharrería militar había infundido en las potencias europeas terminó por abocarlas hacia una carrera imparable en pos de ejércitos mejor pertrechados y de flotas dotadas del armamento moderno más avanzado, y todo ello a una escala gigantesca. Ametralladoras, cañones de largo alcance, acorazados, submarinos, minas terrestres, gases venenosos y la posibilidad de equipar los aeroplanos con vistas a bombardeos dibujaban el perfil de lo que un comentarista de la época había tachado de "tecnología de la muerte". [34] Todo este instrumental de aniquilación, tal como advirtió 'Abdu'l-Bahá, iba a ser desplegado y refinado en el curso de la contienda que se avecinaba.

La ciencia y la tecnología ejercían asimismo otras presiones, si acaso más sutiles, sobre el orden existente. La producción industrial a gran escala, impulsada por la carrera armamentística, había acelerado el movimiento de población hacia los centros urbanos. A finales del siglo anterior, dicho proceso se encontraba ya minando lealtades y criterios heredados, exponiendo a una porción creciente de la población a nuevas ideas sobre el cambio social, y excitando el apetito de las masas en pos de beneficios materiales que con anterioridad solamente estaban al alcance de una elite de la sociedad. Incluso bajo sistemas relativamente autocráticos, el público comenzaba a percibir el grado en que las autoridades civiles dependían de la eficacia con que lograran granjearse el respaldo popular. Estos acontecimientos sociales iban a tener consecuencias imprevistas y de gran alcance. A medida que la guerra se prolongaba sin fin y se ponía en cuestión la fe irreflexiva en sus simplicidades, millones de hombres de los ejércitos en armas de ambas partes comenzaron a

ver sus sufrimientos como un sinsentido por sí mismo y estériles en lo que al bienestar de sus propias familias tocaba.

Al margen de las repercusiones de estos cambios tecnológicos y económicos, los avances científicos parecían abonar las presunciones más simplistas acerca de la naturaleza humana, y fomentar esa película casi inapreciable que Bahá'u'lláh denomina "el polvo oscurecedor de todo conocimiento adquirido" [35]. Estos puntos de vista no cuestionados se transmitían a audiencias cada vez mayores. El sensacionalismo de la prensa popular, los enconados debates entre científicos o eruditos, por un lado, y de teólogos o clérigos influyentes, por otro, junto con la rápida difusión de la educación pública, continuaron socavando la autoridad de las doctrinas religiosas aceptadas, así como de los criterios morales prevalecientes.

Las fuerzas sísmicas del nuevo siglo se aliaron para convertir la situación que afrontaba el mundo occidental en 1914 en algo intensamente volátil. Por tanto, al estallar la gran conflagración, la pesadilla superó con creces los peores temores de las mentes más cuerdas. Carece de sentido analizar en detalle aquí el cataclismo que supuso la Primera Guerra Mundial. Las solas estadísticas desbordan cualquier capacidad humana de representación: se calcula que sesenta millones de personas fueron arrojadas a ese infierno de horror cuyo igual jamás presenciara la historia, ocho millones de los cuales perecieron en el curso de la guerra, en tanto que otros diez quedaron permanentemente lesionados por heridas incapacitantes, pulmones quemados y horribles desfiguraciones [36]. Los historiadores apuntan que el coste económico total quizá ascendió a 30 mil millones de dólares, con el resultado de que una porción sustancial del capital total que constituía la riqueza europea quedó barrido.

Tamañas pérdidas apenas dan idea del panorama de destrucción ocurrido. Una de las consideraciones que durante mucho tiempo retuvo al Presidente Woodrow Wilson impidiéndole proponer al Congreso de Estados Unidos que aprobase la declaración de guerra, que para entonces resultaba casi inevitable, era su certeza sobre los daños morales que acarrearía. Entre las distinciones que caracterizaron a este hombre extraordinario -un hombre de estado cuya visión ensalzaron tanto 'Abdu'l-Bahá como Shoghi Effendi- figura su convicción de que el embrutecimiento del ser humano sería el peor legado de esta tragedia que por entonces asolaba Europa, un legado cuya corrección trascendía toda capacidad humana. [37]

La reflexión sobre la magnitud de los sufrimientos experimentados por la humanidad en los cuatro años de guerra, -y los reveses propinados al largo y doloroso proceso de civilización del ser humano- confieren trágica fuerza a las palabras que el Maestro había dirigido tan sólo dos o tres años antes a los auditorios de diferentes ciudades europeas (Londres, París, Viena, Budapest y Stuttgart) y norteamericanas. Hablando cierta noche en el hogar de los Maxwell en Montreal, había dicho:

> *Hoy día, el mundo de la humanidad camina en la oscuridad debido a que ha perdido contacto con el mundo de Dios. Por ello no percibimos los signos de Dios en los corazones de los hombres. El poder del Espíritu Santo ya no ejerce influencia. Cuando la iluminación espiritual divina se hace manifiesta en el mundo de la humanidad, cuando la instrucción y la guía divinas hacen acto de presencia, es entonces cuando tiene lugar la iluminación, cuando cobra forma dentro de él un nuevo espíritu, desciende un nuevo poder y es dada una nueva vida. Es como nacer del reino animal al reino del hombre (...) Rezaré, como vosotros asimismo debéis rezar, pidiendo que tal favor celestial se vea cumplido; para que sean desterradas las luchas y la enemistad, para que desaparezca la guerra y el derramamiento de sangre; para que los corazones consigan comunicación ideal y para que todas las gentes beban de la misma fuente.* [38 ABC, pp. 31-32]

El vengativo tratado de paz que las potencias aliadas impusieron a los vencidos sólo consiguió, tal como 'Abdu'l-Bahá y Shoghi Effendi han señalado, sembrar la semilla de otro conflicto aún más terrible. Las ruinosas reparaciones de guerra exigidas a los derrotados -y la injusticia que les obligaba a aceptar toda la culpa por una guerra de la que cada una de las partes era, en una medida u otra, responsable- figuran entre los factores que prepararían a los desmoralizados pueblos de Europa a abrazar unas promesas totalitarias de alivio que, de lo contrario, quizá no habrían contemplado.

Irónicamente, por más severas que fuesen las reparaciones exigidas a los vencidos, los supuestos vencedores cayeron penosamente en la cuenta de que su triunfo -y las exigencias anejas de rendición incondicional- aparejaban un precio igualmente devastador. Las impresionantes deudas de guerra pusieron fin para siempre a la hegemonía económica que las naciones europeas habían logrado sobre el resto del planeta a lo largo de tres siglos de explotación

imperialista. La muerte de millones de jóvenes, cuyas vidas hubieran sido urgentemente necesarias para afrontar los desafíos de las décadas ulteriores supuso una pérdida irrecuperable por siempre jamás. En efecto, la propia Europa -que apenas unos pocos años antes había representado la cumbre visible de la civilización y poderío mundiales- perdió a un tiempo su preeminencia y comenzó el deslizamiento imparable de los decenios siguientes hacia su estatus como elemento auxiliar del nuevo centro ascendente de poder: Estados Unidos.

Inicialmente, parecía que la visión de futuro concebida por Woodrow Wilson llegaría a cumplirse ahora. En parte sí se cumplió, en la medida en que los pueblos sometidos de toda Europa conseguían la libertad para dirigir sus propios destinos al resurgir como una serie de estados nacionales de entre las ruinas de antiguos imperios. Más aún, los "Catorce Puntos" del Presidente infundieron a sus declaraciones públicas una autoridad moral tan grande en la mente de millones de europeos que ni siquiera el más recalcitrante de sus colegas de las potencias aliadas hubiera podido desatender por completo sus deseos. A pesar de meses de porfía en torno a las colonias, fronteras y cláusulas insertas en el texto del tratado de paz, los acuerdos de Versalles acomodaron una versión atenuada de la propuesta Sociedad de Naciones, una institución que, se confiaba, podría solventar futuras disputas entre naciones poniendo orden y concierto en los asuntos internacionales.

El comentario de Shoghi Effendi sobre el significado de esta histórica iniciativa exige reflexión por parte de todo bahá'í que desee comprender los acontecimientos de este siglo turbulento. Al describir dos acontecimientos estrechamente relacionados que suelen vincularse al surgimiento de la paz mundial, recalca el hecho de que están "destinados a culminar, en la plenitud del tiempo, en una sola gloriosa consumación" [39]. El primero lo relaciona el Guardián con la misión de la comunidad bahá'í del continente norteamericano; el segundo, con el destino de Estados Unidos en tanto nación. Hablando de este último fenómeno, que se remontaba al estallido de la primera guerra mundial, Shoghi Effendi escribe:

> *Recibió su impulso inicial mediante la formulación de los Catorce Puntos del Presidente Wilson, relacionando estrechamente por primera vez a esa república con los destinos del Viejo Mundo. Sufrió su primer revés al desvincularse dicha república de la recién nacida Sociedad de Naciones que aquel Presidente se había afanado por crear (...) Y sin*

embargo, por muy larga y tortuosa que sea la senda, debe conducir, mediante una serie de victorias y reveses, a la unificación política de los Hemisferios oriental y occidental, al surgimiento de un gobierno mundial y al establecimiento de la Paz Menor, tal como lo predice Bahá'u'lláh y vaticinó el profeta Isaías. Finalmente ha de culminar en el despliegue del estandarte de la Más Grande Paz, en la Edad de Oro de la Dispensación de Bahá'u'lláh. [40]

Cuán trágico, pues, fue el destino de la concepción que había inspirado los esfuerzos del presidente norteamericano. No tardó en descubrirse que la Sociedad de Naciones había nacido muerta. Aunque incluía rasgos tales como un poder legislativo, judicial y ejecutivo, así como su propia burocracia, se le había negado la autoridad esencial para realizar los cometidos para los que de forma ostensible había sido ideada. Atrapada en la concepción decimonónica de una soberanía nacional ilimitada, sólo podía tomar decisiones con el consentimiento unánime de los Estados miembros, un requisito que en su mayor parte descartaba cualquier actuación efectiva. [41] *La vacuidad del sistema quedó puesta en evidencia, igualmente, al no incluir a algunos de los países más poderosos del mundo: Alemania había sido rechazada como nación derrotada y responsable de la guerra; Rusia vio denegado su acceso debido a su régimen bolchevique, y Estados Unidos mismo rechazó, como consecuencia de la cerrazón partidista en el Congreso, sumarse a la Sociedad o ratificar el tratado. Irónicamente, incluso los tibios esfuerzos realizados para proteger a las minorías étnicas que vivían en los estados nacionales recién creados se demostraron poco más que armas arrojadizas para los continuos conflictos fratricidas en Europa.*

En suma, precisamente en un momento de la historia humana en que un estallido de violencia sin precedentes carcomía los venerables bastiones que marcaban la pauta de la vida civilizada, los dirigentes políticos del mundo occidental castraban el único sistema alternativo de orden internacional surgido de la experiencia de la gran catástrofe, el único sistema que podía haber aliviado el sufrimiento aún mayor que acechaba. Sirvan de contrapunto las proféticas palabras de 'Abdu'l-Bahá: "Paz, paz (...) proclaman sin cesar los labios de los potentados y pueblos, en tanto que el fuego de odios sin apagar todavía rescolda en sus corazones". "Los males que padece el mundo hoy día", añadió en 1920, "se multiplicarán; la lobreguez que lo envuelve se espesará (...) las potencias derrotadas continuarán agitándose. Recurrirán a todas las medidas con tal de reavivar la llama de la guerra". [42]

*

Mientras el infierno de la guerra se apoderaba del mundo, 'Abdu'l-Bahá dirigió Su atención a la única tarea de Su ministerio aún pendiente: asegurar la proclamación por los rincones más recónditos de la Tierra de ese mismo mensaje igualmente desoído o rechazado por las sociedades islámicas y occidentales. El instrumento que concibió para este fin fue el Plan Divino, dispuesto en catorce grandes Tablas, cuatro de las cuales iban dirigidas a la comunidad bahá'í de Norteamérica y 10 de forma subsidiaria a cinco segmentos específicos de dicha comunidad. Junto con la Tabla del Carmelo de Bahá'u'lláh y el Testamento del Maestro, las Tablas del Plan Divino fueron descritas por Shoghi Effendi como las tres "Cartas Fundacionales" de la Causa. El Plan Divino, revelado durante los años aciagos de la guerra, entre 1916 y 1917, emplazaba al pequeño conjunto de creyentes norteamericanos y canadienses a asumir el papel rector en el establecimiento de la Causa de Dios por todo el planeta. Las repercusiones de esta encomienda eran asombrosas. En palabras del Maestro:

> *La esperanza que acaricia 'Abdu'l-Bahá para vosotros es que el mismo triunfo que fue cosechado por vuestros esfuerzos en América corone vuestros afanes en otras partes del mundo, que a través de vosotros se extienda la fama de la Causa de Dios por todo el Oriente y Occidente, y que el advenimiento del Reino del Señor de las Huestes se proclame en los cinco continentes del globo. En el momento en que este Mensaje divino sea trasladado por los creyentes norteamericanos desde las orillas de América y se propague por los continentes de Europa, Asia, África y Australia, y hasta las distantes islas del Pacífico, esta comunidad se encontrará firmemente establecida en el trono de dominio sempiterno. Entonces todos los pueblos del mundo presenciarán que esta comunidad está iluminada espiritualmente y divinamente guiada. Entonces la tierra entera resonará con las alabanzas de su majestad y grandeza (...)* [43]

Shoghi Effendi nos recuerda que esta misión histórica, descrita por él como "el derecho de nacimiento de la Comunidad bahá'í norteamericana" [44]*, se funda en las palabras de las dos Manifestaciones de Dios dirigidas a la edad de la madurez de la humanidad. Se dio a conocer por vez primera en palabras del Báb, Quien emplazó a los "pueblos de Occidente" a "salir de vuestras ciudades", para "ayudar a Dios hasta el Día en que el Señor de Misericordia*

descenderá sobre vosotros a la sombra de las nubes (...)", y para llegar a ser "verdaderos hermanos en la única e indivisible religión de Dios, libres de distinción, (...) de modo que os veáis reflejados en ellos, y ellos en vosotros" [45]. En el emplazamiento que dirigió a los "gobernantes de América y los Presidentes de sus Repúblicas", el propio Bahá'u'lláh trasmitió un mandato que carece de paralelo entre todos Sus pronunciamientos destinados a los dirigentes mundiales: "Al quebrantado, vendadlo con las manos de la justicia, y al opresor floreciente, aplastadlo con la vara de los mandamientos de vuestro Señor, el Ordenador, el Omnisciente". [46] Fue también Bahá'u'lláh Quien enunció una de las verdades más profundas sobre el proceso que informa el desenvolvimiento de la civilización: "La Luz de su Revelación ha despuntado en el Oriente; los signos de su dominio han aparecido en el Occidente. Examinad esto en vuestros corazones, oh pueblo (...)". [47]

Aunque el Plan Divino iba a quedar "en suspenso", tal como el Guardián habría de manifestar más tarde, hasta que se diera cuerpo al necesario sistema que habría de ejecutarlo, 'Abdu'l-Bahá había seleccionado, facultado y transmitido un mandato a una compañía de creyentes que encabezaría el lanzamiento de la empresa. La propia vida del Maestro se acercaba rápidamente a su fin; empero, los tres últimos años tras la conclusión de la guerra mundial, vistos retrospectivamente, parecen dar una idea de las victorias que la propia Causa habría de cosechar a lo largo del siglo. Las condiciones cambiantes de Tierra Santa permitieron que el Maestro prosiguiera Sus labores sin estorbos, pudiendo crear las condiciones en que el brillo de Su mente y espíritu habrían de extender su influencia sobre los oficiales de Gobierno, los dignatarios de toda condición que solían visitarle, y las diversas comunidades que constituían la población de Tierra Santa. La propia Potencia Mandataria procuró expresar su aprecio por el efecto integrador de Su ejemplo y labores filantrópicas confiriéndole el rango de Caballero [48]. Más importante aún, un renovado flujo del peregrinos y de Tablas dirigidas a las comunidades bahá'ís tanto de Oriente como de Occidente estimularon una expansión de las labores de enseñanza y una mayor comprensión por parte de los amigos acerca de las implicaciones del mensaje bahá'í.

Quizá nada ilustra con mayor viveza el triunfo espiritual alcanzado por el Maestro en el Centro Mundial de la Fe como los acontecimientos vividos en Haifa tras Su ascensión, ocurrida en la madrugada del 28 de noviembre 1921. Al día siguiente una enorme multitud de miles de personas, representativas de

las diversas razas y sectas de la región, seguía los pasos del cortejo fúnebre hasta las faldas del Monte Carmelo en un sentido duelo tal como la ciudad jamás había presenciado. Encabezaban el paso representantes del Gobierno británico, miembros de la comunidad diplomática y las máximas dignidades de todas las confesiones religiosas de la zona, varias de las cuales participaron en los oficios celebrados en el Santuario del Báb. El duelo de los concurrentes - real, incontenido y solidario- reflejaba el súbito reconocimiento de que se había producido la pérdida de una Figura cuyo ejemplo había sido foco de unidad en un territorio airado y dividido. Para los dotados de visión, todo ello era en sí mismo una reivindicación de la unidad de la humanidad que incansablemente proclamara el Maestro.

IV

Con el fallecimiento de 'Abdu'l-Bahá, tocaba a su fin la Edad Apostólica de la Causa. La intervención divina que había comenzado setenta años antes, la noche en que el Báb declaró Su misión a Mullá Husayn -y el propio 'Abdu'l-Bahá había nacido-, concluía su trabajo. En palabras de Shoghi Effendi, había sido "un período con cuyos esplendores no podría compararse ninguna victoria, por más que brillante, de esta época o del futuro (...)" [49]. Adelante quedaban los mil o miles de años en los que las potencialidades que esta fuerza creativa ha implantado en la conciencia humana habrán de desplegarse gradualmente.

La contemplación de tan magna coyuntura en la historia de la civilización subraya en marcado contraste la Figura cuya naturaleza y papel han sido únicos en estos seis mil años de proceso histórico. Bahá'u'lláh denominó a 'Abdu'l-Bahá "el Misterio de Dios". Shoghi Effendi Lo describió como "el Centro y Pivote" de la Alianza de Bahá'u'lláh, el "Ejemplo perfecto" de las enseñanzas de la Revelación de Dios para la edad de la madurez humana, y el "Venero de la Unidad de la Humanidad". Ningún fenómeno que pueda compararse en modo alguno con Su aparición ha caracterizado a ninguna de las Revelaciones divinas que alumbraran a los demás grandes sistemas religiosos de la historia; y todos éstos han sido esencialmente etapas que preparaban a la humanidad para su madurez. 'Abdu'l-Bahá fue la Creación suprema de Bahá'u'lláh, el Ser que hizo posible todo lo demás. Comprender esta verdad es lo que impulsó a escribir lo que sigue a un perspicaz creyente bahá'í norteamericano:

> ***Correspondía ahora hacer entrega del mensaje de Dios, y no había humanidad que escuchase este mensaje. Por tanto, Dios concedió al mundo a 'Abdu'l-Bahá. 'Abdu'l-Bahá recibió el mensaje de Bahá'u'lláh en nombre de la raza humana. Él escuchó la voz de Dios; quedó inspirado por el espíritu; alcanzó una conciencia y comprensión completas del significado de este mensaje, y comprometió a la raza humana a que respondiese a la voz de Dios (...) para mí ésa es la Alianza: el que hubiera en esta tierra alguien que pudiera actuar como representante de una raza todavía sin crear. Había sólo tribus, familias, credos, clases, etcétera, pero no había hombre alguno excepto 'Abdu'l-Bahá, y 'Abdu'l-Bahá, en tanto hombre, hizo Suyo el mensaje de Bahá'u'lláh prometiendo a Dios que atraería al pueblo a la unidad de la***

humanidad, y que crearía una humanidad que pudiera ser cauce de las leyes de Dios [50].

Al comenzar Su misión sin auxilio alguno, en calidad de prisionero de un ignorante régimen brutal y asediado implacablemente por hermanos infieles que, en última instancia, deseaban Su muerte, el Maestro hizo de la comunidad persa bahá'í una espléndida demostración del desarrollo social que la Causa podía originar, inspiró la expansión de la Fe por todo Oriente, alzó comunidades de creyentes devotos a lo largo de Occidente, diseñó un plan para la expansión mundial de la Causa, Se granjeó el respeto y la admiración de las autoridades del pensamiento allá donde alcanzó Su influencia, y proporcionó a los seguidores de Bahá'u'lláh de todo el mundo un conjunto inmenso de orientaciones autoritativas relacionadas con el propósito de las leyes y enseñanzas de la Fe. Con enorme dolor y dificultades, erigió sobre las laderas del Monte Carmelo el Santuario que aloja los restos mortales del martirizado Báb, punto focal de los procesos mediante los cuales habrá de organizarse gradualmente la vida de nuestro planeta. Mediante todo ello, y en cada una de las menores ocasiones de una vida repleta de cuitas y exigencias de toda clase - una vida expuesta en todo tiempo al examen de amigos y enemigos por igual- aseguró Él que la posteridad recibiese el tesoro con el que poetas, filósofos y místicos han soñado en toda época: un dechado de inmaculada perfección humana.

Y por último, fue 'Abdu'l-Bahá Quien garantizó que el Orden Divino concebido por Bahá'u'lláh para la unificación de la raza humana y la institución de la justicia en la vida colectiva de la humanidad quedase provisto de los medios requeridos para realizar el propósito de su Fundador. Para que exista la unidad entre los seres humanos, incluso en el plano más sencillo, han de darse dos condiciones. Quienes participen deben en primer lugar estar de acuerdo sobre la naturaleza de la realidad, puesto que ello afecta a sus relaciones mutuas y su trato con el mundo fenoménico. En segundo lugar deben dar asentimiento a algún medio reconocido y autorizado que permita la adopción de las decisiones que han de afectar a su relación recíproca y determinar sus metas colectivas.

La unidad no es meramente una condición que surja de ciertos sentimientos de buena voluntad mutua o de propósito común, por más profundos y sinceros que sean esos sentimientos, del mismo modo que un organismo no es mero producto de la asociación fortuita y amorfa de varios

elementos. La unidad es un fenómeno de poder creativo, cuya existencia se hace aparente a través de los efectos que produce la acción colectiva y cuya ausencia queda en evidencia por la impotencia de tales esfuerzos. Por muy limitada que haya estado frecuentemente debido a la ignorancia y la perversidad, dicha fuerza ha sido la influencia primaria que ha impulsado el avance de la civilización, ha alumbrado códigos de leyes, instituciones sociales y políticas, obras artísticas, innumerables logros tecnológicos, grandes avances morales, la prosperidad material, y dilatados períodos de paz pública cuyo resplandor ha pervivido en el recuerdo de las generaciones ulteriores como soñadas "épocas de oro".

Mediante la Revelación transmitida por Dios a una humanidad llegada a su madurez, las plenas potencialidades de esta fuerza creativa han sido liberadas, al fin, dando lugar a los medios necesarios para la realización del propósito divino. En Su Testamento, descrito por Shoghi Effendi como la "Carta Fundacional" del Orden Administrativo, 'Abdu'l-Bahá pormenorizó la naturaleza y papel de las dos instituciones que son Sus sucesoras designadas y cuyas funciones complementarias garantizan la unidad de la Causa bahá'í y el logro de su misión mientras dure la Dispensación: la Guardianía y la Casa Universal de Justicia. Puso un énfasis especialmente intenso en la autoridad que así se transmitía:

> *Cualquier cosa que ellos decidan es de Dios. Quienquiera que no le obedezca a él o a ellos, no ha obedecido a Dios; quienquiera que se rebele contra él o contra ellos, se ha rebelado contra Dios; quienquiera que se le oponga a él se ha opuesto a Dios; quienquiera que dispute con ellos, ha disputado con Dios (...)* [51]

Shoghi Effendi ha explicado el significado de este Texto extraordinario:

> *El Orden Administrativo que este Documento histórico ha establecido, conviene señalar, es, en virtud de su origen y carácter, único en los anales de los sistemas religiosos del mundo. Ningún Profeta anterior a Bahá'u'lláh -puede afirmarse con seguridad-, (...) ha establecido, de forma autorizada y por escrito, nada comparable al Orden Administrativo que ha instituido el Intérprete autorizado de las enseñanzas de Bahá'u'lláh, Orden que (...) habrá de resguardar del cisma, de una manera sin parangón en ninguna religión previa, a la Fe de la cual ha brotado.* [52]

Antes de la lectura y promulgación del Testamento, la gran mayoría de los miembros de la Fe daban por descontado que la siguiente etapa en la evolución de la Causa sería la elección de la Casa Universal de Justicia, la institución fundada por el propio Bahá'u'lláh en el Kitáb-i-Aqdas como órgano rector del mundo bahá'í. Un hecho cuya comprensión reviste importancia para los bahá'ís actuales es que antes de entonces el concepto de Guardianía era desconocido en la comunidad bahá'í. Grande fue la alegría al tenerse noticia de la distinción singular que el Maestro había conferido a Shoghi Effendi y de la continuidad que este papel daba al vínculo establecido con los Fundadores de la Fe. Hasta entonces, sin embargo, se desconocía que la intención de Bahá'u'lláh fuera la de dar lugar a tal institución y la función de interpretación que le correspondería cumplir, una función cuya importancia vital desde entonces se ha hecho evidente y que el conocimiento posterior muestra claramente que estaba implícita en determinados Escritos Suyos.

Lo que desbordaba la imaginación de cualquier persona de aquel entonces, fieles o no, fue la transformación que el Testamento del Maestro iba a producir en la vida de la Causa. "Si supieras lo que ha de venir después de Mí", había declarado 'Abdu'l-Bahá, "sin duda desearías que mi fin se apresure". *[53]*

V

Para reconocer el puesto de la Guardianía en la historia bahá'í debemos empezar por una consideración objetiva sobre las circunstancias en las que hubo de llevarse a efecto la misión de Shoghi Effendi. Especialmente importante es el hecho de que la primera mitad de este ministerio se desarrollase durante el período de entreguerras, un período caracterizado por una incertidumbre y ansiedad acentuadas en todas las facetas de la vida humana. Por un lado, se habían realizado avances significativos para superar las barreras entre naciones y clases; por otro lado, la impotencia política y la parálisis económica resultante limitaron en gran medida los esfuerzos realizados para aprovechar estos avances. Cundía por doquier la sensación de que hacía falta urgentemente una redefinición profunda de la sociedad y el papel que habían de desempeñar en ellas las instituciones; en definitiva, claro es, hacía falta una redefinición del propósito de la vida humana misma.

Al término de la primera guerra mundial la humanidad se veía, en algunos respectos importantes, capaz de explorar posibilidades jamás imaginadas con anterioridad. Por toda Europa y Cercano Oriente habían quedado barridos los sistemas absolutistas que habían figurado entre las barreras más poderosas contra la unidad. Asimismo, en gran medida y por doquier eran puestos en entredicho los fosilizados dogmas religiosos que habían prestado apoyo moral a las fuerzas del conflicto y la alienación. Los pueblos antes sometidos disponían ahora de libertad para trazar los planes que regirían sus destinos futuros, asumiendo así responsabilidad sobre sus relaciones mutuas por la vía de los nuevos estados nacionales que creara el tratado de Versalles. El mismo ingenio que se había dedicado a producir armas de destrucción empezaba a dedicarse a las tareas desafiantes, pero gratificadoras, de la expansión económica. De los días más sombríos de la guerra habían aflorado historias conmovedoras, tales como la que impulsó a los soldados británicos y alemanes a abandonar brevemente los mataderos de las trincheras para conmemorar juntos el nacimiento de Cristo, hecho en el que se adivinaba una vislumbre de la unidad de la raza humana que el Maestro había proclamado incansablemente en Sus viajes por ese mismo continente [54]. Más importante aún, un esfuerzo extraordinario de imaginación había llevado a que la humanidad diera un paso adelante en su unificación. Los dirigentes mundiales, bien que a su pesar, habían creado un sistema consultivo

internacional que, aun estando desgarrado por intereses creados, confería al ideal de un orden internacional su primer amago de forma y estructura.

El propio despertar de la post-guerra se expresó en todos los rincones del mundo. Bajo la dirección de Sun Yat-sen, el pueblo chino arrojaba por la borda el decadente régimen imperial que había malogrado el bienestar del país, y se aprestaba a sentar las bases para el renacer de su antigua grandeza. A través de Latinoamérica, pese a terribles y reiterados reveses, los movimientos populares pugnaban igualmente por recobrar el control de los destinos de sus países y hacer uso de los inmensos recursos naturales del continente. En la India, una de las figuras más señeras del siglo, Mohandas Gandhi, se embarcaba en una empresa que no sólo habría de revolucionar la trayectoria de su país, sino que además permitió demostrar de forma concluyente ante el mundo lo que la fuerza espiritual puede lograr. África todavía aguardaba a su hora predestinada al igual que los habitantes de otras tierras coloniales; aun así, para cualquiera con ojos para ver, era claro que estaba en marcha un proceso de cambio que, en última instancia, no podría atajarse puesto que representaba los anhelos universales de la humanidad.

Dichos avances, por más que esperanzadores, no podían ocultar la tragedia histórica ocurrida. Durante la segunda mitad del siglo XIX, la proclamación del Día de Dios que Bahá'u'lláh hizo llegar a los gobernantes de la época, en cuyas manos reposaban los destinos de la humanidad, o bien había sido rechazada o bien había sido desoída por sus destinatarios tanto de Oriente como de Occidente. Recapacitar sobre tamaña quiebra de fe arroja una perspectiva aleccionadora sobre la respuesta subsiguiente que recibió la misión de 'Abdu'l-Bahá en Occidente. Si bien cabe alegrarse de las alabanzas volcadas desde todos los ámbitos sobre el Maestro, los resultados inmediatos de Sus esfuerzos traslucían el inmenso fracaso moral de una porción considerable de la humanidad y de sus rectores. El mismo mensaje que fuera acallado en Oriente sufría en lo esencial idéntico desaire por parte del mundo occidental, presto a deslizarse por el sendero de la ruina que desde tiempo atrás se había ido labrando con su engreída complacencia, hasta desembocar, finalmente, en la traición del ideal que encarnaba la Sociedad de Naciones.

En consecuencia, los dos decenios que siguieron a la asunción de responsabilidades por parte de Shoghi Effendi de reivindicar la Causa de Dios fueron un período de penumbra creciente en todo el mundo occidental, hecho que parecía reflejar un colosal revés en el proceso de integración y

esclarecimiento tan confiadamente proclamado por el Maestro. Era como si la vida política, social y económica hubieran desembocado en una especie de limbo. Surgieron graves dudas sobre si la tradición liberal democrática sería capaz de afrontar los problemas de la época; y, en efecto, en varios países europeos, los gobiernos inspirados por tales principios se vieron reemplazados por regímenes autoritarios. Muy pronto, el desplome económico de 1929 abocó a la reducción general del bienestar material, con todas las inseguridades morales y psicológicas que se derivaron de ello.

Apreciar estas circunstancias nos ayuda a comprender la magnitud del desafío que hubo de afrontar Shoghi Effendi al comienzo de su ministerio. Por lo que respecta a la condición objetiva de la humanidad, tal como la conoció, nada había que inspirase confianza en que la visión del nuevo mundo que le fuera legada al Guardián por los Fundadores de la Causa bahá'í pudiera abrirse paso significativamente fuera cual fuese el plazo que le hubiera sido concedido vivir.

El instrumento de que disponía tampoco parecía haber alcanzado el fuste, la elasticidad o la complejidad requeridas por la empresa. En 1923, cuando Shoghi Effendi pudo asumir finalmente la plena dirección de la Causa, el grueso de los seguidores de Bahá'u'lláh consistía en el conjunto de los creyentes de Irán, de cuyo número apenas cabía entonces realizar cálculos fiables. Carente de una mayoría de los medios necesarios para la promoción de la Causa, y gravemente limitada en sus recursos materiales, la comunidad iraní sufría los embates de un continuo acoso. En Norteamérica, tras serles encomendadas las responsabilidades descomunales del Plan Divino, las pequeñas comunidades de creyentes se debatían con las dificultades inmediatas de ganarse el sustento para sí y sus familias a medida que se agudizaba la crisis económica. En Europa, Australasia y el Lejano Oriente, la antorcha de la fe se mantenía encendida gracias a grupos bahá'ís incluso más pequeños, al igual que lo hacían los grupos, familias y creyentes aislados esparcidos por el resto del globo. La bibliografía, incluso en inglés, resultaba inadecuada, y la tarea de traducir los Escritos a otros idiomas principales o de allegar los fondos para su publicación representaba una carga casi imposible.

Aunque la visión transmitida por el Maestro ardía más brillante que nunca, los medios a su disposición debieron de representárseles a los bahá'ís penosamente inadecuados frente a las condiciones imperantes. Los toscos y negros cimientos del futuro Templo Madre de Occidente, que dominaba el lago

al norte de Chicago, parecían una burla frente a la brillante concepción que había deslumbrado al mundo arquitectónico tan sólo años antes. En Bagdad, la "Casa Más Sagrada", designada por Bahá'u'lláh como el centro focal de peregrinación bahá'í, había sido capturada por oponentes de la Fe. En la propia Tierra Santa, la Mansión de Bahá'u'lláh caía en ruinas como consecuencia de la incuria de los violadores de la Alianza que la ocupaban, y el Santuario que albergaba los preciosos restos del Báb y de 'Abdu'l-Bahá apenas había pasado de ser la simple estructura de piedra alzada por el Maestro.

Una serie de consultas exploratorias celebradas con bahá'ís destacados dejó patente ante el Guardián que incluso una discusión formal con creyentes cualificados sobre la creación de una secretaría internacional no sólo sería inútil, sino probablemente contraproducente. Por tanto, fue en soledad como Shoghi Effendi acometió la tarea de dar impulso a la inmensa empresa que le fuera confiada en sus manos. Cuán completamente solo se halló es algo casi imposible de comprender para la presente generación de bahá'ís; mas en la medida en que se advierte, el resultado se revela agudamente doloroso.

Al comienzo, el Guardián dio por descontado que los miembros de la familia extensa del Maestro, Cuyo distinguido ascendiente les había procurado inmenso respeto por parte de los bahá'ís de todo el mundo, acogerían la oportunidad de ayudarle en la realización del propósito que el Maestro había establecido con un lenguaje tan imperativo y conmovedor. En consecuencia invitó a sus hermanos, primos y a una de sus hermanas, cuya educación los capacitaba para semejantes cometidos, a proporcionar el apoyo administrativo que exigía la labor de la Guardianía. Trágicamente, con el paso del tiempo, todas y cada una de estas personas se demostraron insatisfechas e indiferentes al papel de apoyo que se les había encomendado. Cosa mucho más seria, Shoghi Effendi hubo de afrontar una situación en la que la autoridad que le había sido conferida, aunque expresada en términos tajantes en el Testamento, se miraba entre sus familiares como revestidas de un carácter relativamente nominal. Estas personas prefirieron considerar que la jefatura de la Fe era esencialmente un asunto familiar en el que habría de concederse gran peso a los puntos de vista de las figuras de más edad, supuestamente mejor cualificadas para ejercer tal prerrogativa. Comenzando por demostraciones de hosca resistencia, la situación experimentó un continuo deterioro hasta el extremo de que en determinado momento los hijos y nietos de 'Abdu'l-Bahá se arrogaron la libertad de mostrar su desacuerdo con el sucesor designado y de desobedecer sus instrucciones.

Rúhíyyih Khánum, testigo de las últimas etapas de este proceso degenerativo, padeció enormemente al presenciar sus efectos en las labores de la Causa y en la persona del Guardián. Hablando de esta situación escribe:

> ***(...) hay que comprender la vieja historia de Caín y Abel, la historia de los celos familiares que, cual sombría madeja en el tejer de la historia entrecruza todas sus épocas, puede rastrearse en todos sus acontecimientos (...). La debilidad del corazón humano, que tan a menudo se apega a un objeto indigno, la debilidad de la mente humana, predispuesta al orgullo y engreimiento en sus opiniones, sumergen a los seres humanos en un remolino de emociones que ciegan su juicio y los desencaminan (...). Aunque este fenómeno de la violación de la Alianza parece ser un aspecto inherente de la religión, no quiere ello decir que carezca de efectos dañinos sobre la Causa (...). Sobre todo, no significa que no se traduzca en un efecto devastador en el Centro de la Alianza misma. La vida entera de Shoghi Effendi se vio ensombrecida por los sañudos ataques personales vertidos contra su persona.*** [55]

Tan sombrío panorama arroja si acaso una luz más intensa sobre los méritos de la Hoja Más Sagrada, hermana de 'Abdu'l-Bahá y última superviviente de la Edad Heroica de la Fe. Bahíyyih Khánum desempeñó un papel vital en la salvaguarda de los intereses de la Causa a la muerte del Maestro, tiempo durante el cual se convirtió en el único apoyo efectivo de Shoghi Effendi. Su fidelidad despertó en su pluma los pasajes más hondamente conmovedores que escribiera el Guardián. El apóstrofe que le dedicó a su muerte en 1932 queda reflejado en una carta dirigida a los bahá'ís de "todo Occidente", la cual reza en parte:

> ***Sólo las generaciones del futuro y plumas más hábiles que la mía podrán rendir y rendirán digno tributo a la sobresaliente grandeza de su vida espiritual, al papel señero que desempeñó durante las etapas tumultuosas de la historia bahá'í, a las expresiones de incalificable alabanza que brotaron de la pluma tanto de Bahá'u'lláh como de 'Abdu'l-Bahá, el Centro de Su Alianza, al influjo que ella ejerció en el curso de algunos de los magnos acontecimientos en los anales de la Fe, aunque no haya quedado registrado y en lo fundamental no tenga siquiera sospecha de ello la masa de sus apasionados admiradores de Oriente y Occidente, igual que los sufrimientos que padeció, los***

sacrificios que hizo, los raros dones de constante compasión que ella demostraba tan sorprendentemente: éstos y otros muchos rasgos aparecen tan inseparablemente entrelazados con el tejido de la propia Causa que ningún historiador del futuro podrá permitirse desatenderlos o rebajarlos (...) ¿Cuál de las bendiciones habré de referir, bendiciones que en su solicitud incondicional derramó sobre mí en las horas más críticas y agitadas de mi vida? Para mí, tan completamente necesitado de la gracia vivificante de Dios, ella fue el símbolo viviente de muchos de los atributos que había aprendido a admirar en 'Abdu'l-Bahá. [56]

Durante largos años, el Guardián sintió que la protección de la Causa le exigía mantener silencio sobre el deterioro de la situación de la Sagrada Familia. Sólo cuando la oposición dio paso a un estallido de actos de abierto desafío, que al final condujo a los familiares a la vergonzosa colaboración e incluso matrimonio con miembros de la misma camarilla de violadores de la Alianza (contra cuya traición había advertido el Testamento del Maestro en términos vehementes) así como con una familia vecina profundamente hostil a la Causa, sólo entonces se sintió forzado Shoghi Effendi a poner en evidencia ante el mundo bahá'í la naturaleza de las fechorías con las que había tenido que enfrentarse. [57]

Tan lamentable historia importa para una comprensión de la Causa en el siglo XX no sólo, en términos del Guardián, por "los estragos" que ocasionó en la Sagrada Familia, sino también por la luz que arroja sobre los desafíos crecientes que la comunidad bahá'í habrá de arrostrar en los años futuros, desafíos predichos en lenguaje explícito tanto por el Maestro como por el Guardián. Aparte de la insinceridad que caracterizara a un crecido número de ellos, los parientes de Shoghi Effendi demostraron tener poca o ninguna conciencia de la naturaleza espiritual del papel que le había sido conferido en el Testamento. El hecho de que la Revelación de Dios para la edad de la madurez de la humanidad llevase aparejada, como rasgo central de su misión, la autoridad esencial para la reestructuración del orden social representaba un reto espiritual que apenas parecían capaces de comprender (si es que lo intentaron alguna vez). El abandono en que dejaron al Guardián constituye una lección que quedará para la posteridad a lo largo de los siglos de la Dispensación bahá'í. El destino de esta compañía sumamente privilegiada, aunque indigna, de seres humanos subraya ante los lectores de su historia tanto el significado que reviste la Alianza de Bahá'u'lláh para la unificación

de la humanidad como las exigencias irrenunciables que impone a quienes se acogen a su amparo.

*

Al considerar los acontecimientos del ministerio de Shoghi Effendi, los bahá'ís deben hacer un esfuerzo imaginativo por contemplar, a través de sus ojos, la naturaleza de la misión que le fuera otorgada. Nuestra guía la constituye el conjunto de escritos que nos dejó. 'Abdu'l-Bahá había proclamado en incontables Tablas y alocuciones el principio axial del mensaje de Bahá'u'lláh: "En esta maravillosa Revelación, este glorioso siglo, el cimiento de la Fe de Dios, el rasgo distintivo de Su Ley lo constituye la conciencia de la Unidad de la Humanidad" [58]. 'Abdu'l-Bahá había sido igualmente enfático al afirmar –como ya indicábamos que los cambios revolucionarios que estaban teniendo lugar en todos los ámbitos del quehacer humano convertían la unificación de la humanidad en un objetivo realista. Fue esta visión la que, durante 36 años de Guardianía, nutrió la fuerza organizadora presente en las labores de Shoghi Effendi. Sus repercusiones fueron el tema de algunos de los mensajes más importantes surgidos de su pluma. Al dirigirse Shoghi Effendi en 1931 a los amigos de Occidente, éste era el brillante panorama que exponía ante su mirada:

> *El principio de la Unidad de la Humanidad -eje en torno al cual giran todas las enseñanzas de Bahá'u'lláh- no es un mero brote de sentimentalismo ignorante o una expresión de esperanzas vagas y piadosas. Su llamamiento no ha de identificarse meramente con el renacer del espíritu de hermandad y buena voluntad entre los hombres, ni tampoco aspira tan sólo a fomentar la colaboración armoniosa entre los pueblos y naciones. Sus implicaciones son más profundas, sus cimientos mayores que cualquiera de los que se Les permitiera presentar a los Profetas de antaño. Su mensaje se aplica no sólo a la persona, sino que se ocupa primordialmente de la naturaleza de las relaciones esenciales que deben vincular a todos los Estados y naciones como miembros de una sola familia humana (...) implica un cambio orgánico en la estructura de la sociedad actual, un cambio tal como el mundo jamás ha experimentado (...) Requiere nada menos que la reconstrucción y la desmilitarización del conjunto del mundo civilizado, un mundo orgánicamente unificado en todos los aspectos esenciales de su existencia, maquinaria política, aspiraciones espirituales, comercio y*

finanzas, escritura e idioma, y no obstante infinito en cuanto a la diversidad de las características nacionales de sus unidades federadas. [59]

Un concepto que se manifestaba con fuerza en los escritos del Guardián era la metáfora orgánica con la que Bahá'u'lláh, y posteriormente 'Abdu'l-Bahá, había figurado el proceso milenario que iba a conducir a la humanidad hasta la culminación de su historia colectiva. Dicha imagen metafórica consistía en la analogía que puede trazarse entre, por un lado, las etapas en que la sociedad humana se había organizado e integrado gradualmente, y, por otro lado, el proceso mediante el cual cada ser humano se desarrolla lentamente pasando de las limitaciones de la existencia infantil a los poderes de la madurez. La metáfora aparece destacada en varios de los escritos en que Shoghi Effendi alude a las transformaciones de nuestra época:

> *Las dilatadas etapas de infancia y niñez que tuvo que recorrer la raza humana han sido relegadas a un segundo plano. La humanidad experimenta ahora las conmociones invariablemente ligadas a la etapa más turbulenta de su evolución, la etapa de adolescencia, en que la impetuosidad y vehemencia juveniles llegan a su apogeo, y deben gradualmente verse reemplazadas por la calma, la sabiduría y la sazón que caracterizan la etapa de madurez.* [60]

Meditar sobre esta gran concepción llevó a Shoghi Effendi a proporcionar al mundo bahá'í una descripción coherente del futuro, la cual, desde entonces, ha permitido que tres generaciones de creyentes puedan articular ante los gobiernos, medios de difusión y público en general de todo el mundo la perspectiva desde la cual la Fe bahá'í acomete sus labores:

> *La unidad de la raza humana, tal como la previera Bahá'u'lláh, implica el establecimiento de una mancomunidad mundial en la que todas las naciones, razas, credos y clases estén estrecha y permanentemente unidos, y en la que la autonomía de sus Estados miembros y la libertad personal e iniciativa de los individuos que la componen estén definitiva y completamente salvaguardadas. Esa mancomunidad, en la medida en que podemos figurárnosla, debe consistir en un poder legislativo mundial, cuyos miembros, en tanto fiduciarios de la humanidad entera, controlarán en última instancia los recursos enteros de todas las naciones constitutivas, y promulgarán las*

leyes que se requieran para regular la vida, satisfacer las necesidades y ajustar las relaciones de todas las razas y pueblos. Un ejecutivo mundial, respaldado por una Fuerza internacional, pondrá en marcha las decisiones adoptadas, aplicará las leyes promulgadas por ese poder legislativo mundial y salvaguardará la unidad orgánica del conjunto de la mancomunidad. Un tribunal mundial fallará y emitirá veredictos definitivos y obligatorios en todas y cada una de las desavenencias que surjan entre los diversos elementos integrantes de ese sistema universal (...) Se organizarán los recursos económicos del mundo, se aprovecharán y utilizarán plenamente sus fuentes de materias primas, se coordinarán y desarrollarán sus mercados, y se regulará equitativamente la distribución de sus productos. [61]

Al presentar en "La Dispensación de Bahá'u'lláh" una interpretación definitiva del Orden Administrativo, Shoghi Effendi formulaba una referencia especial al papel que la institución que él mismo encarnaba iba a desempeñar al permitir que la Causa adoptase "una amplia e ininterrumpida perspectiva sobre una sucesión de generaciones (...)". Tan singular legado se expresaba con particular claridad al describir la naturaleza dual de los procesos históricos que él veía desplegarse en el siglo XX. El panorama que configuraba el escenario internacional - señaló -, iba a verse moldeada de modo creciente por las dos fuerzas de "integración" y "desintegración", las cuales, a la postre, escapan al control humano. A la luz de lo que alcanza hoy día nuestra vista, sus previsiones en torno a la operación de este proceso dual resultan sobrecogedoras: la creación de "un mecanismo de intercomunicación mundial (...) que habrá de funcionar con maravillosa celeridad y perfecta regularidad" [62]*; la erosión del Estado nacional como árbitro principal de los destinos humanos; los efectos pavorosos que la quiebra moral generalizada por todo el mundo habría de tener en la cohesión social; la amplia desilusión pública provocada por la corrupción política; e - inimaginable para otros contemporáneos - el auge de los organismos mundiales dedicados a promover el bienestar humano, a coordinar la actividad económica, definir los patrones internacionales y fomentar un sentido de solidaridad entre las diversas razas y culturas. Estos y otros acontecimientos –explicaba el Guardián - alterarían de modo fundamental las condiciones en que la Causa bahá'í iba a proseguir su misión en los decenios ulteriores.*

Uno de los cambios sorprendentes de este género, y que Shoghi Effendi apreció en las Escrituras que se vio llamado a interpretar, hacían referencia al

papel futuro de Estados Unidos como nación, y, en menor medida, de sus naciones hermanas del hemisferio occidental. Su capacidad de visión resulta tanto más notable por cuanto cabe recordar que escribía durante un período de la historia en el que Estados Unidos se mostraba decididamente aislacionista tanto en su política exterior como en las convicciones de una mayoría de sus ciudadanos. Sin embargo, Shoghi Effendi previó que el país iba a ejercer un "papel activo y decisivo (...) en la organización y resolución pacífica de los asuntos de la humanidad". Recordó a los bahá'ís el vaticinio de 'Abdu'l-Bahá en el sentido de que, debido a la naturaleza singular de su composición social y desarrollo político –y no por alguna "excelencia inherente o mérito especial de sus gentes"– Estados Unidos había desarrollado capacidades que la facultarían para ser "la primera nación en sentar los cimientos del acuerdo internacional". En efecto, previó que los gobiernos y pueblos de todo el hemisferio acabarían por orientarse en esta misma dirección. [63]

El papel que la comunidad bahá'í debe desempeñar para coadyuvar a esta consumación del proceso histórico había quedado prefigurado en los emplazamientos que, en el mismo momento en que nacía la Causa, dirigió el Báb a Sus seguidores:

> *¡Oh Mis amados amigos! Sois los portadores del nombre de Dios en este Día (...) Sois los humildes de quienes así ha hablado Dios en Su Libro: "Y deseamos mostrar favor a quienes fueron humillados en la tierra, y convertirlos en adalides espirituales entre los hombres y trocarlos en herederos Nuestros". Habéis sido llamados a esta posición; la alcanzaréis sólo si os alzáis hollando bajo vuestros pies todo deseo terrenal y si os afanáis por convertiros en "siervos honrados Suyos que no hablan hasta que Él haya hablado, y que cumplen Su voluntad" (...) No reparéis en vuestra debilidad o flaqueza; fijad vuestra mirada en el poder invencible del Señor, vuestro Dios, el Todopoderoso (...) Alzaos en Su nombre, poned vuestra confianza enteramente en Él y estad seguros de la victoria final"* [64]

Ya en 1923, Shoghi Effendi se sintió movido a desahogar su corazón sobre este tema ante los amigos de Norteamérica:

> *Recemos a Dios porque, en estos días de penumbra universal, en que las fuerzas oscuras de la naturaleza, de odio, rebelión, anarquía y reacción amenazan la estabilidad misma de la sociedad, en que los frutos*

> *más preciosos de la civilización sufren pruebas severas y sin parangón, podamos todos comprender, más profundamente que nunca, que aunque seamos un mero puñado entre las agitadas masas del mundo, somos en este día los instrumentos escogidos de la gracia de Dios, que nuestra misión es urgentísima y esencial para el destino de la humanidad, y, así fortificados por estos sentimientos, nos dispongamos a lograr la santa voluntad de Dios para con la humanidad.* [65]

*

Plenamente consciente de la condición en que se encontraba la sociedad, de las consecuencias de la traición sufrida a manos de familiares en cuyo apoyo debía haber podido confiar, y de la relativa debilidad de los recursos de la propia comunidad bahá'í, Shoghi Effendi se dispuso a forjar los medios necesarios para realizar la misión que le había sido encomendada en herencia.

Sin duda, la mayoría de los bahá'ís comprendía en alguna medida que las asambleas que se les instaba a formar poseían un significado muy por encima de la mera gestión de los asuntos prácticos que les había sido confiada. 'Abdu'l-Bahá, Quien había guiado este proceso, Se había referido a ellas como:

> *(...) lámparas brillantes y jardines celestiales, desde los cuales se difunden por todas las regiones las fragancias de santidad, y desde donde las luces del conocimiento se derraman sobre todas las cosas creadas. De ellas brota en todas direcciones el espíritu de la vida. Realmente, son fuentes potentes para el progreso del hombre, en todo tiempo y en cualquier condición.* [66]

No obstante, fue Shoghi Effendi quien hubo de ayudar a que la comunidad comprendiese el lugar y papel de estos cuerpos consultivos nacionales y locales en el marco del Orden Administrativo creado por Bahá'u'lláh y elaborado en las disposiciones del Testamento del Maestro. Un obstáculo que estorbaba a un número significativo de creyentes en este sentido era la suposición gratuita según la cual muchos entendían que la Causa era esencialmente una asociación "espiritual" en la que la organización, aunque no necesariamente antitética, no constituía un rasgo inherente del propósito divino. Al subrayar que el Kitáb-i-Aqdas y el Testamento de 'Abdu'l-Bahá "no sólo son complementarios, sino que (...) se confirman mutuamente y constituyen partes

inseparables de una unidad completa" [67], *el Guardián invitaba a los creyentes a reflexionar en profundidad en torno a una de las verdades centrales de la Causa que habían abrazado:*

> *Pocos dejarán de reconocer que el Espíritu insuflado por Bahá'u'lláh en el mundo, y que se manifiesta en grados variables de intensidad mediante los esfuerzos conscientemente desplegados por Sus valedores declarados e indirectamente mediante ciertas organizaciones humanitarias, nunca podrá calar y ejercer una influencia permanente en la humanidad hasta que no se encarne en un Orden visible que porte Su nombre, se identifique plenamente con Sus principios y funcione de conformidad con Sus leyes.* [68]

Prosiguió encareciendo a los seguidores de la Fe a que comprendiesen la diferencia esencial entre la Causa de Bahá'u'lláh, cuyos Textos revelados contenían disposiciones detalladas para tal Orden autorizado, y las Revelaciones preparatorias cuyas Escrituras en su mayor parte nada decían sobre la administración de los asuntos y sobre la interpretación de la intención de sus Fundadores. En palabras de Bahá'u'lláh: "En verdad, el Ciclo profético ha terminado. Ha llegado ahora la Verdad eterna. Él ha izado la Enseña del Poder (...)" [69]*. A diferencia de las Dispensaciones del pasado, la Revelación de Dios para esta época –aseguraba Shoghi Effendi - había alumbrado "un organismo vivo", cuyas leyes e instituciones constituían "los elementos esenciales de una Economía Divina", "un modelo para la sociedad del futuro", y "el único organismo para la unificación del mundo, y para la proclamación del reino de rectitud y justicia sobre la tierra".* [70]

Por tanto, los amigos debían afanarse por apreciar –así instaba el Guardián - que las Asambleas Espirituales que, a duras penas, se esforzaban por establecer por todo el mundo, eran las precursoras de las "Casas de Justicia" locales y nacionales previstas por Bahá'u'lláh. Como tales, eran parte integrante de un Orden Administrativo que, a su debido tiempo, "hará valer su derecho y demostrará su capacidad de ser considerado no sólo como el núcleo sino como el modelo mismo del Nuevo Orden Mundial destinado a abrazar, en la plenitud del tiempo, a la humanidad entera". [71]

Para unas pocas personas de entre las jóvenes comunidades de Occidente, tal desviación respecto de las concepciones tradicionales sobre la naturaleza y papel de la religión se demostraron una prueba demasiado

grande, por lo que las comunidades bahá'ís sufrieron el dolor de ver cómo valiosos compañeros de trabajo se desligaban en pos de empeños espirituales más próximos a sus inclinaciones. Sin embargo para la gran mayoría de los creyentes, los grandes mensajes surgidos de la pluma del Guardián, como por ejemplo "La meta de un Nuevo Orden Mundial" y "La Dispensación de Bahá'u'lláh", arrojaban una luz deslumbrante precisamente sobre el tema que más les preocupaba -la relación entre la verdad espiritual y el desarrollo social- inspirándoles la firme determinación de desempeñar su parte en la cimentación del futuro de la humanidad.

El Guardián proporcionó, asimismo, la imagen organizativa que habría de adoptar esta inmensa labor. La "Edad Heroica" de la Dispensación de Bahá'u'lláh, declaró, había terminado con el fallecimiento de 'Abdu'l-Bahá. La comunidad bahá'í se embarcaba ahora en la "Edad de Hierro", la "Edad Formativa", en la que el Orden Administrativo sería erigido en todo el planeta, sus instituciones se establecerían y los poderes "constructivos de la sociedad" inherentes a ella se revelarían por completo. Muy distante se encontraba lo que Shoghi Effendi denominaba la "Edad de Oro" de la Dispensación, que habría de llevar al surgimiento de la Mancomunidad Mundial bahá'í que constituirá el establecimiento del Reino de Dios en la tierra y la creación de una civilización mundial. [72] El impulso que se había comunicado inicialmente a las conciencias mediante la revelación de la Palabra Creativa misma, cuyas implicaciones sociales revolucionarias habían sido proclamadas por el Maestro, estaba siendo ahora traducido por su intérprete designado al vocabulario de la transformación política y económica en el que por doquier iba fraguándose el discurso público del siglo. Concediendo al proceso una fuerza irresistible, iluminando siempre nuevas dimensiones de la experiencia bahá'í, y sirviendo como el venero de la unificación de la humanidad que proclamaba, se encontraba la Alianza que Bahá'u'lláh había establecido entre Él mismo y los que se habían vuelto hacia Él.

Aunque al principio no llegaron a designarse con el nombre de "Asambleas Espirituales", los consejos que las comunidades bahá'ís locales de Persia se habían visto animadas por 'Abdu'l-Bahá a crear habían asumido la responsabilidad de la administración de sus asuntos. A la luz de lo que habría de seguir, nadie con cierta perspectiva histórica dejará de asombrarse por el hecho de que la primera Asamblea Espiritual de la Fe, la de Teherán, se fundase en 1897, el año mismo que vio nacer a Shoghi Effendi. Bajo la guía del Maestro, las reuniones intermitentes celebradas por las cuatro Manos de la

Causa en Persia llegaron a convertirse gradualmente en esta institución que sirvió simultáneamente como "Asamblea Espiritual Central" de Persia y como el cuerpo rector de la comunidad local establecida en la capital. Ya al fallecer 'Abdu'l-Bahá, las Asambleas Espirituales Locales establecidas en Persia superaban la treintena. En 1922 Shoghi Effendi hizo un llamamiento para el establecimiento formal de la Asamblea Espiritual Nacional de Persia, un logro aplazado hasta 1934 debido a la exigencia de adoptar un censo fiable de la comunidad como base para la elección de los delegados.

Fuera de Persia, los creyentes de 'Ishqábád, en el Turquestán ruso, eligieron su primera Asamblea Espiritual Local, entidad que asumió un papel importante en el proyecto para la construcción del primer Mashriqu'l-Adhkár bahá'í, emplazado en 'Ishqábád. En Norteamérica, una gama de entidades consultivas -"Juntas de Consejo", "Juntas Consejeras", "Juntas de Consulta" y "Comités de Trabajo"- desarrollaron funciones análogas, hasta evolucionar gradualmente y convertirse en cuerpos electos, precursores de las Asambleas Espirituales. Al fallecer el Maestro, quizá funcionaban en Norteamérica cuarenta consejos de este género. Todos estos pasos allanaron el camino para el nacimiento posterior de la primera Asamblea Espiritual Nacional de los Bahá'ís de Estados Unidos y Canadá, la cual surgió de la "Junta de Unidad del Templo", organismo creado en 1909 para coordinar la construcción de la futura Casa de Adoración. Se formó en 1923, aunque los requisitos administrativos sentados por el Guardián para este paso sólo se cumplieron en 1925, fecha en la que se habían establecido Asambleas Nacionales en las Islas Británicas, Alemania, Austria, Egipto y Sudán. [73]

A medida que iban formándose las Asambleas Espirituales Nacionales y Locales, el Guardián comenzó a recalcar la importancia de lograr que fueran reconocidas como "personas jurídicas" acogidas a la ley civil. Al asegurar tal personalidad jurídica, según la modalidad que fuera factible, las instituciones administrativas bahá'ís quedaban habilitadas para gestionar propiedades, celebrar contratos y asumir gradualmente una gama de derechos legales vitales para los intereses de la Causa. La importancia que Shoghi Effendi atribuía a esta nueva etapa de la evolución administrativa se pone de manifiesto en las fotocopias de estos documentos civiles, las cuales comenzaron a convertirse en un rasgo principal del despliegue fotográfico de la expansión de la Fe en los volúmenes sucesivos de The Bahá'í World. Más aún, una vez que la Mansión de Bahjí quedó plenamente recuperada y restaurada a su condición original, y adecuadamente amueblada, Shoghi Effendi reunió una colección de esta

preciadísima documentación para exponerla allí como aliciente y educación de la creciente afluencia de peregrinos que acudía al Centro Mundial.

El proceso de reconocimiento legal comenzó con la adopción en 1927 de la Declaración Fiduciaria y Estatutos de la Asamblea Espiritual Nacional de Estados Unidos y Canadá, la cual alcanzó reconocimiento civil como asociación voluntaria dos años después. El 17 de febrero de 1932 la primera Asamblea local bahá'í, la de Chicago, adoptó una documentación de legalización que, junto con la presentada por la de Nueva York el 31 de marzo de ese mismo año, habrían de sentar la pauta para tales instrumentos en todo el mundo. Ya en 1949, la Asamblea Espiritual Nacional de los Bahá'ís de Canadá- formada a raíz de la separación en dos comunidades bahá'ís norteamericanas, ocurrida el año anterior- pudo conseguir el reconocimiento formal de su condición jurídica ante la ley civil gracias a una Ley especial aprobada por el Parlamento, victoria que Shoghi Effendi aclamó como "un acto carente por completo de parangón en los anales de la Fe de cualquier país, ya sea de Oriente u Occidente". [74]

Estas apremiantes exigencias administrativas no distrajeron a Shoghi Effendi de otras tareas que eran vitales para configurar la vida espiritual de la comunidad global. La más importante de ellas fue la ardua tarea que sólo él podía realizar, a saber, proporcionar a un conjunto creciente de creyentes que carecían de antecedentes persas un acceso directo y fiable a los Escritos de los Fundadores de la Fe. Las Palabras Ocultas, el Kitáb-i-Íqán, el inapreciable tesoro recopilado con tanto amor y percepción bajo títulos como Pasajes de los Escritos de Bahá'u'lláh, Oraciones y Meditaciones de Bahá'u'lláh y la Epístola al Hijo del Lobo surtieron el alimento espiritual que las labores de la Causa requerían urgentemente, como asimismo lo hiciera la traducción y edición que Shoghi Effendi realizó de la "Narración" de Nabíl bajo el título Los Rompedores del Alba.

Los peregrinos bahá'ís obtuvieron enriquecimiento espiritual de otro género en los Sagrados Lugares y en los emplazamientos históricos que el Guardián iba adquiriendo -a menudo a expensas de negociaciones prolongadas y agotadoras- y restaurando con tanto esmero. Fue Shoghi Effendi igualmente sensible a las inesperadas oportunidades que se presentaron ante su perspectiva histórica. En 1925 un tribunal religioso sunní de Egipto denegaba el reconocimiento civil a los matrimonios contraídos entre mujeres musulmanas y hombres bahá'ís, insistiendo que en que "la Fe bahá'í

es una religión nueva, enteramente independiente" y que "por tanto, ningún bahá'í puede considerarse musulmán" (y en consecuencia capacitado para contraer matrimonio con quien sí lo fuese). [75] *Aprovechando las implicaciones de mayor alcance de esta aparente derrota, el Guardián hizo amplio uso del juicio definitivo del tribunal para reforzar en los círculos internacionales las alegaciones que avalaban a la Fe como religión independiente, separada y distinta de sus raíces islámicas.*

*

Conforme la comunidad bahá'í iba estableciendo los cimientos administrativos que le permitirían desempeñar un papel efectivo en los asuntos humanos, el proceso acelerado de desintegración que Shoghi Effendi había reconocido iba minando el tejido del orden social. Sus orígenes, por muy imprecisamente conocidos que fuesen para una mayoría de teóricos sociales y políticos, comienzan pasados varios decenios a reconocerse en las conferencias internacionales dedicadas a la paz y el desarrollo. En nuestra época ya no es inusual encontrarse en estos círculos con francas referencias al papel esencial que las fuerzas "espirituales" y "morales" deben desempeñar en el logro de soluciones a los problemas urgentes. Para el lector bahá'í, tal reconocimiento tardío despierta ecos de los avisos dirigidos por Bahá'u'lláh, hace más de un siglo, a los rectores de los asuntos humanos: "La vitalidad de la fe de los hombres en Dios se esta extinguiendo en todos los países (...) la corrosión de la impiedad está carcomiendo las entrañas de la sociedad (...)" [76]

La responsabilidad de ésta la peor tragedia –recalcaba el Guardián - recaía principalmente sobre los hombros de los dirigentes religiosos del mundo. La condena más severa de Bahá'u'lláh quedaba reservada para quienes, presumiendo de hablar en nombre de Dios, han impuesto sobre las crédulas masas todo un fárrago de dogmas y prejuicios convertido en la mayor traba visible contra la que se ha visto forzada a combatir la civilización. Al tiempo que reconocía los servicios humanitarios prestados a título personal por incontables clérigos, señalaba las consecuencias que arrastraba la forma en que estas auto-designadas elites religiosas se han interpuesto a lo largo de la historia entre la humanidad y todas las voces del progreso, sin excluir a las de los Mensajeros de Dios mismo. "¿Qué 'opresión' es más dolorosa, preguntaba Bahá'u'lláh, "que el hecho de que un alma busque la verdad y desee alcanzar el conocimiento de Dios, y no sepa adónde dirigirse (...)?". [77] *En una época de avances científicos y amplia educación popular, los efectos acumulados de la*

desilusión resultante hicieron que la fe religiosa pareciese insignificante. Impotentes ellos mismos ante la crisis espiritual, una mayoría de estos clérigos, procedentes de diversas confesiones, que habían cobrado conciencia del mensaje de Bahá'u'lláh pasaron por alto la influencia moral que estaba demostrando dicho mensaje o bien se opusieron a él activamente. [78]

El reconocimiento de este rasgo de la historia no mengua el daño ocasionado por quienes procuraron aprovechar el vacío espiritual producido. El anhelo de creer es inextinguible; es parte inherente al ser humano. Cuando este anhelo se ve frenado o traicionado, el alma racional se ve arrastrada a buscar algún punto de referencia, por inadecuado o indigno que sea, en torno al cual pueda organizar la experiencia y atreverse a asumir los riesgos que son parte inevitable de la vida. Fue desde esta perspectiva como Shoghi Effendi previno a los miembros de la Fe, en términos inusualmente tajantes, que debían esforzarse por comprender la calamidad espiritual que anegaba a gran parte de la humanidad durante los decenios transcurridos entre las dos guerras:

> *Dios mismo ha sido realmente destronado del corazón de los hombres, en tanto que el mundo idólatra ha aclamado y adorado con apasionamiento y estruendo a los falsos dioses fatuamente creados por sus propias vanas fantasías y exaltados impíamente por sus manos desencaminadas (...) Sus sumos sacerdotes son los políticos y los doctos mundanos, los así llamados sabios de la época; su sacrificio, la carne y sangre de las multitudes masacradas; sus encantamientos, dogmas desgastados y fórmulas insidiosas e irreverentes; su incienso, el humo de la angustia que asciende de los corazones lacerados de los dolientes, los mutilados y los desamparados sin hogar.* [79]

Cual infecciones oportunistas, las ideologías agresivas aprovecharon la situación creada por el declive de la vitalidad religiosa. Aunque indistinguibles entre sí en cuanto a la corrupción de fe que encarnaban, los tres sistemas de creencia que desempeñaron un papel dominante en los asuntos humanos durante el siglo XX diferían agudamente en sus características secundarias y más conspicuas sobre las que el Guardián llamó la atención. Al denunciar "las oscuras, las falsas, y torcidas doctrinas" que iban a acarrear la destrucción a cualquier hombre o pueblo que creyese en ellas", Shoghi Effendi puso especial acento en "los tres dioses del Nacionalismo, Racismo y Comunismo". [80]

Del régimen fundador del fascismo, creado en 1922 por la así llamada "marcha a Roma", poco hace falta decir. Mucho antes de que éste y su guía cayeran en el olvido en los meses finales de la segunda guerra mundial, el fascismo se había convertido en objeto de ridículo entre la mayoría de la gente, incluidos aquellos que lo habían apoyado en sus comienzos. Su significado descansa, antes bien, en la hueste de imitadores que proliferaría a lo largo de las décadas ulteriores por todo el mundo cual cascada maligna de mutaciones. Propulsada por un nacionalismo maníaco, esta aberración del espíritu humano deificaba el Estado, descubría en todas partes amenazas imaginarias a la supervivencia nacional de cualquier pueblo desgraciado al que aprisionara, y predicaba a todos los que la escuchasen la idea de que la guerra tenía una influencia "ennoblecedora" sobre el alma humana. Los desfiles de opereta a base de uniformes, botas relucientes, banderas y trompetas con los que por lo común se la relacionan no deberían ocultar al observador contemporáneo el legado virulento que ha dejado en nuestra propia época, ocultando bajo vocabulario político angustiosos términos tales como "desaparecidos".

Pese a compartir la idolatría fascista hacia el Estado, su ideología hermana, el nazismo, se convirtió en la voz de una perversión más antigua e insidiosa. En su malvado corazón latía la obsesión por esa entelequia que sus procuradores denominaban "pureza de raza". La determinación maniática con que acometió sus fines asesinos no se vio en modo alguno menguada por los postulados demostradamente falsos en los que estaba basada. El sistema nazi fue único por la absoluta bestialidad que caracteriza al acto con que de forma más frecuente se relaciona su nombre: el programa de genocidio llevado a cabo sistemáticamente contra las poblaciones consideradas carentes de valor o nocivas para el futuro de la humanidad, un programa que comportaba un intento deliberado de exterminar literalmente a todo el pueblo judío. En última instancia, el empeño nazi en que una fantasiosa "raza superior" debía regir el planeta entero fue el principal causante de que se cumpliese el aviso profético de 'Abdu'l-Bahá, pronunciado veinte años antes, de que otra guerra, mucho más terrible que la primera, habría de estragar al mundo. Al igual que el fascismo, el nazismo también ha dejado un detritus en nuestra propia época. En este caso adopta la forma de un lenguaje y símbolos mediante los cuales algunos elementos marginales de la sociedad actual, desmoralizados por el declive económico y social que les rodea y desesperados por la ausencia de soluciones, airean su rabia impotente contra las minorías a las que culpan de sus frustraciones.

El falso dios que el Maestro Se había sentido movido a señalar explícitamente, el mismo que denunció Shoghi Effendi por su nombre, había demostrado su carácter desde un principio al destruir brutalmente, a finales de la Primera Guerra Mundial, al primer gobierno democrático jamás establecido en Rusia. Durante largos años, el sistema soviético creado por Vladimir Lenin consiguió presentarse ante muchos como benefactor de la humanidad y defensor de la justicia social. A la vista de los acontecimientos históricos tales pretensiones resultan grotescas. La documentación de que hoy se dispone proporciona evidencia irrefutable de crímenes tan enormes y de disparates tan abismales que carecen de paralelo en los 6000 años de historia escrita. En un grado jamás acometido, o siquiera imaginado, la conspiración leninista contra la raza humana también se proponía sistemáticamente extinguir la fe en Dios. Sea cual sea el punto de vista que sobre la situación sostengan actualmente los teóricos, nadie puede sorprenderse de que tal violencia deliberada desatada contra las raíces mismas de la motivación humana desembocase inexorablemente en la ruina económica y política de las sociedades a las que cupo el infortunio de caer bajo la férula soviética. Trágicamente, su efecto espiritual a largo plazo iba a ser el de pervertir, al servicio de sus propios y amorales propósitos, los anhelos legítimos de libertad y justicia que albergaban los pueblos sometidos de todo el mundo.

Desde un punto de vista bahá'í, el culto de la humanidad a ídolos de su propia invención reviste gravedad no sólo por los acontecimientos históricos que se vinculan a estas fuerzas, horrorosos como son, sino por las lecciones que nos enseñan. Al remontarnos al mundo de penumbras en el que aquellas fuerzas diabólicas asomaron sobre el horizonte de la humanidad, cabe preguntarse qué clase de debilidad abonaba en la naturaleza de los hombres el que se volviesen vulnerables a este género de influencias. Reconocer en alguien como Benito Mussolini la figura de un "Hombre del Destino", sentirse obligado a concebir las teorías raciales de Adolfo Hitler como nada que no fueran productos evidentes de mentes enfermas, haber acometido seriamente la interpretación de la experiencia humana a la luz de los dogmas que alumbraron a la Unión Soviética de Josef Stalin, tan gratuito abandono de la razón por parte de un segmento considerable de la intelectualidad exige una rendición de cuentas para la posteridad. Si se emprende de forma desapasionada, tal evaluación debe, tarde o temprano, centrar la atención sobre una verdad que recorre como hilo central las Escrituras de todas las religiones de la humanidad. En palabras de Bahá'u'lláh:

Sobre la realidad del hombre (...) ha dirigido la irradiación de todos Sus nombres y atributos, convirtiéndola en un espejo de Su propio Ser (...) Sin embargo, estas energías (...) permanecen latentes dentro de él, tal como la llama se oculta en la candela o los rayos de luz se encuentran potencialmente presentes en la lámpara (...) Ni la candela ni la lámpara pueden encenderse mediante sus propios esfuerzos sin ayuda, como tampoco es posible que el espejo se desprenda de su propia escoria. [81]

La consecuencia de ese engreimiento de la humanidad bajo el efecto de ideologías concebidas por su propia mente fue la de producir una aceleración terrorífica de los procesos de desintegración que ya estaban disolviendo el tejido social y cultivando los más bajos impulsos de la persona. El embrutecimiento que la primera guerra mundial había engendrado se ha convertido ahora, en gran parte del planeta, en un rasgo omnipresente de la vida social. "Hemos reunido, pues, a los obradores de la iniquidad", así rezaba el aviso que dio Bahá'u'lláh hacía más de un siglo. "Los vemos corriendo hacia su ídolo (...) se apresuran hacia el Fuego Infernal, y lo confunden con la luz". [82]

VI

Mientras cobraba forma la estructura administrativa de la Causa, Shoghi Effendi dirigió su atención a la tarea que durante tanto tiempo se había visto obligado a posponer: la ejecución del Plan Divino del Maestro. En Persia, este avance se encontraba muy desarrollado. Dirigido primero por Bahá'u'lláh y posteriormente por 'Abdu'l-Bahá, un cuerpo de maestros especialmente designados - muballighín - estimuló las labores locales emprendidas por todo el país, en tanto que la existencia de una vibrante vida comunitaria ayudaba a la integración, relativamente rápida, de los nuevos conversos. Los fondos del Huqúqu'lláh, complementado con la práctica de la designación, que ya por entonces era un rasgo establecido en la conciencia bahá'í persa, proporcionaron apoyo material para esta actividad de enseñanza.

En Occidente, la fuente de inspiración en favor de la promoción de la Fe la aportó la respuesta dada a los llamamientos del Maestro por personas tan destacadas como Lua Getsinger, May Maxwell y Martha Root. La mera mención de estos nombres resalta un rasgo del surgimiento de la Causa en Occidente al que el Maestro prestó particular atención:

> *En América las mujeres han sobrepasado a los hombres en este aspecto y han tomado la delantera en este campo. Se esfuerzan con más tesón por guiar a los pueblos del mundo, y su empeño es mayor. Están confirmadas por las bendiciones y los favores celestiales.* [83]

En Oriente, las condiciones sociales de la época casi obligaban a que la iniciativa en la promoción de la Causa fuera tomada sobre todo por los hombres. Pocas restricciones de este género imperaban en Norteamérica y Europa, donde una pléyade de mujeres inolvidables se convirtieron en las principales expositoras del mensaje bahá'í a ambas orillas del Atlántico. Piénsese en Sarah Farmer, cuya escuela de Green Acre proporcionó a la naciente comunidad bahá'í un foro para la introducción de la Fe a pensadores influyentes; o en Sara Lady Blomfield, cuya posición social imprimió nuevos bríos al ardor con que abanderó las enseñanzas; o en Marion Jack, inmortalizada por Shoghi Effendi como modelo de pioneros bahá'ís; o en Laura Dreyfus-Barney, quien entregó a la Fe la inapreciable colección de charlas de sobremesa del Maestro: Contestación a unas preguntas; o en Agnes Parsons, fundadora junto con Louis Gregory de las reuniones "Race Amity"

(amistad racial), que inspirase el propio 'Abdu'l-Bahá; o en Corinne True, Keith Ransom-Keheler, Helen Goodall, Juliet Thompson, Grace Ober, Ethel Rosenberg, Clara Dunn, Alma Knobloch y toda una distinguida compañía de muchas más, la mayoría de las cuales abrieron algún nuevo campo del servicio bahá'í.

A esta lista debe agregarse el nombre de la Reina María de Rumania, a quien las edades aclamarán como la primera cabeza coronada en reconocer la Revelación de Dios para este día. La valentía evidenciada por esta mujer solitaria al declarar públicamente su fe, mediante cartas que intrépidamente dirigió a los editores de varios periódicos tanto de Europa como de Norteamérica, con toda probabilidad le permitió presentar el nombre de la Causa ante una audiencia que se contaba por millones de lectores.

Pese a la impresionante respuesta que obtuvieron los primeros esfuerzos de este género, la falta de medios organizativos con que capitalizar los resultados limitaron en un principio los beneficios obtenidos por las comunidades bahá'ís de los países occidentales. El auge del Orden Administrativo modificó radicalmente esta situación. Según iban surgiendo Asambleas Espirituales Locales, se establecían metas, se disponían recursos para respaldar las iniciativas personales de enseñanza, y los nuevos creyentes pasaban a participar en las numerosas actividades de una vida comunitaria bahá'í cada vez más animada. Fue posible entonces traducir sistemáticamente y publicar bibliografía bahá'í, compartirse noticias de interés general y reforzar los lazos que unían a los creyentes con el Centro Mundial de la Fe.

Los dos instrumentos principales mediante los cuales Shoghi Effendi se propuso cultivar una dedicación realzada a la enseñanza, tanto en Oriente como Occidente, fueron los mismos que había utilizado el Maestro. Una corriente fluida de comunicación epistolar con las comunidades así como con los creyentes abrió el camino para que sus destinatarios descubriesen nuevas dimensiones en las creencias que habían abrazado. Sin embargo, las comunicaciones más importantes de este género pasaron a ser las dirigidas a las Asambleas Espirituales Nacionales y Locales. Su efecto se vio intensificado por el flujo de peregrinos que regresaban a sus hogares para compartir las impresiones obtenidas en el contacto directo con el Centro de la Causa. Gracias a estos lazos, cada creyente se vio animado a verse como un instrumento del poder que fluye a través de la Alianza. La imponderable compilación que habría de aparecer bajo el título de Mensajes dirigidos a

América 1932-1946 ofrece una panorámica de los pasos en virtud de los cuales Shoghi Effendi fue haciendo cada vez más patente ante los creyentes norteamericanos las implicaciones del Plan Divino del Maestro para "la conquista espiritual del planeta":

> *Por la sublimidad y serenidad de su fe, por la constancia y claridad de su visión, la incorruptibilidad de su carácter, el rigor de su disciplina, la santidad de su moralidad y el ejemplo singular de su vida comunitaria, pueden y en efecto deben demostrar en un mundo contaminado por sus incurables corrupciones, paralizado por los temores que le acechaban, desgarrado por odios devastadores, y languideciente bajo el peso de pavorosas desgracias, la validez de su derecho a ser considerados como el único repositorio de esa gracia de cuya operación depende la liberación completa, la reorganización fundamental y la felicidad suprema de toda la humanidad. [84]*

El Guardián dibujó ante la mirada de la comunidad bahá'í norteamericana una visión de su destino espiritual. Sus miembros eran, venía a decir, "los descendientes espirituales de los héroes de la Causa de Dios", sus instituciones incipientes eran "los símbolos visibles de la soberanía indudable de su [Fe]", los maestros pioneros que enviaba al exterior eran los "portadores de la antorcha de una civilización todavía por nacer", su desafío colectivo era el de asumir "una parte preponderante" en el asentamiento de las bases del Orden Mundial "que el Báb había anunciado, que la mente de Bahá'u'lláh había contemplado, y cuyos rasgos 'Abdu'l-Bahá, su Arquitecto, había delineado (...)" [85]

El lenguaje de los mensajes es soberbio y cautivador. Al reconocer la oscuridad que el descreimiento, la violencia y la inmoralidad galopantes estaban engendrando, Shoghi Effendi describió el papel que los bahá'ís, dondequiera que estén, deben desempeñar como instrumentos al servicio del poder transformador de la nueva Revelación:

> *Suya es la tarea de sostener, bien alto y despejada, la antorcha de la guía divina mientras descienden las tinieblas de la noche hasta envolver a la raza humana entera. Suya es la función, en medio de sus tumultos, peligros y agonías, de dar fe de la visión y proclamar la cercanía de esa sociedad recreada, de ese Reino prometido por Cristo, de ese Orden Mundial cuyo impulso generador es el espíritu de nada menos que el*

propio Bahá'u'lláh, cuyo dominio es el planeta entero, cuya contraseña es la unidad, cuyo poder animador es la fuerza de la Justicia, cuyo propósito rector es el reinado de la rectitud y la verdad, y cuya suprema gloria es la felicidad completa, tranquila y sempiterna de todo el género humano. [86]

En 1936 el Guardián juzgó que la estructura administrativa de la Causa era ya lo suficientemente amplia y estaba lo bastante consolidada en Norteamérica como para iniciar la primera etapa en la ejecución del Plan Divino. Mientras el mundo se deslizaba hacia otra conflagración global y las posibilidades de los creyentes persas se veían severamente limitadas, el centro de atención necesariamente iba a girar en torno a la expansión y consolidación de la comunidad bahá'í en el hemisferio occidental, en preparación de empresas mucho más amplias que vendrían después. En su llamamiento a los "ejecutores" designados del Plan (los creyentes de Norteamérica) el Guardián les tendía un Plan de Siete Años, que habría de abarcar desde 1937 a 1944. Sus objetivos se cifraban en establecer al menos una Asamblea Espiritual Local en todos los estados de Estados Unidos y en cada provincia de Canadá, así como abrir a la Causa catorce repúblicas de Latinoamérica. A estos objetivos se añadía la tarea, inmensamente exigente para una comunidad todavía muy poco numerosa y severamente acuciada por la escasez de recursos económicos, de completar la ornamentación exterior del "Templo Madre de Occidente".

Rúhíyyih Khánum ha señalado un paralelo sorprendente entre dos acontecimientos que tenían lugar durante este mismo período histórico. Por un lado, unas cuantas naciones poderosas lanzaban sus ejércitos de invasión con las miras puestas en apoderarse de los recursos naturales de las naciones vecinas, o simplemente por su afán de conquista. Durante ese mismo período, Shoghi Effendi movilizaba al pequeño, dolorosamente pequeño, conjunto de pioneros de que disponía, enviándolos a cumplir las metas de enseñanza del Plan que había creado. En unos escasos años, los inmensos batallones de la agresión sufrieron un descalabro irremisible, sus nombres y conquistas quedaron borrados de la historia. La minúscula compañía de creyentes que habían salido con nada más que su vida en la mano para cumplir la misión que les fuera encomendada por el Guardián, habían conseguido o superado todos sus objetivos, que pronto se convirtieron en los cimientos de comunidades florecientes. [87]

A fin de apreciar esta empresa será conveniente que los bahá'ís comprendan no sólo el papel que la planificación desempeña en la vida de la Causa, sino también la naturaleza singular de este instrumento en su modalidad bahá'í. La identificación sistemática de los objetivos que han de lograrse y las decisiones en cuanto a la forma de lograrlos no significa que la comunidad bahá'í haya asumido la responsabilidad de "diseñar" el futuro por y para sí misma, tal como se suele sobrentender en el concepto de planificación. Antes bien, lo que las instituciones bahá'ís realizan es un esfuerzo por ajustar las labores de la Causa con el proceso divinamente impulsado que ven desplegarse de continuo en el mundo, proceso que en última instancia colmará su propósito con independencia de las circunstancias y acontecimientos históricos. El reto del Orden Administrativo consiste en asegurar que, en la medida en que lo permita la Providencia, los esfuerzos bahá'ís estén en armonía con el Plan Mayor de Dios, pues es al lograrlo como fructifican las potencialidades que Bahá'u'lláh implantó en la Causa. Que las disposiciones del Kitáb-i-Aqdas y del Testamento de 'Abdu'l-Bahá garantizan el buen fin de los esfuerzos bahá'ís queda dramáticamente demostrado en la ininterrumpida carrera de triunfos que sellaron los planes creados por Shoghi Effendi.

Hacia agosto de 1944, Shoghi Effendi pudo celebrar la culminación del primer Plan de Siete Años. El Guardián subrayó el momento con un regalo destinado a los bahá'ís del mundo y que representa uno de los mayores logros de su vida. La publicación, en 1944, de Dios pasa, su exhaustiva y meditada historia de los primeros cien años de la Causa, en donde exponía a la mirada de los creyentes toda una panorámica del proceso espiritual con que se van cumpliendo los deseos de Bahá'u'lláh para toda la humanidad.

La historia es un instrumento poderoso. Desde su cara amable, pone en perspectiva el pasado y arroja luz sobre el futuro. Puebla la conciencia humana de héroes, santos y mártires, cuyo ejemplo despierta en todos los tocados por ella capacidades que ni siquiera habían imaginado poseer. Ayuda a darle sentido al mundo y a la experiencia humana. Inspira, consuela e ilustra. Enriquece la vida. En el gran conjunto de la literatura y leyendas legadas a la humanidad, la mano de la historia puede observarse configurando gran parte del curso de la civilización. Así se aprecia en las leyendas que desde el amanecer de la historia han inspirado los ideales de todos los pueblos desde el alba de la escritura, e igualmente en los relatos épicos del Ramayana, en las

celebradas hazañas de la Odisea y la Eneida, en las sagas nórdicas, en el Shahnameh y en no poco de la Biblia y del Corán.

Dios pasa elevó esta gran empresa a una cota en pos de la cual en vano se había afanado la mente humana en el pasado. Quienes se asoman a esta visión descubren en ella un cauce que les permite comprender el Propósito de Dios, un cauce que confluye en la magnífica ensenada formada por las incomparables traducciones que el Guardián diera de los Textos Revelados. La aparición de esta obra en el centenario del nacimiento de la Causa – precisamente cuando el mundo bahá'í celebraba el triunfo del primer esfuerzo colectivo que había emprendido invitaba a todos los creyentes del mundo a contemplar la plena majestad y significado de cien años de esfuerzos sacrificados e incesantes.

*

En una hora relativamente temprana de la segunda guerra mundial, el Guardián situó la contienda en una perspectiva muy diferente de la que prevalecía por entonces. La guerra debía considerarse - decía - "como una continuación directa" de la conflagración prendida en 1914. Llegaría a verse como "el requisito esencial para la unificación del mundo". La entrada en guerra de Estados Unidos, cuyo Presidente había promovido el proyecto de un sistema de orden internacional, el mismo país que había rechazado aquella iniciativa visionaria, iba a conducir a la nación, predecía Shoghi Effendi "a asumir, en virtud de la adversidad, su parte preponderante de la responsabilidad en sentar, de una vez por todas, los cimientos mundiales e inatacables de aquel Sistema desacreditado y, pese a todo, inmortal". [88]

Estas declaraciones se demostraron proféticas. Con el fin de las hostilidades, se hizo gradualmente claro que la conciencia pública mundial había experimentado un gran giro. Habían hecho quiebra los supuestos, instituciones y prioridades recibidas en herencia, progresivamente asediadas por las fuerzas que habían actuado durante la primera mitad del siglo. Aunque el cambio no podía describirse como una fe reforzada en la unidad de la humanidad, a ningún observador objetivo se le oculta el hecho de que las barreras que ponían freno a esa convicción, barreras que habían sobrevivido todos los asaltos lanzados contra ellas a comienzos del siglo, iban por fin remitiendo. Traen estos hechos al recuerdo las palabras proféticas del Corán: "Veis las montañas y pensáis que son sólidas, pero pasarán, como pasan las

nubes" (78:20). Su efecto fue el de inspirar en las mentes progresivas una sensación de confianza en que sería posible la construcción de una nueva clase de sociedad, la cual, amén de garantizar una paz mundial duradera, enriquecería la vida de todos sus ciudadanos.

En sustancia, este renacer de la esperanza había surgido, tal como Shoghi Effendi había previsto, de la "calamitosa tribulación", la cual había logrado por fin "implantar ese sentido de responsabilidad" del que los dirigentes de comienzos de siglo prefirieron hacer dejación. [89] A esta nueva conciencia se añadían los efectos de los miedos inducidos por la invención y uso de las armas atómicas, reacción que recuerda a los bahá'ís la presciencia del Maestro cuando, en sus declaraciones en tierras de Norteamérica, avisó que la paz, en última instancia, llegaría porque las naciones se verían forzadas a aceptarla. 'El Montreal Daily Star' citaba a 'Abdu'l-Bahá con estas palabras: "[La paz] será universal en el siglo XX. Todas las naciones se verán forzadas a ella". [90] Los años inmediatamente posteriores a 1945 presenciaron avances en la formulación de un nuevo orden social que superaba con creces las esperanzas más optimistas de anteriores decenios.

Lo más importante era la voluntad demostrada por los gobiernos nacionales de formar un nuevo sistema de orden internacional, y dotarlo de la autoridad pacificadora que tan trágicamente le había sido negada a la difunta Liga de Naciones. El encuentro celebrado en San Francisco en abril de 1945, en el mismo Estado en que 'Abdu'l-Bahá había declarado proféticamente: "Que la primera bandera de la paz internacional sea enarbolada en este Estado"- los delegados de 50 naciones adoptaron la Carta de la Organización de Naciones Unidas, nombre que propuso el Presidente Franklin D. Roosevelt. [91] En octubre se produjo la ratificación por parte del número requerido de naciones miembro, y la primera Asamblea General de la nueva organización se reunió el 10 de enero de 1946, en Londres. En octubre de 1949 se colocaba la primera piedra de la sede permanente de Naciones Unidas en la ciudad de Nueva York, a la que 37 años antes había aclamado 'Abdu'l-Bahá titulándola "Ciudad de la Alianza". Durante Su visita había predicho: "No hay duda de que (...) la bandera del acuerdo internacional se desplegará aquí para extenderse más y más entre todas las naciones de la tierra". [92]

De modo significativo, fue también por iniciativa de un dirigente político de una de las naciones del hemisferio occidental a las que Se había dirigido Bahá'u'lláh, como Su llamamiento en pro de la seguridad colectiva pudo

alcanzar finalmente una materialización práctica, cuyo primer reflejo iban a constituirlo las sanciones nominales acordadas por la Liga de Naciones contra la agresión fascista en Etiopía. En noviembre de 1956 Lester Bowles Pearson, a la sazón Ministro de Asuntos Exteriores y más tarde Primer Ministro de Canadá, consiguió la creación por parte de Naciones Unidas de la primera fuerza internacional de paz, logro que le valió a su autor el Premio Nobel de la Paz. [93] *Durante la segunda mitad del siglo el significado pleno de la autoridad que contenía tal mandato iba a aflorar como un rasgo fundamental de las relaciones internacionales. Empezando por el seguimiento de los acuerdos alcanzados entre Estados hostiles, el principio de actuación colectiva en defensa de la paz adoptó gradualmente la forma de intervenciones militares como ocurrió en la Guerra del Golfo, en la que el cumplimiento de las resoluciones del Consejo de Seguridad fue impuesto por la fuerza a los Estados o facciones agresoras.*

Junto con el establecimiento del nuevo sistema de Naciones Unidas y los pasos destinados a ejecutar sus sanciones, tuvo lugar un segundo avance histórico. Antes incluso de que acabasen las hostilidades, el mundo quedaba conmocionado al ver filmada la liberación de los campos nazis de concentración, poniendo así en evidencia las horrendas consecuencias del racismo. La conciencia mundial se vio zarandeada por un sentido que bien puede calificarse de profunda vergüenza ante las simas de malignidad en las que la humanidad se había demostrado capaz de caer. Fue aprovechando ese breve lapso felizmente entreabierto a la esperanza cuando un grupo de hombres y mujeres preclaros, que actuaban bajo la dirección inspirada de figuras como Eleanor Roosevelt, pudieron lograr la adopción por parte de Naciones Unidas de la Declaración Universal de Derechos Humanos. El compromiso moral que representaba quedó institucionalizado con el ulterior establecimiento de la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas. A su debido tiempo, la propia comunidad bahá'í iba a poder apreciar, con buen fundamento y de primera mano, la importancia de este sistema como escudo protector de las minorías frente a los abusos del pasado.

Subrayando el significado de ambos avances figuraba la decisión de las naciones triunfadoras en la última gran conflagración de someter a juicio a las figuras principales del régimen nazi. Por primera vez en la historia, los dirigentes de una nación soberana -hombres que procuraron avalar la constitucionalidad de los puestos políticos que habían ocupado- hubieron de comparecer ante un tribunal público que pasó revista y documentó sin

paliativos sus crímenes, hallándolos formalmente culpables, de modo que los que no lograron eludir sus sentencias con el suicidio sufrieron la horca o bien fueron sentenciados a cumplir penas de prisión prolongadas. Ninguna protesta seria fue levantada contra este procedimiento jurídico que, en teoría, constituía un cambio fundamental frente a las normas existentes de derecho internacional. Aunque la integridad de los procesos se vio gravemente mermada por la participación de jueces designados por la dictadura soviética, cuyos propios crímenes eran comparables, si es que no superaban, a los de régimen acusado, el hecho sentó un precedente histórico: Por primera vez se demostraba que el fetiche de la "soberanía nacional" contaba con límites reconocibles y susceptibles de imponerse.

Por esos mismos años, un ideal largo tiempo aplazado se materializaba con la disolución de los grandes imperios que, amén de sobrevivir a la barrera de 1918, habían conseguido incluso reforzar su poderío mediante nuevos "mandatos", "protectorados" y colonias arrebatadas a los poderes derrotados. En esta hora los anticuados sistemas de opresión política iban a quedar inmersos en una gigantesca marea de movimientos de liberación nacional que desbordaban su debilitada capacidad de resistencia. Con asombrosa celeridad, todos ellos abandonaron de buena gana sus pretensiones, o bien lo hicieron forzados por la rebelión colonial, sellando así su suerte con el mismo destino que les fuera deparado a comienzos de siglo a las dinastías otomana y habsburguesa.

Inesperadamente, los pueblos del mundo se encontraron en un foro donde podían comparecer con dignidad, expresar sus preocupaciones más acuciantes y presenciar los tímidos comienzos del papel que les estaba reservado en la forja de su propio futuro y del de la humanidad en general. Llegar a este punto de inflexión requirió seis o más milenios de historia. A pesar de la persistencia de todas las desventajas educativas, las desigualdades económicas y los obstáculos creados por los cabildeos políticos y diplomáticos -descontadas todas estas limitaciones prácticas, pero históricamente transitorias-, lo cierto es que había surgido una nueva autoridad que entendía de los asuntos comunes a toda la humanidad y a la que todos podían razonablemente confiar en apelar. Los representantes de pueblos antes sometidos, cuyos guerreros exóticamente revestidos habían marchado a la cola del gran alarde que, tan sólo 50 años antes, presenciara Londres con motivo del desfile de las Bodas de Diamante, se presentaban ahora como delegados ante el Consejo de Seguridad, prestos a ocupar sus escaños en Naciones

Unidas y en las organizaciones no gubernamentales de toda suerte. El mejor símbolo de la magnitud de los cambios realizados lo ofrece el hecho de que el Secretario General de Naciones Unidas sea hoy día un ganés, y que sus dos predecesores inmediatos hayan sido respectivamente un egipcio y un peruano. [94]

Tampoco revestía este cambio un valor meramente formal o administrativo. Con el paso del tiempo, un número creciente de figuras destacadísimas de todos los estamentos sociales iban a desbordar los límites consabidos que habían definido hasta entonces la identidad racial, cultural o religiosa. En todos los continentes del globo, nombres como Anne Frank, Martín Lutero King, Paulo Freire, Ravi Shankar, Gabriel García Márquez, Kiri Te Kanawa, Andrei Sajarov, la Madre Teresa y Zhang Yimou se convertían en fuentes de inspiración y esperanza para gran número de sus conciudadanos. [95] *En todas las esferas de la vida, el heroísmo, la excelencia profesional o la distinción moral iban valiendo cada vez más por sí mismos, al ser crecientemente reconocidos por la generalidad de la humanidad. La grandísima efusión mundial de afecto y alegría que saludó la excarcelación de Nelson Mandela y su elección posterior como presidente del país reflejaba cierto sentimiento entre los pueblos de toda raza y nación de que estos acontecimientos históricos representaban victorias de la propia familia humana.*

Se hizo evidente, asimismo, que las concepciones prebélicas relativas al uso y distribución de la riqueza requerían ser reexaminadas. Aparte de los principios de justicia social, que sin duda motivaron a gran número de los comprometidos con este empeño, los descalabros económicos producidos por los acontecimientos de los tres decenios anteriores pusieron de manifiesto la ineficacia y desfase de los dispositivos existentes. Los experimentos destinados a afrontar en el plano nacional tales problemas ya se habían emprendido en varios países en respuesta a la Depresión de los años 30. A diferencia de entonces, ahora se ponía en marcha de forma sucesiva un sistema entrelazado de instituciones orientadas hacia el reconocimiento de que las economías nacionales constituyen elementos de un conjunto global. El Fondo Monetario Internacional, el Acuerdo General sobre Tarifas y Comercio, el Banco Mundial y varios organismos subsidiarios comenzaron de forma tardía a afrontar las repercusiones de la integración del mundo y los temas relacionados con la distribución de riqueza inherente a estos acontecimientos. Los pensadores de los países en desarrollo no tardaron en indicar que tales

iniciativas servían sobre todo a las necesidades del mundo occidental. No obstante, la promoción de éstas supuso un cambio fundamental de timón que favorecería la creciente participación por parte de una amplia gama de Estados e instituciones.

Una iniciativa humanitaria de un género nunca antes concebido inauguraba una nueva etapa de la integración global. Comenzando con el "Plan Marshall" concebido por el gobierno de Estados Unidos para rehabilitar a las desgarradas naciones europeas, las naciones beneficiarias pudieron reflexionar seriamente sobre los programas susceptibles de promover el desarrollo social y económico de las naciones emergentes. La amplia publicidad acompañante despertó la solidaridad con el resto de ese mundo en aquellos pueblos que disfrutaban de niveles razonables de educación, sanidad y nivel tecnológico. A su debido tiempo, tan ambiciosa iniciativa fue objeto de ataques contra algunas motivaciones dudosas que se le atribuían. Tampoco puede nadie negar que los resultados a largo plazo de los proyectos de desarrollo han fracasado desalentadoramente pues no han logrado cerrar la brecha galopante que sigue creciendo entre ricos y pobres. Con todo, ni unas ni otras circunstancias pueden empañar el sentido de humanidad compartida que se trasluce en sus objetivos y que quizá hablaron con mayor elocuencia a través de la respuesta que todo ello evocó en un ejército de jóvenes idealistas de numerosos países.

Paradójicamente, sobre todo en el Lejano Oriente, incluso la guerra llegó a tener ciertos efectos liberadores sobre la conciencia. Ya en 1904, el conflicto ruso-japonés había sido visto en algunas partes de Oriente como una evidencia esperanzadora de que los pueblos no occidentales podían contrarrestar la hegemonía supuestamente invencible de Occidente. El efecto quedó realzado por los acontecimientos de la primera guerra mundial y en gran medida potenciados por los éxitos del ejército japonés en su resistencia al prolongado y masivo esfuerzo occidental centrado en derrotarlos durante el período 1941-1945. La segunda mitad del siglo vio cómo esta pericia tecnológica daba lugar a economías modernas en una media docena de naciones de la región, cuyos productos innovadores y potencial industrial, particularmente en los campos del transporte y de la tecnología de la información, rivalizaban con lo mejor que el resto del mundo podía ofrecer.

*

Hacia 1946, el fin de las hostilidades dejó expedito el camino para el lanzamiento por parte de Shoghi Effendi de un segundo Plan de Siete Años. Esta vez contaba con el suelo abonado de la nueva receptividad hacia el mensaje de la Fe, producto de un vuelco de conciencia que por entonces era ya ostensible. Una vez más, la comunidad norteamericana bahá'í fue emplazada a asumir una responsabilidad exigente, que en lo esencial se trataba de construir y ampliar sobre los logros del Plan anterior y desarrollarlos. No obstante, la gran diferencia era que otras comunidades bahá'ís se encontraban ahora en condiciones de participar. Ya en 1938, los bahá'ís de la India, Pakistán y Birmania se habían fijado su propio plan. Conforme las hostilidades internacionales fueron cesando gradualmente, las Asambleas Espirituales Nacionales de Persia, de las Islas Británicas, de Australia y Nueva Zelanda, de Alemania y Austria, de Egipto y Sudán, así como de Irak -una vez liberadas de las limitaciones impuestas por la guerra- se embarcaban en proyectos de diversa duración cuyos fines se cifraban en ampliar la base del Orden Administrativo, establecer pioneros en metas domésticas y externas, y multiplicar la gama de obras y publicaciones bahá'ís disponibles.

Llegados a la meta de 1953, todas estas empresas se habían visto completadas. Se habían establecido tres nuevas Asambleas Espirituales Nacionales, las cuales a su vez habían emprendido planes suplementarios de enseñanza, se había formado en Europa un conjunto de nuevas Asambleas Espirituales Locales, varias iniciativas por parte de cinco comunidades nacionales diferentes que actuaban coordinadas por la Asamblea Espiritual Nacional de las Islas Británicas habían logrado el asentamiento de pioneros en África oriental y occidental, y al fin concluía el gran proyecto puesto en marcha por el Maestro al colocar la primera piedra del Templo Madre de Occidente. [96]

Antes de que los creyentes pudiesen celebrar estos logros, Shoghi Effendi desplegó ante la vista de todos un nuevo desafío de proporciones descomunales. Impulsado por fuerzas históricas que sólo él estaba en condiciones de apreciar, el Guardián anunció el lanzamiento para el siguiente Ridván de un Plan de diez años de duración cuyo alcance mundial lo convertía en "Cruzada Espiritual". Apoyándose en las energías que acumulaban las doce Asambleas Espirituales Nacionales existentes, -la duodécima era la integrada por la comunidad italo-suiza - el Plan requería el establecimiento de la Fe en otros 131 países y territorios, la formación de 44 nuevas Asambleas Espirituales Nacionales, 33 de las cuales habrían de legalizarse, un vasto aumento de obras

y publicaciones bahá'ís, la erección de Casas de Adoración en Irán y Alemania (la primera fue reemplazada por la construcción de templos tanto en África como en Australia, cuando el proyecto de Teherán quedó bloqueado), y la expansión del número de Asambleas Espirituales Locales por todo el mundo hasta integrar un total de 5000, de las cuales 350 debían legalizarse. Nada en su experiencia colectiva había preparado a los bahá'ís del mundo para tan colosal empresa. La magnitud del desafío se ponía de manifiesto en un telegrama de Shoghi Effendi fechado el 8 de octubre de 1952:

> *Siento hora propicia para proclamar ante el mundo entero bahá'í el lanzamiento previsto (...) Cruzada Espiritual, cargada destino, provocadora entusiasmo, decenio duración, alcance mundial (...), participación concertada de todas Asambleas Espirituales Nacionales del mundo bahá'í encaminada a la extensión inmediata del dominio espiritual de Bahá'u'lláh (...) a todos Estados Soberanos restantes, dependencias principales integradas por principados, sultanatos, emiratos, bajalatos, protectorados, territorios en fideicomiso y colonias reales esparcidas por la superficie del planeta entero. Todo el conjunto de los valedores declarados de la conquistadora Fe de Bahá'u'lláh son ahora emplazados a lograr en un solo decenio gestas que eclipsen en su totalidad los logros que en el curso de los once decenios precedentes iluminaron los anales del pioneraje bahá'í.* [97]

La victoria en tan ambiciosa empresa significaba que la Fe abarcaría el globo entero, que los cimientos institucionales de su Orden Administrativo iban al menos a quintuplicarse, y que su vida comunitaria se enriquecería mediante la participación de creyentes procedentes de un gran conjunto inexplorado de culturas, naciones y tribus.

En efecto, el Plan requería que la Causa diera un paso de gigante que sortease lo que, en caso contrario, hubiese requerido varias etapas de su propia evolución. Lo que Shoghi Effendi vio claramente -como sólo los poderes de previsión inherentes en la Guardianía podían permitírselo- era que toda una conjunción histórica de circunstancias ofrecía a la comunidad bahá'í una oportunidad irrepetible y de la que dependería por completo el éxito de futuras etapas en la prosecución del Plan divino. Lo que no dudó en llamar el "emplazamiento del Señor de las Huestes" quedó encarnado en un mensaje que cautivó la imaginación de los bahá'ís de todo el mundo:

> ***Por más largo que sea el período que los separa de la victoria última; por muy ardua que sea la tarea; por más formidables que sean los esfuerzos que se exijan de ellos; por muy sombríos que sean los días que una humanidad perpleja y gravemente probada ha de atravesar en sus horas de parto; por más severas que sean las cargas que habrán de afrontar los que hayan de redimir su suerte (...) les abjuro por la preciosa sangre que fluyó con tan gran profusión, por la vida de los innumerables santos y héroes que fueron inmolados, por el sacrificio supremo y glorioso del Profeta Heraldo de nuestra Fe, por las tribulaciones que su propio Fundador Se prestó voluntariamente a padecer para que sobreviviese Su Causa, para que Su orden redimiese a un mundo destrozado y su gloria se difundiese por el planeta entero; les abjuro, según se avecina esta hora solemne, a que se dispongan a no inmutarse jamás, a no dudar jamás, a no cejar jamás hasta tanto todos y cada uno de los objetivos de los Planes que han de promulgarse en fecha ulterior se vean plenamente consumados.*** [98]

La respuesta fue inmediata. En el curso de escasos meses comenzaron a brotar mensajes en los que el Centro Mundial compartía las nuevas sobre una sucesión de victorias cosechadas en un país tras otro. A los pioneros que por vez primera lograban establecer la Fe en un país o territorio se les designaba "Caballeros de Bahá'u'lláh"; y sus nombres pasaron a inscribirse en la orla que con el tiempo habría de depositarse, tal como instaba el Guardián, bajo el umbral de la entrada del Santuario de Bahá'u'lláh. Nada atestigua de forma más espectacular las previsiones plasmadas en los sucesivos planes de Shoghi Effendi como el hecho de que, dentro de cada uno de los nuevos estados nacionales surgidos después de la segunda guerra mundial, las comunidades bahá'ís y Asambleas Espirituales fuesen ya una parte de la vida y tejido nacionales.

A los éxitos iniciales siguió toda una serie de logros muy destacados. Ya en octubre de 1957, año en el que la Fe se encontraba establecida en más de 250 países y territorios, Shoghi Effendi pudo anunciar la compra de los solares correspondientes a diez nuevos emplazamientos de templos bahá'ís, así como el comienzo de la construcción de las Casas de Adoración de Kampala, Sydney y Frankfurt; la adquisición de propiedades destinadas a la meta de cuarenta y seis Haziratu'l-Quds nacionales; un gran aumento de la producción de obras y publicaciones bahá'ís; el reconocimiento legal de nuevas Asambleas, que elevaban el número total a 195; el reconocimiento creciente del matrimonio y

de los Días Sagrados bahá'ís; las labores avanzadas de construcción de los Archivos Internacionales Bahá'ís, el primer edificio en construirse dentro del amplio arco que el Guardián trazó sobre las faldas del Monte Carmelo. Nadie que repase los acontecimientos de aquellos días dejará de quedar hondamente afectado por el paternal cuidado con que Shoghi Effendi aseguró el logro de estos magníficos resultados, tal como lo reflejaba la trabajosa mención que hiciera por su nombre, en el último mensaje general que escribió sobre la Cruzada, fechado en abril de 1957, de cada una de las 63 conferencias regionales de enseñanza e institutos celebrados aquel año a lo ancho del mundo bahá'í.

Tal repaso quedaría incompleto si desatendiésemos los avances paralelos que durante aquellos años acometió el Guardián en el Orden Administrativo en el ámbito internacional. Éstos se demostraron fundamentales no sólo para ganar la Cruzada, sino también para consolidar y proteger el futuro de la Causa. Junto con la potestad decisoria que recae en las instituciones electas de la Fe, otra función paralela del Orden Administrativo consiste en ejercer una influencia espiritual, moral e intelectual tanto en dichas instituciones como en la vida de los miembros de la comunidad. Concebida por el propio Bahá'u'lláh, esta responsabilidad de "difundir las fragancias divinas, edificar las almas de los hombres, promover el saber, mejorar el carácter de todos los hombres (...)" quedó en virtud del Testamento del Maestro investida de modo especial en las Manos de la Causa de Dios. [99]

Durante los ministerios tanto de Bahá'u'lláh como de 'Abdu'l-Bahá los creyentes a los que se concedió tan alta distinción habían desempeñado en Oriente un papel capital para el avance de las labores de enseñanza. Conforme el concepto de la Cruzada de Diez Años iba cobrando forma en su mente, Shoghi Effendi pasó a movilizar el apoyo espiritual que esta institución podía aportar para el logro de las tareas del Plan. En un telegrama del 24 de diciembre de 1951, anunció el nombramiento del primer contingente de doce Manos de la Causa de Dios, destinadas por igual a trabajar en Tierra Santa, Asia, las Américas y Europa. A estos siervos distinguidos de la Causa se les encomendó centrarse directamente en el desafío que representaba movilizar las energías de los amigos y proporcionar e impartir ánimos y consejo a los cuerpos elegidos. Al poco tiempo se elevó su número de doce a diecinueve.

Los recursos disponibles para el cumplimiento de esta responsabilidad se vieron grandemente incrementados con la decisión que el Guardián adoptó en

octubre de 1952 al instar a las Manos de la Causa a crear cinco cuerpos auxiliares, uno por cada continente: los de las Américas, Europa y África constaban de nueve miembros cada uno, en tanto que los de Asia y Australia estaban integrados por siete y dos respectivamente. Con posterioridad, se crearon separadamente cuerpos auxiliares para ayudar a la otra de las dos funciones principales asignadas a las Manos de la Causa: la protección de la Fe.

Un mensaje fechado el 3 de junio de 1957 celebraba la actuación del gobierno israelí al ejecutar la decisión definitiva del Tribunal de Apelación de dicho país, en virtud de la cual la banda superviviente de violadores de la Alianza fue desalojada del Harám-i-Aqdas que rodea el Centro focal del mundo bahá'í, en Bahjí. [100] Apenas transcurrido un día, un segundo telegrama avisaba ominosamente de la urgente necesidad de que las instituciones supremas de la Fe actuasen en concierto para escudarla frente a los nuevos peligros que el Guardián veía espesarse en el horizonte. A esto siguió en octubre el mensaje por el que se anunciaba que el número de Manos de la Causa de Dios se había elevado de 19 a 27, se les designaba "Comisarios Principales de la Embrionaria Mancomunidad Mundial de Bahá'u'lláh", y se les encomendaba la responsabilidad de consultar con las Asambleas Espirituales Nacionales sobre las medidas urgentemente necesarias para proteger la Fe.

Ni siquiera había transcurrido un mes cuando el mundo bahá'í quedó desolado por la noticia de la muerte de Shoghi Effendi, ocurrida el 4 de noviembre de 1957 por causa de las complicaciones ocurridas a raíz de un ataque de gripe asiática contraída en el curso de una visita a Londres. El Centro de la Causa que, durante 36 años, había guiado día a día su evolución, cuya visión abarcaba tanto el flujo de acontecimientos como los actos que la comunidad bahá'í debía acometer, y cuyos mensajes de aliento habían constituido el andarivel espiritual de infinidad de bahá'ís de todo el planeta, se había ido de repente, dejando la gran Cruzada a medio terminar y el futuro del Orden Administrativo en crisis.

*

El duelo y abrumador sentimiento de desolación que produjo la pérdida del Guardián confiere mayor significado al triunfo del Plan que había concebido e inspirado. El 21 de abril de 1963, las papeletas de los delegados de

cincuenta y seis Asambleas Espirituales Nacionales, incluyendo los cuarenta y cuatro nuevos cuerpos propuestos y felizmente formados durante la Cruzada de Diez Años, alumbraban la Casa Universal de Justicia, el cuerpo rector de la Causa que concibiera Bahá'u'lláh y al que garantizó inequívocamente la guía Divina en el ejercicio de sus funciones:

> *Corresponde a los Fiduciarios de la Casa de Justicia reunirse en consejo para tratar de aquellas cosas que no han sido reveladas explícitamente en el Libro, y hacer cumplir lo que a ellos les resulte aceptable. Dios, ciertamente, les inspirará con todo lo que Él desee, y Él, en verdad, es el Proveedor, el Omnisciente.* [101]

Parecía especialmente oportuno que la elección -efectuada por los delegados reunidos y los que votaban por correo- tuviera lugar en la Casa del Maestro, Cuyo Testamento había trazado, casi sesenta años antes, el sentido y ámbito de la autoridad conferida por las palabras de Bahá'u'lláh:

> *Cada uno debe remitirse al Libro Más Sagrado y todo lo que no esté expresamente mencionado en él debe remitirse a la Casa Universal de Justicia. Lo que este cuerpo, ya sea por unanimidad o por mayoría, lleve a efecto, eso es en verdad la Verdad y el Propósito de Dios mismo. Quienquiera que se desvíe de ello es, en verdad, de los que aman la discordia, ha mostrado malevolencia y se ha separado del Señor de la Alianza.* [102]

Un importante paso preliminar para la elección había sido dado por Shoghi Effendi en 1951 al designar a los miembros del Consejo Internacional, formado por personas que habrían de ayudarle en sus labores. En 1961, tal como había explicado que sucedería, se adoptaba el segundo paso en el proceso cuando esta institución evolucionó hasta convertirse en un Consejo de nueve miembros, elegido por los miembros de las Asambleas Espirituales Nacionales. En consecuencia, cuando la Cruzada de Diez Años llegó a su victorioso final en 1963, el mundo bahá'í disponía ya de una importante experiencia previa al trascendental acto que había sido llamado a realizar.

Los historiadores sin duda reconocerán que el mérito por movilizar los esfuerzos que posibilitaron este momento corresponde a las Manos de la Causa, quienes facilitaron la coordinación de la que el mundo bahá'í se había visto privado tras la pérdida de la jefatura del Guardián. Recorriendo la tierra

incansablemente para la promoción del Plan de Shoghi Effendi, reuniéndose en cónclaves anuales para repartir aliento e información, inspirando los esfuerzos de sus recién nombrados lugartenientes, y desbaratando los esfuerzos de una nueva camarilla de violadores de la Alianza que pretendían minar la unidad de la Fe, esta pequeña compañía de hombres y mujeres dolientes lograron asegurar que los ambiciosos objetivos de la Cruzada se cumpliesen en la hora indicada y que los cimientos necesarios estuvieran asentados en su lugar en el momento en que habría de alzarse la corona del Orden Administrativo. Al solicitar que sus propios miembros quedasen al margen de la elección de la Casa Universal de Justicia, de modo que se les permitiese realizar los servicios que el Guardián les había asignado, las Manos dieron al mundo bahá'í, como segundo gran legado, una distinción espiritual que carece de precedentes en la historia humana. Nunca antes las personas en cuyas manos se había depositado el poder supremo de una gran religión, y que disfrutaban de un nivel de consideración sin parangón en su comunidad, habían solicitado que no se les considerara elegibles para el ejercicio de la autoridad suprema, colocándose así enteramente al servicio del Cuerpo escogido por la comunidad de sus correligionarios a tal fin. [103]

VII

Por más que la distancia sea grande entre la Guardianía y la singular dignidad del Centro de la Alianza, el papel desempeñado por Shoghi Effendi a la muerte del Maestro ocupa un puesto único en la historia de la Causa cuya centralidad en la vida de la Fe perdurará durante los siglos venideros. En algunos respectos importantes puede afirmarse que Shoghi Effendi amplió con otros treinta y seis años trascendentales la influencia que había ejercido la mano guiadora del Maestro en la construcción del Orden Administrativo y en la expansión y consolidación de la Fe de Bahá'u'lláh. Para comprenderlo mejor osemos imaginar lo que hubiera sido del destino de la infante Causa de Dios de no haber estado firmemente establecida durante el período de su máxima vulnerabilidad, bajo las riendas de quien, habiendo sido preparado por 'Abdu'l-Bahá para este menester, había aceptado servir -en el pleno sentido de la palabra- en calidad de Guardián.

Aun subrayando ante el conjunto de sus correligionarios que los dos Sucesores del Maestro eran "inseparables" y "complementarios" por lo que respecta a las funciones que habían de desempeñar individualmente, es claro que Shoghi Effendi había reconocido las implicaciones del hecho de que la Casa Universal de Justicia no podía surgir hasta que, pasado un dilatado proceso de desarrollo administrativo, se hubiera creado la requerida estructura de apoyo integrada por las Asambleas Nacionales y Locales. Fue totalmente franco con la comunidad bahá'í al mencionar las implicaciones del hecho de que él había sido llamado a ejercer por sí solo esta responsabilidad suprema. En sus propias palabras:

> ***Separada de la institución no menos esencial de la Casa Universal de Justicia, este mismo Sistema del Testamento de 'Abdu'l-Bahá se vería paralizado en su actuación, incapaz de colmar las lagunas que el Autor del Kitáb-i-Aqdas ha dejado deliberadamente en el conjunto de Sus disposiciones legislativas y administrativas.*** *[104]*

Consciente de esta verdad, Shoghi Effendi actuó con escrupulosa consideración hacia las restricciones que por mor de las circunstancias le venían impuestas, y esta fidelidad será motivo de orgullo para los seguidores de Bahá'u'lláh a lo largo de las edades por venir. Sus 36 años de servicios a la Fe

describen una trayectoria que, abierta como la de su Abuelo a la revisión y valoración de la posteridad, carece, tal como aseguró a la comunidad bahá'í, de actuación alguna por su parte que, en la más mínima medida, "infrinja la sagrada y prescrita esfera" de la Casa Universal de Justicia. No se trata tan sólo de que Shoghi Effendi se abstuviera entonces de promulgar legislación; sino de que pudiese cumplir su mandato introduciendo nada más que disposiciones provisionales, dejando la decisión última en tales asuntos enteramente en manos de la Casa Universal de Justicia.

En ningún apartado resulta más llamativo esta autocontención que en el tema capital de la sucesión de la Guardianía. Shoghi Effendi carecía de herederos propios; por otro lado, las demás ramas de la Sagrada Familia habían violado la Alianza. Aunque los Escritos bahá'ís no aportaban orientaciones sobre tales supuestos, el Testamento del Maestro es explícito en cuanto a cómo han de resolverse todos los asuntos que no están claros:

> *Incumbe a estos miembros (de la Casa Universal de Justicia) reunirse en cierto lugar y deliberar sobre todos los problemas que han causado diferencias, cuestiones que sean oscuras y asuntos que no estén expresamente consignados en el Libro. Cuanto sea que ellos decidan posee el mismo efecto que el propio Texto.* [105]

De conformidad con esta orientación surgida de la pluma del Centro de la Alianza, Shoghi Effendi se abstuvo de pronunciarse, dejando la cuestión sobre un posible sucesor o sucesores en manos del único Cuerpo autorizado para decidir sobre el particular. Cinco meses después de sus comienzos, la Casa Universal de Justicia clarificó el asunto en un mensaje de fecha 6 de octubre de 1963 dirigido a todas las Asambleas Espirituales Nacionales:

> *En estado de oración y tras el atento estudio de los Textos Sagrados (...) y tras prolongadas consideraciones (...) la Casa Universal de Justicia concluye que no hay modo de designar o legislar para hacer posible el nombramiento de un segundo Guardián que sucediera a Shoghi Effendi.* [106]

Al embarcarse en una misión para la que la historia no le ofrecía precedentes, Shoghi Effendi no disponía, a fin de recabar la guía que su labor precisaba, de otras fuentes que no fuesen los Escritos de los Fundadores de la Fe y el ejemplo del Maestro. Ningún cuerpo asesor podía ayudarle a

determinar el significado de los Textos que había sido llamado a interpretar a beneficio de una comunidad bahá'í que, por su parte, tenía depositada en él toda su confianza. Sus amplias lecturas de los trabajos publicados por historiadores, economistas y pensadores políticos apenas podía reportarle a su indagación poco más que materia prima que su inspirada visión de la Causa debía a continuación organizar. La confianza y valor requeridos para conseguir que una comunidad heterogénea de creyentes acometiese tareas que, medidas por cualquier rasero objetivo, excedían las capacidades de éstos, sólo podían hallarse en los fondos espirituales de su propio corazón. Ningún observador desapasionado del siglo XX, por muy escéptico que se muestre en torno a los fundamentos de la religión, dejará de reconocer que la integridad con que un joven en sus veinte y pocos años de edad aceptó tan sobrecogedora responsabilidad, -y la magnitud de la victoria que labró- es evidencia del inmenso poder espiritual inherente a la Causa que acaudilló.

Admitir todo ello es reconocer que las capacidades con que la Alianza había dotado a la Guardianía no eran una suerte de magia. Ejercitarlas cumplidamente suponía, tal como Rúhíyyih Khánum ha descrito de forma conmovedora, un proceso inacabable consistente en probar, evaluar y refinar. Aturde la precisión con que Shoghi Effendi analizaba los procesos sociales y políticos en sus fases iniciales, y el dominio con que su mente abarcaba un calidoscopio de acontecimientos, tanto actuales como históricos, relacionando sus implicaciones con el despliegue de la Voluntad de la Providencia. Que esta labor del intelecto fue llevada más allá del nivel con que la conciencia humana acostumbra a operar no significa que el esfuerzo fuera menos real o exigente. Antes bien, dada la percepción que Shoghi Effendi tenía de la naturaleza y de la motivación humanas, rasgos inseparables de la institución que representaba, cabe afirmar justamente lo contrario. [107]

Con la perspectiva que ofrecen los más de cuarenta años transcurridos desde el fallecimiento de Shoghi Effendi, empieza a apreciarse con meridiana claridad el significado que sus labores han revestido en la evolución a largo plazo del Orden Administrativo. Si las circunstancias hubieran sido diferentes, el Testamento del Maestro había contemplado la posibilidad de que uno o más sucesores continuasen la institución que Shoghi Effendi encarnaba. Obviamente no podemos penetrar en la mente de Dios. Lo que es claro e innegable, sin embargo, es que, mediante su autoridad interpretativa, la estructura del Orden Administrativo así como la trayectoria que su futuro desarrollo ha de adoptar han quedado fijadas permanentemente en virtud del

cumplimiento que diera Shoghi Effendi -hasta el más mínimo detalle y al máximo nivel imaginable- al mandato que le confió el Maestro. Igualmente claro e innegable es el hecho de que tanto la estructura como la trayectoria representan la Voluntad de Dios.

VIII

Tal como Shoghi Effendi había avisado proféticamente, las fuerzas que corroían las convicciones y sistemas heredados de todo género proseguían su avance al par que lo hacían los procesos integradores presentes en el mundo. Por tanto, no es de sorprender que tanto en Europa como en Oriente se demostrara brevísima la euforia inducida por la restauración de la paz. Apenas habían cesado las hostilidades cuando estallaron las divisiones ideológicas entre el marxismo y la democracia liberal dando paso a diversos intentos por asegurar el dominio entre los bloques respectivos de naciones acogidas a su inspiración. El fenómeno de la "Guerra Fría", en que la pugna por llevar la delantera rayó casi en abierto conflicto militar, acabó aflorando como el paradigma político dominante de los siguientes decenios.

La amenaza planteada por la nueva crisis del orden internacional se vio agudizada por los grandes avances en tecnología nuclear y el éxito de ambos bloques en pertrecharse con una colección cada vez mayor de armas de destrucción masiva. Las horrendas imágenes de Hiroshima y Nagasaki despertaron en la humanidad la pavorosa posibilidad de que una serie de contratiempos relativamente menores, tan imprevisibles como el proceso iniciado en 1914 con el incidente de Sarajevo, pudiera abocar con el tiempo a la aniquilación de una porción considerable de la población mundial, dejando inhabitables amplias zonas del globo. Para los bahá'ís, la perspectiva así abierta sólo podía traer a la memoria vivos recuerdos del tétrico aviso pronunciado decenios antes por Bahá'u'lláh: "Extrañas y portentosas cosas existen en la tierra, pero están ocultas a la mente y al entendimiento de los hombres. Estas cosas son capaces de alterar la atmósfera entera de la tierra y su contaminación puede resultar letal". ***[108]***

Con diferencia, la mayor tragedia achacable a esta disputa en pos del dominio fue el hecho de que frustrase las esperanzas con que los pueblos antes sometidos habían saludado la oportunidad que parecía ofrecérseles de diseñar y emprender, por cuenta propia, una nueva vida. El obstinado empeño de algunas potencias coloniales supervivientes en sofocar tales esperanzas, aunque condenado al fracaso a los ojos de cualquier observador objetivo, dejó las ansias de liberación de numerosos países sin otro recurso que el de adoptar el carácter de una lucha revolucionaria. Hacia 1960, estos movimientos, que por cierto ya habían sido un rasgo del paisaje político de los anteriores

decenios del siglo, comenzaron a representar la principal forma de actividad política indígena en una mayoría de las naciones sometidas.

Puesto que la fuerza propulsora del propio colonialismo era la explotación económica, resultaba quizás inevitable que una mayoría de los movimientos de liberación presentaran un sello ideológico más bien socialista. En el espacio de unos pocos años, dichas circunstancias crearon un terreno fértil para la explotación de las superpotencias mundiales. Para la Unión Soviética, la situación parecía brindarle la oportunidad de inducir un giro en la alineación de las naciones, siempre que ganase una influencia preponderante en lo que empezaba a conocerse como el "Tercer Mundo". La respuesta de Occidente -allá donde la ayuda al desarrollo no consiguió retener las lealtades de las poblaciones receptoras- consistió en alentar y armar a una amplia variedad de regímenes autoritarios.

Conforme las fuerzas externas manipulaban a los nuevos gobiernos, la atención iba alejándose crecientemente de la consideración objetiva de las necesidades del desarrollo para concentrarse en luchas ideológicas y políticas que apenas guardaban relación alguna con la realidad social o económica. Los resultados fueron uniformemente devastadores. La bancarrota económica, las graves violaciones de los derechos humanos, la quiebra de la administración civil y el surgimiento de elites oportunistas que en el sufrimiento de sus países sólo veían vías de enriquecimiento personal; tal fue el destino demoledor que asoló, una tras otra, a aquellas nuevas naciones que, sólo pocos años antes, habían comenzado su andadura de forma tan prometedora.

Venía a inspirar estas crisis políticas, sociales y económicas el auge y consolidación inexorables de una enfermedad del alma humana infinitamente más destructiva que ninguna de sus manifestaciones específicas. Su triunfo marcó una nueva y ominosa etapa en el proceso de degeneración social y espiritual que Shoghi Effendi había identificado. Apadrinado por el pensamiento europeo decimonónico, inmensamente recrecida en su influencia mediante los logros de la cultura capitalista norteamericana, y dotada de la credibilidad engañosa propia de dicho sistema gracias al marxismo, el materialismo emergió con toda su fuerza en la segunda mitad del siglo XX, convertido en una suerte de religión universal que reclamaba autoridad absoluta sobre la vida personal y social de la humanidad. Su credo era el colmo de la ingenuidad: La realidad, incluyendo la realidad humana y el proceso por el que se desenvuelve, sería de naturaleza esencialmente material. La meta de

la vida humana es, o debiera ser, la satisfacción de necesidades y carencias materiales. La sociedad existiría para facilitar este empeño, y la preocupación colectiva de la humanidad habría de dirigirse al refinamiento continuo del sistema, con vistas a hacerlo cada vez más eficiente en el desempeño de esta tarea que le ha sido encomendada.

Con el colapso de la Unión Soviética, desaparecieron los impulsos dirigidos a concebir y promover cualquier sistema formal de creencias materialistas. Tampoco es que mediante semejantes esfuerzos se hubiera colmado ningún propósito útil, no en vano el materialismo pronto iba a quedarse sin retos significativos en la mayor parte del mundo. La religión, allá donde no se hubiera replegado en forma de fanatismo y rechazo irreflexivo del progreso, se vio paulatinamente reducida a una suerte de preferencia personal, una predilección o una búsqueda destinada a satisfacer las necesidades espirituales y emocionales de la persona. El sentido de misión histórica que había definido a los principales credos religiosos aprendió a contentarse con endosar con su firma religiosa las campañas de cambio social llevadas a cabo por los movimientos seculares. El mundo académico, antes escenario de grandes hazañas de la mente y el espíritu, se acomodó al papel de cierta docta industria preocupada con atender a su maquinaria de disertaciones, simposios, créditos de sus publicaciones y subvenciones.

Ya sea en tanto visión del mundo o en tanto simple apetito, el efecto del materialismo es el de despojar del seno de la motivación humana -e incluso del interés- los impulsos espirituales que distinguen al alma racional. "Pues el amor a uno mismo", había dicho 'Abdu'l-Bahá, "está entreverado con la misma arcilla del hombre, y no es posible que, sin ninguna esperanza de recompensa sustancial, descuide su propio bienestar material presente".[109] En ausencia de convicciones en torno a la naturaleza espiritual de la realidad y a la realización personal que sólo ella ofrece, no es de sorprender que encontremos en el corazón mismo de la crisis actual de la civilización un culto al individualismo, que cada vez admite menos restricciones y que eleva la adquisición y avance personal al estatus de valores culturales fundamentales. La atomización resultante de la sociedad ha marcado una nueva etapa en el proceso de desintegración al que tan urgente referencia hacen los escritos de Shoghi Effendi.

Aceptar voluntariamente la ruptura de una fibra tras otra del tejido moral que guía y disciplina la vida de la persona y de cualquier sistema social

es una forma autodestructiva de afrontar la realidad. Si las cabezas pensantes fueran francas en su valoración de las evidencias disponibles, es aquí donde hallarían la causa radical de problemas aparentemente no relacionados como la contaminación del medio ambiente, el descalabro económico, la violencia étnica, la generalización de la apatía pública, el aumento masivo de la delincuencia, y las epidemias que arrasan poblaciones enteras. Por muy importante que sea la aplicación del conocimiento experto legal, sociológico o técnico en tales temas, carece de realismo imaginar que los esfuerzos de este género vayan a producir cualquier recuperación significativa si quedan huérfanos de un cambio fundamental de conciencia y conducta morales.

*

Lo que el mundo bahá'í ha conseguido durante estos mismos años redobla su brillo al contrastarse con este horizonte de sombras. Es imposible exagerar el significado de los logros que condujeron al nacimiento de la Casa Universal de Justicia. Durante unos seis mil años la humanidad ha experimentado con una variedad casi ilimitada de métodos colectivos de toma de decisiones. Desde el mirador privilegiado que ofrece el siglo XX, la historia política del mundo presenta un panorama de constantes mudanzas en el que el ingenio humano apenas ha desaprovechado la menor oportunidad. Los sistemas basados en principios tan diferentes como la teocracia, la monarquía, la aristocracia, la oligarquía, la república, la democracia y la cuasi-anarquía han proliferado ad libitum, acompañadas de una ilimitada oferta de innovaciones que han probado a combinar diferentes rasgos deseables de todo este surtido. Aunque la mayoría de las opciones se han prestado a abusos de un género u otro, las más de ellas sin duda han contribuido en mayor o menor grado a satisfacer las esperanzas de aquellos a cuyos intereses supuestamente servían.

Durante este largo proceso evolutivo, tanto más dilatado cuanto más numerosas y diversas eran las poblaciones que caían bajo la esfera de control de uno u otro sistemas de gobierno, la tentación del imperio universal hizo presa en la imaginación de los césares y napoleones que animaban esta suerte de expansión. La resultante retahíla de calamitosos fracasos, la misma que confiere a la historia gran parte de su capacidad de fascinación y revulsión, parece abonar la persuasiva evidencia de que realizar tamaña ambición desborda cualquier cauce humano, no importa cuán grandes sean los recursos

de que se disponga o cuánta sea la confianza depositada en el genio de su cultura particular.

No obstante, la unificación de la humanidad bajo un sistema de gobierno que pueda liberar las plenas potencialidades latentes en la naturaleza humana, y que permita su expresión en programas para beneficio de todos, constituye claramente la próxima etapa en la evolución de la civilización. La unificación física del planeta en nuestro tiempo y el despertar de las aspiraciones de las masas de sus habitantes han producido, por fin, las condiciones que permiten la consecución de este ideal, aunque de una manera muy diferente a la imaginada en las ensoñaciones imperialistas del pasado. A este esfuerzo han contribuido los gobiernos del mundo al fundar la Organización de Naciones Unidas, con todas sus grandes bendiciones y todas sus lamentables carencias.

Más allá, en algún punto se extienden los grandes cambios que habrán de impulsar, a su debida hora, la aceptación del concepto del gobierno mundial mismo. Naciones Unidas carece de este mandato, y nada hay en el discurso de los dirigentes políticos contemporáneos que contemple seriamente tan radical reestructuración de la administración de los asuntos del planeta. Que tal cosa llegará a suceder en su sazón es algo que Bahá'u'lláh ha puesto inconfundiblemente de manifiesto. Que han de ser necesarios aun mayores sufrimientos y desilusiones para impulsar a la humanidad a que dé este gran paso adelante parece, por desgracia, igualmente claro. Su establecimiento ha de requerir que los gobiernos nacionales y otros centros de poder sometan a la decisión internacional, de modo incondicional e irreversible, la plena medida de una autoridad superior e implícita en la palabra "gobierno".

Éste es el contexto en el que los bahá'ís deben procurar apreciar la victoria única que la Causa ganó en 1963 y que desde entonces no ha hecho sino consolidarse. Comprender plenamente su significado está fuera del alcance de las generaciones actuales de creyentes y quizá siga estándolo para varias generaciones más. En la medida en que los bahá'ís lo comprendan, no vacilarán en su determinación de servir al despliegue de su propósito.

El proceso que condujo a la elección de la Casa Universal de Justicia - posibilitado por la feliz conclusión de las tres primeras etapas del Plan Divino del Maestro bajo la dirección de Shoghi Effendi- constituyó muy probablemente la primera elección global y democrática de la historia. Cada una de las elecciones sucesivas celebradas desde entonces ha contado con un

electorado más amplio y más diverso formado por los delegados escogidos de la comunidad, hecho que en la actualidad la sitúa en un punto en el que incontestablemente ostenta la voluntad de un sector representativo de cada una de las partes de la raza humana entera. En efecto, no hay nada previsto o realizado por ninguna agrupación de personas que pueda parangonarse en modo alguno con este logro.

Si, además, se reflexiona sobre la atmósfera espiritual que domina las elecciones bahá'ís y la conducta conforme a principio que se exige incluso en sus detalles más simples, no cabe sino sentirse más humilde ante un reconocimiento aún superior. Al erigir la institución suprema de gobierno de nuestra Fe, se presencia el máximo esfuerzo de que es capaz la persona por ganarse el beneplácito de Dios, una decisión colectiva y fervorosa de que nada, ya sea en las condiciones culturales o en los impulsos del deseo individual, debe consentirse que empañe la pureza de este acto colectivo supremo. Se roza en este punto el límite de la capacidad humana. Mediante este acto, la humanidad hace literalmente todo lo que puede, y Dios acepta este esfuerzo consagrado por parte de quienes han abrazado Su Causa y faculta a las instituciones así constituidas con los poderes prometidos en el Kitáb-i-Aqdas y en el Testamento de 'Abdu'l-Bahá. No es de sorprender que 'Abdu'l-Bahá viera en este proceso, llamado a consumarse en la histórica fecha de 1963, centenario de la declaración de la misión de Bahá'u'lláh, el cumplimiento de la visión del profeta Daniel: "Bendito sea el que aguarde y llegue a 1335 días". En palabras del Maestro:

> *Pues de acuerdo con este cálculo habrá de transcurrir un siglo desde el alba del Sol de la Verdad, y será entonces cuando las enseñanzas de Dios quedarán firmemente establecidas en la tierra, y la luz divina inundará el mundo desde Oriente hasta Occidente. En se día, los fieles se regocijarán.* [110]

Con el establecimiento de la Casa Universal de Justicia, surgía la segunda de las dos instituciones sucesorias nombradas por 'Abdu'l-Bahá como garantes de la integridad de la Causa. El vasto conjunto de los escritos del Guardián y la pauta de vida administrativa que había creado y que estaba impresa indeleblemente en la conciencia bahá'í habían surtido al mundo bahá'í de los medios con que asegurar conformidad universal en torno a las intenciones de la Revelación de Dios. Con la Casa Universal de Justicia, poseía también ahora la autoridad última concebida por Bahá'u'lláh para el ejercicio

de las funciones decisorias del Orden Administrativo. Tal como el Testamento explica, las dos instituciones comparten conjuntamente la promesa divina de guía indefectible:

> *La rama sagrada y juvenil, el Guardián de la Causa de Dios, así como la Casa Universal de Justicia, que ha de elegirse y establecerse universalmente, están ambas bajo el cuidado y protección de la Belleza de Abhá, al abrigo y guía infalible de Su Santidad, el Exaltado (que mi vida sea ofrecida por ambos). Cuanto sea que ellos decidan es de Dios.* [111]

La relación entre estos dos centros de autoridad, había explicado además Shoghi Effendi, es de carácter complementario, una relación en la que algunas funciones son compartidas en común y otras son propias de una u otra institución. No obstante, puso gran cuidado en recalcar:

> *Debe (...) comprenderse claramente por parte de todo creyente que la institución de la Guardianía en ninguna circunstancia abroga, ni tampoco merma siquiera en la menor medida, los poderes concedidos por Bahá'u'lláh en el Kitáb-i-Aqdas a la Casa Universal de Justicia, repetida y solemnemente confirmados por 'Abdu'l-Bahá en Su Testamento. No constituye en modo alguno contradicción del Testamento y Escritos de Bahá'u'lláh, ni anula ninguna de Sus instrucciones reveladas.* [112]

Comprender la singularidad de lo creado por Bahá'u'lláh fecunda la imaginación abriéndola a las aportaciones que la Causa puede brindar a la unificación de la humanidad y a la construcción de una sociedad global. La responsabilidad inmediata de establecer el gobierno mundial descansa sobre los hombros de los estados nacionales. Lo que la comunidad bahá'í ha sido llamada a realizar, en esta etapa de la evolución social y política de la humanidad, es contribuir por todos los medios posibles a la creación de las condiciones que alienten y faciliten esta empresa enormemente exigente. Tal como Bahá'u'lláh aseguró a los monarcas de Su época que "no es Nuestro deseo apropiarnos de vuestros reinos", [113]*, del mismo modo puede afirmarse que la comunidad bahá'í carece de agenda política, es ajena a cualquier implicación en actividades partidistas y acepta sin reservas la autoridad del gobierno civil en los asuntos públicos. Cualquier preocupación que los bahá'ís lleguen a albergar en torno a las condiciones actuales o sobre las necesidades de sus propios miembros se expresa a través de cauces constitucionales.*

El poder de la Causa para influir en el curso de la historia descansa no sólo en la potencia espiritual de su mensaje, sino en el ejemplo que ofrece. "Tan potente es la luz de la unidad", asegura Bahá'u'lláh, "que puede iluminar la tierra entera". [114] La unidad de la humanidad encarnada en la Fe, tal como subraya Shoghi Effendi, no representa "un mero brote de sentimentalismo ignorante o una expresión de esperanzas vagas y piadosas". La unidad orgánica del conjunto de los creyentes - y el Orden Administrativo que la posibilita - dan testimonio de lo que Shoghi Effendi denominó "el poder que posee su Fe para construir la sociedad". [115] Conforme la Causa se expanda y cuanto más aparentes se vuelvan las capacidades latentes en su Orden Administrativo, tanto más atraerá la atención de las figuras del pensamiento e inspirará en las mentes progresivas la seguridad de que sus ideales son, en última instancia, realizables. En palabras de Shoghi Effendi:

> *Los dirigentes religiosos, los exponentes de las teorías políticas, los gobernantes de las instituciones humanas, esos mismos que en la actualidad presencian con perplejidad y consternación la bancarrota de sus ideas y la desintegración de su obra, harían bien en volver su mirada hacia la Revelación de Bahá'u'lláh y en meditar sobre el Orden Mundial que, atesorado en Sus enseñanzas, se yergue lenta e imperceptiblemente entre la vorágine y caos de la civilización actual. [116]*

Tal examen centrará la atención sobre el poder que ha hecho posible el logro de la unidad bahá'í, y que ésta pueda mantenerse y consolidarse. "La luz de los hombres", asegura Bahá'u'lláh, "es la Justicia", cuyo propósito, añade, "es la aparición de la unidad entre los hombres. El océano de la sabiduría divina surge dentro de esta exaltada palabra". [117] La designación de "Casas de Justicia", conferida a las instituciones que gobernarán el Orden Mundial que Él concibió, en los planos local, nacional e internacional, refleja la centralidad de este principio dentro de las enseñanzas de la Revelación y de la vida de la Causa. A medida que la comunidad bahá'í se convierta en un participante cada vez más presente en la escena pública, su experiencia dará pruebas tanto más alentadoras de esta ley, tan crucial para la curación de la infinidad de enfermedades que, en última instancia, son consecuencia de la desunión que aflige a la familia humana. "Sabe en verdad", explica Bahá'u'lláh, "que estas grandes opresiones que se han abatido sobre el mundo lo preparan para el advenimiento de la Más Grande Justicia" [118]. Huelga decir que esa etapa

culminante en la evolución de la sociedad tendrá lugar en un mundo muy diferente del que ahora conocemos.

IX

El efecto inmediato de haber ganado la Cruzada de Diez Años y del establecimiento de la Casa Universal de Justicia fue el de añadir un poderoso empuje al avance de la Causa. Esta vez el progreso –que había afectado prácticamente a todos los aspectos de la vida bahá'í - adoptó la forma de una serie de cambios profundos cuyo perfil se aprecia mejor al contraluz que ofrece todo el período transcurrido desde 1963 hasta el final del siglo. Durante esos treinta y siete años las labores avanzaron rápidamente siguiendo dos cursos paralelos: la expansión y consolidación de la propia comunidad bahá'í y, al mismo tiempo, el aumento espectacular en el influjo que la Fe llegaba a ejercer en la vida social. Mientras se diversificaba la gama de actividades bahá'ís, la mayor parte de tales esfuerzos tendían a potenciar directamente una u otra de las dos principales vías de progreso.

Una decisión adoptada en fecha temprana por la Casa de Justicia resultó ser decisiva para todos los aspectos del desarrollo de la enseñanza y de la administración. Comprender que no había sucesor de Shoghi Effendi supuso reconocer que tampoco sería posible el nombramiento de nuevas Manos de la Causa. Cuán esenciales eran las funciones de esta institución para el progreso de la Fe se demostró con fuerza inolvidable durante los trepidantes seis años transcurridos entre 1957 y 1963. En consecuencia, de conformidad con el mandato que la autorizaba a crear nuevas instituciones bahá'ís [119], según las necesidades de la Causa lo requerían, la Casa de Justicia creó en junio de 1968 los Cuerpos Continentales de Consejeros. Dotada de facultades para extender hacia el futuro las funciones de protección y propagación de la Fe ejercidas por las Manos de la Causa, la nueva institución asumió la responsabilidad de guiar las labores de los Cuerpos Auxiliares ya existentes y sumó fuerzas con las Asambleas Nacionales compartiendo responsabilidades en el avance de la Fe. Las grandes victorias celebradas en 1973 al término del Plan de Nueve Años, aunque espléndidas en sí mismas, reflejaron la extraordinaria facilidad con que la nueva agencia administrativa había asumido sus deberes y la avidez con que había sido bienvenida por creyentes y Asambleas por igual. El momento quedó marcado por otro acontecimiento trascendental en el desarrollo del Orden Administrativo: la creación del Centro Internacional de Enseñanza, cuerpo que proyectaría hacia el futuro las responsabilidades incumbentes al

grupo de "Manos de la Causa residentes en Tierra Santa", y que en adelante iba a coordinar las labores de los Cuerpos de Consejeros de todo el mundo.

Previendo el curso que el crecimiento de la Causa iba a seguir, Shoghi Effendi se había referido por escrito al "lanzamiento de empresas mundiales destinadas a ser acometidas, en épocas futuras de esa misma Edad [Formativa], por parte de la Casa Universal de Justicia, empresas que simbolizarán la unidad y coordinarán y unificarán las actividades de (...) las Asambleas Nacionales". [120] En 1964 el Plan de Nueve Años iniciaba estos proyectos globales, y a éste seguirían el Plan de Cinco Años (1974), el Plan de Siete Años (1979), el Plan de Seis Años (1986), el Plan de Tres Años (1993), el Plan de Cuatro Años (1996) y el Plan de Doce Meses, con el que concluyó el siglo. La variación del énfasis con que se orientaba sucesivamente una empresa tras otra constituye un indicador valioso del crecimiento que la Causa experimentaba por aquellos decenios, así como de las nuevas oportunidades y desafíos que le reportaba este crecimiento. Más importante aún que las diferencias, sin duda, es el hecho de que las actividades requeridas en cada Plan fuesen extensiones de iniciativas que habían sido puestas en marcha por Shoghi Effendi, quien, a su vez, había recogido y reelaborado la trama tejida por los Fundadores de la Fe: la formación de Asambleas Espirituales; la traducción, producción y distribución de obras y publicaciones; el aliento infundido a la participación universal de los amigos; la atención al enriquecimiento de la vida bahá'í; los esfuerzos encaminados a la participación de la comunidad bahá'í en la vida de la sociedad; el afianzamiento de la vida familiar bahá'í; y la educación de los niños y jóvenes. Aunque estos diversos procesos continúen diversificándose indefinidamente desplegando nuevas posibilidades, el hecho de que cada uno de ellos se originase en el impulso creador de la Revelación misma confiere a cuanto realiza la comunidad bahá'í una fuerza integradora que constituye el secreto y la garantía de su éxito final.

Los primeros veinte años del proceso fueron uno de los períodos más enriquecedores que la comunidad bahá'í haya experimentado jamás. Durante un período notablemente breve, el número de Asambleas Espirituales Locales se multiplicó y la diversidad cultural de los miembros se convirtió en un rasgo cada vez más distintivo de la vida bahá'í. Aunque la quiebra social generaba problemas para las instituciones administrativas bahá'ís, uno de sus efectos fue el de generar un crecido interés por el mensaje de la Causa. Al principio, la comunidad fue invitada a afrontar el reto de la "enseñanza de las masas". Ya

en 1967, se hacía un llamamiento a "lanzar, a una escala global y ante todos los estratos de la sociedad humana, una proclamación duradera e intensa del mensaje curativo que anuncie la venida del Prometido (...)" [121]

A medida que los creyentes de los centros urbanos emprendían campañas continuas para alcanzar a las masas de los pueblos del mundo, establecidas en aldeas y zonas rurales, pudieron comprobar que la receptividad ante el mensaje de Bahá'u'lláh excedía cualquier medida que antes se hubiera concebido posible. Si bien la respuesta adoptó usualmente formas muy diferentes de aquellas con las que los maestros estaban familiarizados, los nuevos seguidores recibieron una cálida bienvenida. Decenas de millares de nuevos bahá'ís entraron en la Causa a lo largo de África, Asia y Latinoamérica, a menudo en contingentes que representaban la mayor parte de aldeas rurales completas. Los años 60 y 70 fueron tiempos apasionantes para una comunidad bahá'í cuyo crecimiento fuera de Irán había sido hasta entonces lento y tasado. Iba a recaer en los amigos del Pacífico la gran distinción de atraer a la Causa al primer Jefe de Estado, Su Alteza Malietoa Tanumafili II, distinción que sólo los acontecimientos futuros situarán en su marco adecuado.

En la base misma de esta evolución, al igual que sucediera desde los albores de la Causa, se hallaba el compromiso personal del creyente. Ya durante el ministerio de Shoghi Effendi se habían realizado intentos, por parte de personas especialmente lúcidas, de introducir la Causa en poblaciones indígenas de países como Uganda, Bolivia e Indonesia. Durante el Plan de Nueve Años, un número muy superior de maestros se vieron atraídos hacia este trabajo, particularmente en la India, en varios países de África y en la mayor parte de las regiones de Latinoamérica, así como en las islas del Pacífico, en Alaska, entre los pueblos nativos de Canadá y en la población rural negra de las regiones sureñas de Estados Unidos. El pioneraje aportó un apoyo fundamental a las labores y sirvió de acicate para el surgimiento de nuevos grupos de maestros de entre los propios creyentes indígenas.

Aun así, pronto se hizo patente que la sola iniciativa personal, no importa cuán inspirada y robusta, no estaba en condiciones de responder adecuadamente a las oportunidades. En consecuencia, se alentó a las comunidades bahá'ís a acometer una amplia gama de proyectos colectivos de enseñanza y proclamación que por sus alcances recordaban los días heroicos, los días de los primeros creyentes en causar el despertar, los clarines del alba.

Equipos de maestros entusiastas descubrieron que ya era posible presentar el mensaje de la Fe no sólo de uno en uno a una mera sucesión de buscadores, sino también a grupos enteros, e incluso a comunidades completas. Las decenas de millares se convirtieron en cientos de millares. El crecimiento de la Fe supuso que los miembros de las Asambleas Espirituales, cuya experiencia se había visto limitada a potenciar la comprensión de la Fe de los solicitantes educados en las culturas de la duda o del fanatismo religioso, debían ahora ajustarse a las expresiones de fe de grupos enteros de población para los cuales la conciencia y respuesta religiosas constituían rasgos normales de la vida cotidiana.

Ningún sector de la comunidad realizó una aportación más briosa ni tan significativa como la prestada por los jóvenes bahá'ís. En las gestas que realizaron en el curso de estos decenios -al igual que a lo largo de la historia de los anteriores 150 años- cabe recordar una y otra vez que la gran mayoría del conjunto de héroes que dieron rumbo a la Causa a mediados del siglo XIX estaba formada por jóvenes. El propio Báb declaró Su misión cuando tenía veinticinco años, y Anís, que alcanzó la gloria imperecedera de morir junto a su Señor, era todavía adolescente. Quddús respondió a la Revelación a la edad de veintidós años. Zaynab, de cuya edad nunca se tuvo noticia, era jovencísima. Shaykh 'Alí, tan querido por Quddús y Mullá Husayn, fue martirizado a la edad de veintidós años, en tanto que Muhammad-Báqir-Naqsh entregó la vida tan sólo a los catorce años. Por su parte, Táhirih ni siquiera había cumplido la treintena cuando abrazó la Causa del Báb.

Siguiendo el sendero labrado por estas figuras extraordinarias, miles de jóvenes bahá'ís se alzaron en los años ulteriores a proclamar el mensaje de la Fe por los cinco continentes y a lo largo de las islas esparcidas por el planeta. Al mismo tiempo que la sociedad veía surgir una cultura juvenil internacional a finales de los años 60 y comienzos de los 70, los creyentes con talento musical, teatral y artístico demostraron en parte lo que Shoghi Effendi había querido significar al señalar: "Llegará el día en que la Causa se difunda como un reguero de pólvora, cuando su espíritu y enseñanzas sean presentadas sobre los escenarios, o a través de las artes o de la literatura (...)" [122] El celo y entusiasmo característicos de la juventud han servido de acicate continuo para que el conjunto de la comunidad explore, cada vez con mayor audacia, las revolucionarias implicaciones sociales de las enseñanzas de Bahá'u'lláh.

Sin embargo, el auge de nuevas afiliaciones planteó problemas igualmente mayúsculos. En un plano inmediato, los recursos de las comunidades bahá'ís dedicadas a la tarea se vieron abrumados por la tarea de proporcionar la confirmación continua que precisaban las masas de nuevos creyentes y la consolidación de las comunidades y Asambleas Espirituales resultantes. Por otro lado, los desafíos culturales similares a los afrontados por los primeros creyentes persas que habían procurado presentar la Fe en tierras occidentales encontraban sus réplicas multiplicadas a lo largo del mundo. Los principios teológicos y administrativos que podían resultar del mayor interés para los pioneros y maestros rara vez coincidían con los que embargaban a los nuevos conversos, procedentes de orígenes sociales y culturales muy diferentes. A menudo, discrepancias en torno incluso a asuntos tan elementales como el uso del tiempo o simples convenciones sociales creaban fosos de incomprensión que dificultaban en extremo la comunicación.

En un principio, tales problemas se demostraron estimulantes en la medida en que tanto las instituciones bahá'ís como los creyentes se debatían por encontrar nuevas formas de plantear las situaciones, nuevas formas, sin duda, de comprender incluso pasajes importantes de los propios Escritos bahá'ís. Hubo decididos esfuerzos en respuesta a la guía del Centro Mundial, en el sentido de que la expansión y la consolidación son dos procesos que han de avanzar parejos. Sin embargo, allá donde los resultados esperados no se materializaron prontamente, vino a instalarse con frecuencia cierto desánimo. El surgimiento inicialmente rápido de las tasas de afiliación abrió paso a un descenso brusco en numerosos países, lo que tentó a algunas comunidades e instituciones bahá'ís a volver su atención de nuevo hacia actividades más usuales y a públicos más accesibles.

No obstante, el principal efecto de estos reveses fue el de hacer ver a las comunidades que las elevadas expectativas de los primeros años en cierto modo eran muy poco realistas. Aunque los fáciles éxitos de las actividades iniciales de enseñanza eran alentadores, por sí mismos no construían una vida comunitaria bahá'í regenerable que colmase las necesidades de sus nuevos miembros. Antes bien, los pioneros y los nuevos creyentes por igual se enfrentaban a preguntas para las cuales la experiencia bahá'í en tierras occidentales -o incluso en Irán- ofrecían escasas respuestas. ¿Cómo habían de establecerse Asambleas Espirituales Locales -y una vez establecidas, cómo debían funcionar- en zonas donde la Causa se incrementaba, en cuestión de días, con gran número de nuevos creyentes, sólo sobre la base del

reconocimiento espiritual de la verdad? ¿Cómo, en unas sociedades dominadas por los hombres desde el alba de la historia, hacer que disfrutaran de idéntica voz las mujeres? ¿Cómo había de afrontarse la educación sistemática de una gran población de niños, en situaciones culturales donde prevalecían la pobreza y el analfabetismo? ¿Qué prioridades debían guiar la educación moral bahá'í, y cómo estos objetivos podían relacionarse de la mejor manera con las convenciones locales dominantes? ¿Cómo cultivar una vida comunitaria capaz de estimular el crecimiento espiritual de sus miembros? ¿Qué prioridades, igualmente, debían establecerse con relación a la producción de libros bahá'ís, particularmente teniendo en cuenta la repentina explosión que había tenido lugar en el elenco de idiomas representados en la comunidad? ¿Cómo mantener la integridad de la institución bahá'í de la Fiesta de Diecinueve Días, al tiempo que se abría esta actividad vital a la influencia enriquecedora de las diversas culturas? Y, en todos los ámbitos de interés, ¿cómo habrían de allegarse, financiarse y coordinarse los recursos necesarios?

La presión de estos retos urgentes y entreverados hizo embarcar al mundo bahá'í en un proceso de aprendizaje que se demostró tan capital como la propia expansión. Vale decir que durante estos años no hubo virtualmente ningún tipo de actividad de enseñanza, ninguna combinación de expansión, consolidación y proclamación, ninguna opción administrativa, ningún esfuerzo de adaptación cultural que no fuera acometido con ímpetu en alguna parte del mundo bahá'í. El resultado de la experiencia se tradujo en la educación intensiva de gran parte de la comunidad bahá'í en las implicaciones de las labores de enseñanza masiva, una educación que por otras vías no habría podido plasmarse. Por su propia naturaleza, este proceso tuvo un alcance fundamentalmente local y regional, fue más cualitativo que cuantitativo en sus logros, y en cuanto al progreso logrado, de carácter acumulativo más que de escala masiva. Pese a todo, de no haber sido por el laborioso, siempre difícil y a menudo frustrante trabajo de consolidación acometido durante estos años, la estrategia posterior de sistematización de la promoción de la entrada en tropas habría tenido muy poco donde emplearse.

El hecho de que el mensaje bahá'í penetrase entonces en la vida no sólo de pequeños grupos de personas sino de comunidades enteras tuvo el efecto de reanimar un rasgo vital presente en una etapa anterior del progreso de la Causa. Por primera vez en muchos lustros, la Fe se encontró una vez más en una situación en la que la enseñanza y consolidación entroncaban inseparablemente con el desarrollo social y económico. En los primeros años

del siglo, bajo la guía del Maestro y del Guardián, los creyentes iraníes -estando privados de la oportunidad de participar igualmente en los magros beneficios que ofrecía la sociedad de entonces- se habían alzado a construir laboriosamente una vida comunitaria amplia y de un género que trascendía la necesidad o el alcance de los grupos aislados bahá'ís de Norteamérica y Europa occidental. En Irán, el avance espiritual y moral, las actividades de enseñanza, la creación de escuelas y clínicas, la construcción de instituciones administrativas, y el aliento dado a las iniciativas destinadas a la autosuficiencia y prosperidad económicas, todos ellos habían sido desde un temprano comienzo rasgos inseparables de un proceso orgánicamente unificado de desarrollo. Ahora -en África, en Latinoamérica, y en partes de Asia- estas mismas oportunidades y desafíos volvían a aflorar.

Si bien estaban en marcha desde largo tiempo actividades sociales y económicas de desarrollo, particularmente en Latinoamérica y Asia, se trataban de proyectos aislados, desempeñados por grupos de creyentes bajo la guía de las Asambleas Nacionales concretas, que no guardaban relación con ningún plan. No obstante, en octubre de 1983, las comunidades bahá'ís de todo el mundo fueron invitadas a incorporar tales esfuerzos a sus programas regulares de trabajo. Se creó una Oficina de Desarrollo Social y Económico en el Centro Mundial con el fin de coordinar el aprendizaje y recabar apoyos económicos.

El decenio siguiente presenció una amplia experimentación en una esfera de trabajo para la cual la mayoría de las instituciones disponían de escasa preparación. Al tiempo que procuraban aprovechar los modelos acometidos por las numerosas agencias de desarrollo de todo el mundo, las comunidades bahá'ís hacían frente al desafío de relacionar sus hallazgos en varios ámbitos de interés -educación, sanidad, alfabetización, agricultura y tecnología de las comunicaciones- con su comprensión de los principios bahá'ís. Dada la magnitud de los recursos invertidos por los gobiernos y las fundaciones, y la confianza con que este esfuerzo fue iniciado, había una gran tentación de limitarse a tomar prestados los métodos corrientes por entonces o de adaptar los esfuerzos bahá'ís a las teorías prevalecientes. Sin embargo, según las labores fueron evolucionando, las instituciones bahá'ís comenzaron a centrarse en la meta de concebir paradigmas de desarrollo que integrasen lo ya observado en el conjunto de la sociedad para ajustarlo a la singular concepción que, en todo cuanto atañe a las potencialidades humanas, ofrece la Fe.

En ningún capítulo pudo apreciarse la estrategia de los Planes sucesivos de modo tan impresionante como en el caso de la India. La comunidad de dicho país se ha convertido hoy día en un gigante de la Causa que cuenta con más de un millón de almas. Sus labores se extienden por la geografía de un vasto subcontinente, hogar de una inmensa diversidad de culturas, idiomas, grupos étnicos y tradiciones religiosas. En muchos sentidos, la experiencia de este conjunto tan privilegiado de creyentes resume los empeños del mundo bahá'í, y los experimentos, los reveses y victorias cosechados por éste durante tres decisivos decenios. El espectacular aumento de nuevos creyentes trajo todo el repertorio de problemas a que se hacía frente en otros lugares del mundo, sólo que a una escala masiva. El largo camino que ha acabado por encaramar a la comunidad bahá'í india a su puesto de preeminencia ha estado erizado de dificultades dolorosas, algunas de las cuales a veces pesaron como una amenaza sobre sus recursos administrativos. Las victorias ganadas, pese a todo, constituyen un preludio de las confirmaciones que con el tiempo bendecirán los esfuerzos de las comunidades bahá'ís de otros continentes que afrontan idénticos desafíos. Ya en 1985, el crecimiento de la Fe en India había alcanzado el punto en que las necesidades y oportunidades de tan diversas regiones requerían una atención más centrada que la que podía proporcionar la Asamblea Espiritual por su cuenta. De este modo, surgía la nueva institución del Consejo Regional Bahá'í, iniciadora del proceso de descentralización administrativa que desde entonces se ha demostrado tan efectivo en muchos países.

En 1986, la expansión y consolidación presenciadas en la India se vieron oportunamente coronadas con la inauguración del bello "Templo del Loto". Aunque el proyecto había suscitado expectativas optimistas en cuanto al impacto que su conclusión tendría en el reconocimiento público de la Fe, la realidad ha sobrepasado infinitamente las esperanzas más optimistas. Hoy día, la Casa de Adoración de la India se ha convertido en la atracción principal del subcontinente, con una media de 10.000 visitantes diarios, al punto de figurar destacadamente en las publicaciones, documentales y producciones de televisión. El interés suscitado por una Fe capaz de inspirar y cobrar cuerpo en tan magnífica creación ha concedido un nuevo significado a la descripción que diera 'Abdu'l-Bahá de los Templos bahá'ís al calificarlos de "maestros silenciosos" de la Fe.

El progreso de la comunidad bahá'í india, tanto en su desarrollo interno como en su relación con el conjunto de la sociedad, se hizo patente en una iniciativa pionera adoptada en noviembre de 2000 en el campo del desarrollo social y económico. Aprovechando la reputación que se había ganado merecidamente entre los círculos progresivos de dicho país, la Asamblea Espiritual Nacional apadrinó, en colaboración con el Instituto de Estudios sobre la Prosperidad Global [123] recientemente creado por la Comunidad Internacional Bahá'í, un simposio sobre el tema "Religión, Ciencia y Desarrollo". El proyecto concitó la participación de más de cien organizaciones de desarrollo muy influyentes en el país y atrajo la atención de los medios nacionales de difusión. Puesto que se trataba de una distinguida aportación bahá'í a la promoción del avance social, el acontecimiento preparó el terreno de simposios análogos a celebrarse en África, Latinoamérica y otras regiones, donde las comunidades bahá'ís creativas pueden contribuir a conformar lo que bien puede convertirse en uno de los mayores éxitos de la Fe.

Asimismo, durante estos mismos años, el continente asiático vio el repentino surgir de la comunidad bahá'í de Malasia como locomotora de las labores de expansión, capaz de ganar sus propias metas con celeridad asombrosa y de despachar pioneros y maestros viajeros a países vecinos. Un éxito que posibilitó este avance espectacular fueron los vínculos de asociación espiritual que establecieron los creyentes de origen chino e indio. Las personas que visitaban Malasia describían, en términos rayanos en el asombro, cómo esta comunidad, pese a bregar atenazada por trabas y restricciones, parecía la encarnación misma de las metáforas militares con que los escritos de Shoghi Effendi sugieren el espíritu que anima los esfuerzos de enseñanza bahá'í.

Sin embargo, ni el crecimiento mundial de la comunidad bahá'í ni el proceso de aprendizaje que ésta experimentaba nos cuentan la historia completa de estos decenios tumultuosos y creativos. Cuando finalmente se escriba su historia, uno de los capítulos más brillantes será el que refiera las victorias espirituales ganadas, particularmente en África, por comunidades bahá'ís que hubieron de sobrevivir al terror, a la guerra, a la opresión política y a las privaciones extremas, saliendo airosas del trance, con su fe intacta y decididas a reanudar sus labores en pos de una vida colectiva bahá'í viable. La comunidad de Etiopía, cuna de una de las culturas tradicionales más ricas y de mayor abolengo del mundo, logró mantener la moral de sus miembros así como la coherencia de sus estructuras administrativas pese a la despiadada presión de una dictadura brutal. De los amigos de otros países del continente,

cabe decir, en efecto, que su sendero de fidelidad a la Causa transitó por un infierno de sufrimientos rara vez igualado en la historia moderna. Los anales de la Fe poseen pocos testimonios más conmovedores del puro poder del espíritu que los que ofrecen las historias de valor y pureza de corazón reflejadas en el calvario que atrapó a los amigos en lo que por entonces era el Zaire. Son historias que han de inspirar a las generaciones venideras y que representan aportaciones incalculables a la creación de una cultura global bahá'í. Países como Uganda y Ruanda añadieron sus propios logros inolvidables a esta trayectoria de luchas heroicas.

Igualmente inspiradora fue la demostración de capacidad de renovación que es inherente a la Causa y que se hizo patente en los campos de refugiados camboyanos situados en la frontera tailandesa. Mediante los esfuerzos heroicos de un puñado de maestros, se establecieron Asambleas Espirituales Locales entre los supervivientes de una campaña de genocidio que anonada la capacidad humana de imaginación, una población que perdió a infinidad de seres amados así como todo lo que poseían para su seguridad material, pero en la que todavía ardía ese anhelo del alma humana por la verdad espiritual. Un logro extraordinario de índole semejante fue el de la comunidad bahá'í de Liberia. Desahuciados de sus hogares y llevados al exilio en países vecinos, muchos de estos intrépidos creyentes portaron consigo su vida comunitaria completa: erigieron Asambleas Espirituales Locales, continuaron sus labores de enseñanza, prosiguieron la educación de sus hijos, aprovecharon su tiempo para aprender nuevas destrezas, y encontraron en la música, la danza y el teatro poderes del espíritu que les ayudaban a mantener viva la esperanza del regreso al país de origen.

A medida que cobraba forma el proceso de educación en los métodos de enseñanza de masas, la composición de la comunidad mundial bahá'í acusaba una transformación paralela. En 1992, el mundo bahá'í celebró su segundo Año Santo, en este caso para conmemorar el centenario de la ascensión de Bahá'u'lláh y la promulgación de Su Alianza. Más elocuentemente de lo que hubieran sido las palabras, la diversidad étnica, cultural y nacional de los 27.000 creyentes que se reunieron en el Javits Convention Center de Nueva York, junto con los miles presentes en nueve conferencias auxiliares celebradas en Bucarest, Buenos Aires, Moscú, Nairobi, Nueva Delhi, Panamá, Singapur, Sidney y Samoa Occidental, testimoniaban palmariamente los frutos cosechados por todo el mundo gracias a las labores de enseñanza bahá'í. En este sentido, se produjo un momento especialmente emotivo cuando durante la

conexión vía satélite entre las conferencias con la que se celebraba en Nueva York le tocó el turno a la de Moscú, momento en que los bahá'ís de todo el mundo acogieron con estremecimiento los saludos dirigidos en ruso, el idioma común de 280 millones de personas de al menos quince países, saludos que proclamaban una nueva fase en la respuesta de la humanidad a Bahá'u'lláh.

En las conferencias de Moscú y Bucarest podía percibirse el renacimiento de las comunidades bahá'ís que casi se habían extinguido bajo la opresión del régimen soviético y de sus colaboradores. Una de las tres Manos de la Causa supervivientes, 'Alí-Akbar Furútán, quien había vivido en Rusia, tuvo la gran alegría de regresar a Moscú, a la edad de 86 años, para asistir a la elección inaugural de la Asamblea Espiritual Nacional de aquel país. Surgieron Asambleas Espirituales Locales en casi todas los países de reciente apertura y se eligieron seis nuevas Asambleas Espirituales Nacionales. En un breve período, las actividades de pioneraje y enseñanza emprendidas en los países que conforman el cinturón meridional del antiguo imperio soviético - donde la Fe había estado igualmente proscrita- pronto dio lugar a la existencia de nuevas Asambleas Locales y de ocho Asambleas Espirituales Nacionales. Las publicaciones bahá'ís se tradujeron a una gama de nuevos idiomas, se dieron pasos decididos para asegurar el reconocimiento civil de las instituciones bahá'ís, y los representantes de la Europa del Este y de los países del bloque soviético ahora desaparecido comenzaron a participar junto con sus correligionarios en los asuntos externos de la Fe en el terreno internacional.

Asimismo, de forma gradual, el mensaje de la Fe comenzó a ser acogido en numerosas partes de China y entre las poblaciones chinas en el extranjero. Se tradujeron obras bahá'ís al mandarín, numerosas universidades de buen número de ciudades chinas extendieron invitaciones a estudiosos bahá'ís, se estableció un Centro de Estudios Bahá'ís en el prestigioso Instituto de las Religiones Mundiales en Pekín, [124] integrado a su vez en la Academia de Ciencias Sociales, y son numerosos los dignatarios chinos que han expresado generosamente su aprecio por los principios que descubren en los Escritos. A la luz de las alabanzas del Maestro hacia la civilización china y su papel en la humanidad del futuro, cabe concebir cuán significativa ha de ser la aportación creativa que los creyentes de este origen han de realizar a la vida intelectual y moral de la Causa en los años venideros. [125]

El significado de estos tres decenios de lucha, aprendizaje y sacrificio se hizo patente cuando llegó el momento de idear un Plan global para capitalizar

las percepciones obtenidas y los recursos ya desarrollados. La comunidad bahá'í que emprendió el Plan de Cuatro Años en 1996 era muy diferente del entusiasta, pero nuevo y todavía inexperto conjunto de creyentes que, en 1964, se había aventurado a lanzar la primera de las empresas en que la mano guiadora de Shoghi Effendi estaba ausente. Ya en 1996, era posible observar todas las diferentes facetas de la empresa como partes integrales de un conjunto coherente.

Con esta educación también había llegado una necesaria puesta en perspectiva de lo logrado. La expansión de la Causa a lo largo de los treinta años anteriores reflejaba la respuesta de varios millones de seres humanos, a tal punto afectados por su encuentro con el mensaje de Bahá'u'lláh que se habían visto movidos a identificarse en varios grados con la Causa de Dios. Eran conscientes de que había aparecido un nuevo Mensaje de la Divinidad, habían captado algo del espíritu de fe y se habían visto hondamente afectados por la enseñanza bahá'í de la unidad de la humanidad. Una pequeña minoría de entre éstos llegaron incluso más allá. En su mayor parte, sin embargo, estos amigos fueron esencialmente receptores de programas de enseñanza dirigidos por los maestros y pioneros de otros países. Uno de los grandes potenciales que encierran las masas de la humanidad de donde proceden los creyentes recientemente alistados reside en su apertura de corazón, algo capaz de generar una transformación social duradera. La mayor traba de que adolecen estas mismas poblaciones ha sido la de la pasividad aprendida a lo largo de generaciones de exposición a influencias externas que, por grande que sea su acompañamiento de ventajas materiales, se han guiado por fines que muy a menudo sólo guardaban relación tangencial -si es que tenía relación alguna- con las realidades de las necesidades y vida diarias de los pueblos indígenas.

El Plan de Cuatro Años, todo un avance frente a los precedentes, estaba destinado a aprovechar estas oportunidades y percepciones disponibles. La meta de avanzar en el proceso de entrada en tropas se convirtió en el objetivo central de la empresa. Las lecciones previamente aprendidas de otros Planes hacían hincapié ahora en el desarrollo de las capacidades de los creyentes -estén donde estén- de modo que pudieran alzarse confiadamente como protagonistas de la Misión de la Fe. El instrumento para el logro de este objetivo había sido sometido a refinamiento continuo durante los Planes anteriores y había demostrado su eficacia.

Al igual que con la mayoría de los demás métodos y actividades mediante los cuales avanzaba la Fe, este instrumento había sido concebido decenios antes por el Maestro, Quien en las Tablas del Plan Divino hacía un llamamiento a los creyentes consolidados a "reunir a los jóvenes del amor de Dios en las escuelas de instrucción y enseñarles todas las pruebas divinas y argumentos irrefutables, explicar y elucidar la historia de la Causa, e interpretar asimismo las profecías y pruebas que se consignan y constan en los libros divinos y epístolas relativas a la manifestación del Prometido (...)" [126] *Las labores de pioneraje y formación de este tenor las había emprendido ya en Irán, durante los primeros años del siglo, el muy amado Sadru'l?-Qudúr.* [127] *Con el paso de los años, las escuelas de invierno y verano se multiplicaron, y los Planes sucesivos animaron a experimentar en el desarrollo de los institutos bahá'ís.*

Con diferencia, el avance más significativo en este sentido se produjo a lo largo de un dilatado período de más de veinte años cuyos comienzos tuvieron lugar en Colombia, país en donde se acometió un programa sistemático y regular de educación en los Escritos, adoptado en seguida por los países vecinos. Paralelamente, la comunidad colombiana emprendió varios proyectos en el campo del desarrollo social y económico. Los avances registrados fueron tanto más impresionantes por cuanto se consiguieron con el telón de fondo de la descomposición social producida por la violencia y desorden públicos.

El logro colombiano constituyó un modelo y una fuente de gran inspiración para las comunidades bahá'ís del planeta entero. Al término del Plan de Cuatro Años, más de 100.000 creyentes estaban participando en los programas de más de 300 institutos de formación permanente de todo el mundo. Para cumplir esta meta, la mayoría de los institutos regionales habían llevado el proceso una etapa por delante con la creación de redes de "círculos de estudio" que aprovechan las aptitudes de los creyentes para replicar los trabajos del instituto en el ámbito local. Es ya evidente que el éxito logrado en las labores de instituto ha reforzado significativamente el proceso de largo plazo que permitirá que el sistema universal bahá'í de educación cobre cuerpo y forma. [128]

Aunque los empeños de estos decenios fueron relativamente modestos -al menos si se comparan con el patrón legado por la Edad Heroica-, han de proporcionar a la presente generación de bahá'ís la perspectiva en donde aquilatar la descripción que Shoghi Effendi nos ofrece de la naturaleza cíclica

de la historia de la Fe: "Una serie de crisis internas y externas, de severidad variable, devastadoras en sus efectos inmediatos, si bien cada una presta a liberar misteriosamente una medida conmensurable del poder divino, las cuales imprime de este modo un impulso renovado a su despliegue". [129] Estas palabras ponen en perspectiva la sucesión de esfuerzos, experimentos, desgarros y victorias que caracterizaron el comienzo de las labores de enseñanza a escala masiva, y que prepararon a la comunidad bahá'í para los desafíos aún mayores que la aguardan.

A lo largo de la historia, la humanidad en su conjunto, ha sido, en el mejor de los casos, espectadora del avance de la civilización. Su papel ha sido el de servir a los designios de cualquier elite que de modo temporal haya asumido las riendas de los procesos. Incluso las sucesivas Revelaciones de la Divinidad, pese a que su meta se cifraba en la liberación del espíritu humano, con el tiempo quedaron cautivas del "yo insistente", congeladas en dogmas de fabricación humana, rituales, privilegios clericales y rencillas sectarias, que terminaron por truncar su propósito último.

Bahá'u'lláh ha venido para liberar a la humanidad de esta larga esclavitud, y los últimos decenios del siglo XX los ha dedicado la comunidad de Sus seguidores a experimentar creativamente con los medios que han de permitir la realización de Sus objetivos. La prosecución del Plan Divino entraña nada menos que la participación de todo el conjunto de la humanidad en su propio desarrollo espiritual, social e intelectual. Las pruebas afrontadas por la comunidad bahá'í en los decenios transcurridos desde 1963 han sido las necesarias para refinar el esfuerzo y purificar la motivación de modo que sus participantes se hagan dignos de tan gran encomienda. Tales ensayos son prueba fehaciente del proceso de maduración que con tanta confianza describió 'Abdu'l-Bahá:

> *Algunos movimientos aparecen, se manifiestan durante un breve período de actividad, luego dejan de ser. Otros hacen gala de una mayor medida de crecimiento y fortaleza, pero antes de madurar su desarrollo, se debilitan, desintegran y quedan relegados al olvido (...) hay otra clase de movimiento o causa que desde inicios modestísimos e inadvertidos hacen avances seguros y graduales, se ensanchan y amplían hasta que adoptan proporciones universales. El Movimiento bahá'í es de esta naturaleza. [130]*

X

La misión de Bahá'u'lláh no se limita a la construcción de la comunidad bahá'í. La Revelación de Dios llega para la humanidad entera, y acabará por granjearse el apoyo de las instituciones de la sociedad al punto de que éstas encuentren en su ejemplo el aliento y la inspiración necesarios para sentar los cimientos de una sociedad justa. Para apreciar la importancia de esta preocupación paralela, no hace falta más que recordar el tiempo y cuidado que Bahá'u'lláh dedicó en persona al cultivo de las relaciones con los funcionarios del Gobierno, figuras del pensamiento, personalidades destacadas de varios grupos minoritarios y representantes diplomáticos de los gobiernos extranjeros acreditados ante el Imperio Otomano. El efecto espiritual de estos esfuerzos queda de manifiesto en los homenajes tributados a Su carácter y principios incluso por enemigos destacados tales como 'Álí Páshá o el Embajador persa en Constantinopla, Mírzá Husayn Khán. El primero, pese a ser quien condenó a su Prisionero al destierro en la colonia penal de 'Akká, no obstante se sintió impulsado a describirle como "un hombre de gran distinción, conducta ejemplar, gran moderación y figura sumamente digna", cuyas enseñanzas eran, en opinión del ministro, "dignas de alta estima". [131] El segundo (la misma persona cuyas maquinaciones fueron las principales inductoras de haber envenenado la mente de 'Álí Páshá y sus colegas) admitió, años después, el gran contraste entre la talla moral e intelectual de su Enemigo y el daño causado a las relaciones perso-turcas por la reputación de avaricia y falta de honradez que caracterizó a la mayoría de los demás de sus compatriotas residentes en Constantinopla.

Desde un comienzo, 'Abdu'l-Bahá mostró gran interés en generar un nuevo orden internacional. Por ejemplo, es significativo que en Sus primeras referencias públicas en cuanto al propósito de Su visita al país hiciera particular hincapié en la invitación que el comité organizador de la Conferencia de Paz del Lago Mohonk Le había extendido para que Se dirigiese a esta audiencia internacional. Asimismo, fue generoso en los ánimos que infundió a la Organización Central para una Paz Durable de La Haya. Sin embargo, fue totalmente franco en cuanto a los consejos que impartió. Las cartas que la organización del Comité Ejecutivo de La Haya Le había dirigido durante la guerra dieron pie para llamar la atención de los organizadores a las verdades espirituales enunciadas por Bahá'u'lláh, cuyo contenido constituía el único cimiento que tornaría realizables sus propósitos.

> ***¡Oh vosotros, estimados pioneros entre los deseosos del bien de la humanidad! (...) En la actualidad la Paz Universal es un asunto de gran importancia, pero es precisa la unidad de conciencia, de modo que el cimiento de este asunto se vuelva seguro, su establecimiento firme y su edificación sólida (...) Hoy día, nada salvo el poder de la Palabra de Dios que abarca las realidades de las cosas puede atraer los pensamientos, las conciencias, los corazones y los espíritus a la sombra de un solo Árbol. Él es potente en todas las cosas, Él es el vivificador de las almas, el preservador y el controlador del mundo de la humanidad.*** [132]

Aparte de lo dicho, la lista de personas influyentes con las que el Maestro departió durante largas horas tanto en Norteamérica como en Europa -sobre todo, personas que procuraban promover la meta de la paz mundial y el humanitarismo- refleja Su conciencia de la responsabilidad que la Causa tiene con el conjunto de la humanidad. La extraordinaria reacción que suscitó Su fallecimiento acredita que esta misma pauta fue la que Le caracterizó hasta el fin de Su vida.

Shoghi Effendi asumió este legado prácticamente nada más iniciarse su ministerio. Ya en 1925, alentó el interés de una creyente norteamericana a que estableciese un "International Bahá'í Bureau" (Oficina Internacional Bahá'í) encaminándola a Ginebra, sede de la Liga de Naciones. Aunque el Bureau carecía de autoridad administrativa, en palabras del Guardián, debía actuar "como intermediario entre Haifa y otros centros bahá'ís", sirviendo de "centro de distribución" de información en pleno corazón de Europa. Su papel obtuvo reconocimiento formal cuando la editorial de la Liga solicitó y publicó una relación de las actividades del Bureau. [133]

Tal como ha sucedido muchas veces en la historia de la Causa, una crisis inesperada sirvió para adelantar considerablemente la presencia bahá'í en el conjunto de la sociedad en el plano internacional. En 1928, Shoghi Effendi animó a la Asamblea Espiritual de Bagdad a que apelase a la Comisión Permanente de Mandatos de la Sociedad de Naciones contra la ocupación de la Casa de Bahá'u'lláh en aquella ciudad por opositores shí'íes. En marzo de 1929, reconociendo el daño causado, el Consejo de la Sociedad de Naciones instaba unánimemente a la autoridad mandataria británica a que presionase al gobierno iraquí "con vistas a la corrección inmediata de la injusticia sufrida por los peticionarios". Las reiteradas evasivas del gobierno iraquí, incluyendo

la violación del compromiso solemne dado por el Monarca mismo, dio lugar a que el asunto se prolongase durante las sesiones sucesivas habidas durante la Comisión de Mandatos, motivo por el que al final la Casa quedó en manos de sus usurpadores, situación que continúa hasta hoy día sin corregirse. [134] *Impertérrito ante este fracaso, Shoghi Effendi, centrando la atención de la comunidad bahá'í en los beneficios históricos que la campaña había arrojado para la Causa (exactamente tal como había sucedido anteriormente al producirse el rechazo del Tribunal musulmán sunní contra la apelación cursada por una comunidad bahá'í egipcia con relación al matrimonio), señalaba:*

> *Baste decir que, pese a estos interminables retrasos, protestas y evasivas (...) la publicidad lograda por la Fe gracias a este memorable litigio, y a la defensa de su causa -la causa de la verdad y la justicia- por parte del más alto tribunal del mundo, han sido tales que ha dejado maravillados a sus amigos y llenado de consternación a sus enemigos.* [135]

El nacimiento de Naciones Unidas puso a disposición de la Fe un foro mucho más amplio y efectivo donde desplegar su influencia espiritual en la vida de la sociedad. Ya en la temprana fecha de 1947, un "Comité de Palestina", especialmente designado por Naciones Unidas, recabó los puntos de vista del Guardián sobre el futuro del territorio mandatario: la respuesta a la indagación le valió la oportunidad de presentar una exposición autoritativa de la historia y enseñanzas de la propia Causa. Ese mismo año, en respuesta al aliento de Shoghi Effendi, la Asamblea Espiritual Nacional de Estados Unidos y Canadá presentó ante la organización internacional el documento titulado "Declaración Bahá'í sobre Obligaciones y Derechos Humanos", que habría de inspirar la labor de los escritores y portavoces bahá'ís en las décadas siguientes. [136] *Un año después las ocho Asambleas Espirituales Nacionales que existían entonces consiguieron que el órgano correspondiente de Naciones Unidas extendiera su acreditación a la "Comunidad Internacional Bahá'í" en calidad de organización internacional no gubernamental.*

No fue sólo la relación lentamente entablada entre la Fe y el nuevo orden internacional lo que contó con el apoyo del Guardián. Las páginas de Dios Pasa y las memorias de Amatu'l-Bahá sobre el Guardián están repletas de referencias a las respuestas dadas por personas y organizaciones influyentes ante las iniciativas que adoptó Shoghi Effendi y ante los eventos mundiales en

los que los representantes bahá'ís fueron invitados a participar. En la perspectiva de la historia, no cabe sino sorprenderse de la gran disparidad entre muchas de estas ocasiones relativamente menores y la atención que les prestó el Guardián, una figura que no sólo realizó trabajos que habían de revestir enorme importancia para el futuro de la humanidad, sino que además entendía plenamente el significado relativo de los acontecimientos que ocurrían a su alrededor. Gracias a esta trayectoria la comunidad bahá'í cuenta hoy día con un norte que le orienta sobre la forma de aprovechar las crecientes oportunidades surgidas a partir de unos comienzos modestos.

Desde el momento de su acreditación, la Comunidad Internacional Bahá'í comenzó a desempeñar un intenso papel en los asuntos de Naciones Unidas. Una de las actividades que le valió gran aprecio fue el programa llevado a cabo, a través de la red creciente de Asambleas bahá'ís, consistente en facilitar al público información sobre Naciones Unidas misma, programa que prestó generoso apoyo a las incipientes asociaciones de Naciones Unidas de todo el mundo. En 1970, la Comunidad logró el estatus consultivo ante el Consejo Económico y Social de Naciones Unidas (ECOSOC). Siguió a ello, en 1974, la concesión de la asociación formal con el Programa de Naciones Unidas para el Medio Ambiente (UNEP) y en 1976 la concesión del estatus consultivo ante el Fondo de Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF). La influencia y conocimiento experto desarrollados durante estos años se puso en evidencia cuando en 1955 y 1962, la Comunidad consiguió la intervención de Naciones Unidas en nombre de los creyentes que sufrían persecución en Irán y Marruecos respectivamente.

*

En 1980, las pacientes gestiones realizadas en el ámbito de los asuntos externos por las Asambleas Espirituales Nacionales y la Oficina de Naciones Unidas de la Comunidad se vieron catapultadas de improviso a una nueva etapa de su desarrollo. El detonante: las tentativas realizadas por el clero shí'í de Irán a fin de erradicar la Causa de la tierra de su nacimiento. Las consecuencias resultaron igualmente tan imprevisibles para sus perseguidores como lo fueran para sus defensores.

Durante generaciones los creyentes residentes en la cuna de la Fe habían sufrido persecuciones religiosas intermitentes, instigadas y dirigidas por los mullás, quienes actuaban de consuno con la sucesión de monarcas del

país. Estos últimos, manifiestamente absolutos en su autoridad, se vieron de hecho constreñidos por intrigas políticas que los hacían vulnerables a las presiones exteriores, particularmente las ejercidas por los gobiernos occidentales. Así fue como la indignación de las misiones diplomáticas rusa, británica y de otros países forzaron a que Násiri'd'-Dín Sháh, bien que contra su voluntad, pusiera fin a la orgía de violencia que había cobrado la vida de tantos creyentes en los primeros años de la década de 1850 y que incluso amenazaba la vida del propio Bahá'u'lláh. Durante el siglo XX, los sucesivos soberanos Qájáres se vieron igualmente impelidos a apaciguar la opinión de los gobiernos extranjeros. La pauta se repitió en 1955 cuando el segundo de los sháhs Pahlevíes, quien se había visto inducido por los mullás a consentir una oleada de violencia anti-bahá'í, hubo de interrumpir abruptamente la campaña ante las protestas de Naciones Unidas y las objeciones expresadas por el gobierno norteamericano, ambas intervenciones precursoras de las que luego habrían de seguir.

Con la revolución islámica de 1979 daba la impresión de que ya no habría freno alguno que sujetase la mano del clero. De improviso, los propios mullás se encontraban instalados en el poder; nombraron a sus propios designados para los puestos más destacados de la nueva República, y, luego, incluso ocuparon esos puestos de forma directa. Se establecieron "Tribunales Revolucionarios", supeditados tan sólo a las más altas jerarquías eclesiásticas. Un ejército de "guardas revolucionarios", mucho más efectivo que la policía secreta de los sháhs, y tan brutal como aquélla, se adueñó de todos los ámbitos de la vida pública.

Mientras la atención de la nueva casta gobernante se centraba sobre todo en las supuestas amenazas procedentes de gobiernos extranjeros, algunos elementos influyentes de su seno vieron entonces la oportunidad de destruir al fin a la comunidad bahá'í iraní. [137] No es necesario describir en estas páginas los desgarradores detalles de la campaña que se desató. Su trascendencia radica, no obstante, en la respuesta que a esos ataques dieron los miles de creyentes bahá'ís -hombres, mujeres y niños- de todo el país. Su negativa a transigir en cuestiones de fe, incluso si en ello les iba la vida, inspiró en sus correligionarios de todo el mundo una dedicación mayor hacia la Causa en aras de la cual se realizaban tamaños sacrificios. Con todo, no sólo fueron los miembros de la Fe quienes quedaron consternados por aquellos acontecimientos. Noventa años antes, en 1889, un distinguido comentarista occidental, explayándose a propósito del heroísmo de los heraldos de la Fe,

había escrito proféticamente acerca de los sufrimientos de los primeros creyentes:

> *Son la vida y muerte de éstos, su esperanza a prueba de desesperación, su amor que no conoce mengua, su constancia que no admite vacilación, lo que imprime a este maravilloso movimiento un sello exclusivamente propio (...) No es cosa menuda ni baladí el soportar la suerte que les ha sido deparada, y a buen seguro eso mismo por lo que creyeron que valía la pena sacrificar la vida es digno de entender. Nada digo de la poderosa influencia que, según creo, la fe bábí [sic] habrá de ejercer en el futuro, ni de la nueva vida que quizás insufle en un pueblo moribundo; pues, ya sea que triunfe o fracase, el espléndido heroísmo de los mártires bábíes constituye algo eterno e indestructible (...) Lo que no puedo confiar en haberles trasmitido es la tremenda entrega de estos hombres y la influencia indescriptible que esa entrega, junto con otras cualidades, ejerce en cualquiera que haya entrado en contacto con ellos.* [138]

Estas palabras prefiguran los sentimientos expresados por los observadores no bahá'ís durante los años de actividad revolucionaria islámica; y ésta iba a ser una de las fuerzas más poderosas que impulsara el surgimiento de la Causa desde la oscuridad. Las palabras de entonces resumían y remitían al carácter esencialmente espiritual de lo que siempre ha estado en juego en la cuna de la Fe. Más allá de la repulsa ante la brutalidad sin sentido de la persecución, una porción cada vez mayor de la opinión extranjera se ha visto profundamente conmovida por la respuesta de los bahá'ís iraníes.

El siglo XX, por desgracia, se ha visto abrumado por el sufrimiento de incontables víctimas de la opresión. Lo que ha singularizado la situación bahá'í ha sido la actitud adoptada por quienes han tenido que padecer ese sufrimiento. Los creyentes iraníes rechazaron aceptar el tan conocido papel de víctimas. Al igual que antes sucediera con los Fundadores de la Fe, hubieron de marcar moralmente los términos en que se plantearía el dilema entre ellos y sus adversarios. Y fueron ellos, no los tribunales o los guardas revolucionarios, quienes sentaron las condiciones del encuentro. Tan extraordinario logro no sólo ha tocado el corazón sino también la conciencia de los observadores externos. La comunidad perseguida no atacó a sus opresores, ni pretendió obtener réditos políticos de la crisis. Del mismo modo, tampoco sus defensores bahá'ís de otros países hicieron llamamientos para acabar con la constitución iraní, ni mucho menos pedían venganza. Todo lo que exigían era únicamente

justicia: el reconocimiento de los derechos garantizados por la Declaración Universal de Derechos Humanos, respaldados por la comunidad de naciones, ratificados por el gobierno iraní, y muchos de ellos incorporados incluso en apartados de la constitución islámica.

La crisis impulsó al mundo bahá'í a gestas extraordinarias. Asambleas Espirituales Nacionales con poca o ninguna experiencia en el trato con los funcionarios de los gobiernos de sus respectivos países se vieron instadas a solicitar el apoyo de sus gobiernos para la adopción de resoluciones en los diferentes niveles del sistema internacional de derechos humanos. Y lo hicieron con resultados destacadísimos. Un año tras otro, durante veinte años ininterrumpidos, la situación de los bahá'ís iraníes siguió su curso a través del sistema internacional de derechos humanos, concitando el apoyo, expresado en resoluciones sucesivas, gracias al cual ha podido asegurarse que las misiones de los relatores nombrados por la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas presten atención a las protestas bahá'ís. Además, todas estas victorias han podido consolidarse mediante las decisiones del Tercer Comité de la Asamblea General de Naciones Unidas. Todo intento por parte del régimen iraní de eludir la condena internacional motivada por el trato dispensado a los ciudadanos bahá'ís fracasaba en su intento de mermar el apoyo que la cuestión bahá'í conseguía atraer entre una mayoría persistente de naciones simpatizantes representadas en la Comisión. El logro ha sido tanto más señalado por cuanto la composición de la Comisión está sujeta a cambios constantes y a un orden del día exigente, el cual incluye abusos de derechos humanos en otros países que afectan a millones de víctimas.

Al mismo tiempo que se ejercían presiones directas sobre el gobierno iraní, la persecución lograba atraer un volumen de publicidad sin precedentes en los medios de difusión de todo el mundo, periódicos, revistas, radio y televisión. Periódicos como The New York Times, Le Monde y el Frankfurter Allgemeine Zeitung, cada uno de los cuales cuentan con amplia distribución internacional, dieron amplia cobertura a los hechos, en tanto que las redes de televisión de Australia, Canadá, Estados Unidos y algunos países europeos elaboraron reportajes en profundidad sobre la persecución. Los abusos fueron objeto de denuncias, a menudo vertidas en contundentes comentarios editoriales. Aparte del apoyo extendido por esta vía a los esfuerzos destinados a asegurar una intervención efectiva en la Comisión de Derechos Humanos, tal publicidad ha tenido el efecto de presentar, generalmente por primera vez ante audiencias de decenas de millones de personas, una información precisa y

favorable sobre las enseñanzas y creencias bahá'ís. Tanto la publicidad como la campaña desplegada a través del sistema de Naciones Unidas ha proporcionado a los influyentes funcionarios de todo el mundo una oportunidad continuada de juzgar por ellos mismos las enseñanzas de la Causa y el talante de la comunidad bahá'í.

Un problema derivado de la persecución es el que se refiere a la situación de los miles de bahá'ís iraníes que se encontraron repentinamente sin pasaportes válidos en los países en que servían como pioneros, o bien se vieron forzados a huir de Irán al convertirse ellos y sus familias en blanco del progromo. En 1983 se establecía una Oficina Internacional de Refugiados Bahá'ís [139], con sede en Canadá, país cuyo Gobierno se había demostrado particularmente comprensivo ante las representaciones elevadas por la Asamblea Espiritual Nacional de Canadá. En unos pocos años, con la ayuda del Alto Comisionado de Naciones Unidas para los Refugiados, otros países abrieron igualmente sus puertas a más de 10.000 bahá'ís iraníes, muchos de los cuales cumplieron metas de pioneraje en sus nuevos lugares de residencia.

*

No sólo la comunidad bahá'í, sino también el sistema de derechos humanos de Naciones Unidas se benefició de esta prolongado empeño. Inicialmente, tras la revolución islámica, la comunidad de creyentes de Irán había hecho frente a lo que constituía una amenaza para su propia supervivencia. Con el tiempo, la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas, por más lenta y relativamente tardía en sus operaciones que pueda parecer a algunos observadores externos, logró forzar al régimen iraní a que moderase las facetas peores de la persecución. De este modo, la "cuestión de los bahá'ís de Irán" supuso una victoria igualmente significativa para la Comisión y para la Fe bahá'í. Sirvió de prueba rotunda del poder de que es capaz la comunidad de naciones, al valerse de los mecanismos creados al efecto, para atajar pautas de opresión que han empañado las páginas de siglos y milenios de historia.

Esta circunstancia pone de relieve la trascendencia de las actividades de la Fe para la vida misma de la sociedad en la que dichos esfuerzos vienen a consumarse. Junto con la paz mundial, la necesidad de que la comunidad internacional adopte pasos efectivos para plasmar los ideales de la Declaración Universal de Derechos Humanos y sus convenios relacionados constituyen, en

la presente hora de su historia, un desafío urgente para toda la humanidad. Son pocos los lugares del mundo en donde las poblaciones minoritarias, por causa de prejuicios religiosos, étnicos o nacionales, no vean cómo se les deniega la satisfacción de algunas de las necesidades humanas más perentorias. Ningún segmento de población del planeta comprende mejor esto que la propia comunidad bahá'í. Ha soportado -y continúa soportando en algunas tierras- ultrajes para los que no existe ningún tipo de justificación concebible, sea legal o moral; ha ofrendado sus mártires y derramado sus lágrimas, al tiempo que permanece fiel a su convicción de que el odio y la revancha son corrosivos para el alma; y ha aprendido, como pocas comunidades lo han podido hacer, a valerse del sistema de derechos humanos de Naciones Unidas según lo previeron los creadores del sistema, sin entrar en política partidista de ningún tipo, y mucho menos servirse de la violencia. Basándose en esta experiencia, hoy día se ha embarcado en un programa destinado a alentar a los gobiernos de una veintena de países a instituir programas de educación pública sobre el tema de los derechos humanos, proporcionando para ello toda la ayuda práctica a su alcance. [140] *Participa por todo el mundo en la promoción activa de los derechos de la mujer, de los niños y de las niñas. Y lo que es más importante, proporciona un ejemplo vivo de hermandad, un ejemplo que inspira valor y esperanza en incontables personas ajenas a sus filas.*

*

Conforme iba desencadenándose la crisis iraní, una iniciativa adoptada por la Casa Universal de Justicia supuso un repentino revulsivo para las labores de asuntos externos de la comunidad bahá'í, las cuales habrían de alcanzar cotas inéditas. En 1985, se distribuía a través de las Asambleas Espirituales Nacionales la declaración La Promesa de la Paz Mundial, cuyo destinatario era el conjunto de la humanidad. Sin alardes ni remilgos, la Casa Universal de Justicia expresaba la confianza bahá'í en el advenimiento de la paz internacional como siguiente etapa de la evolución de la sociedad. Asimismo, sentaba varios de los elementos que han de dar forma a este hecho tan esperado, muchos de ellos expresados en términos que superan el marco político en que suele debatirse la cuestión. La declaración concluía:

> *La experiencia de la comunidad bahá'í admite verse como un ejemplo de esta unidad creciente [de la humanidad] y (...) si la experiencia bahá'í puede contribuir en cualquier medida a fortalecer la*

esperanza en la unidad de humanidad, nos sentimos felices de ofrecerla como modelo para su estudio.

Si bien el propósito inmediato del documento era proporcionar a las instituciones y creyentes bahá'ís una línea coherente de argumentación en su trato con las autoridades, organizaciones de la sociedad civil, medios de comunicación y personalidades influyentes, un efecto colateral fue el de poner en marcha una educación intensiva y continuada de la comunidad bahá'í misma en varias enseñanzas bahá'ís de importancia. La influencia de las ideas y perspectivas del documento se hizo pronto sentir en las convenciones, publicaciones, escuelas de verano e invierno, y en el discurso general de los creyentes bahá'ís de todo el mundo.

En numerosos sentidos, la Promesa de la Paz Mundial puede decirse que marcó el temario y la pauta de lo que a partir de 1985 iba a ser la relación bahá'í con Naciones Unidas y sus organizaciones complementarias. En muy pocos años, sobre la base de la reputación lograda, la Comunidad Internacional Bahá'í se convirtió en una de las organizaciones no gubernamentales más influyentes. Como organización enteramente no partidista que es -y como así se la reconoce-, ha logrado cada vez más acreditarse como voz mediadora en las complejas y a menudo agobiantes discusiones en círculos internacionales donde se abordan temas fundamentales que afectan al progreso social. Dicha reputación se ha robustecido al comprobarse que la Comunidad se abstiene, por principio, de derivar esa confianza a favor de sus propios fines. Ya en 1968, un representante bahá'í fue elegido miembro del Comité Ejecutivo de Organizaciones no Gubernamentales, y luego pasó a ocupar el puesto de presidente y vicepresidente. Desde entonces, los representantes de la Comunidad recibieron cada vez más peticiones de actuar como convocantes o presidentes de un amplio número de organismos: comités, comités especiales, grupos de trabajo y juntas asesoras. Durante los pasados cuatro años, el Representante Principal de la Comunidad ha servido como secretario ejecutivo de la Conferencia de Organizaciones No Gubernamentales, el órgano central que coordina a los grupos no gubernamentales afiliados a Naciones Unidas.

La estructura de la Comunidad Internacional Bahá'í refleja los principios rectores de su trabajo. Ha conseguido que no se la etiquete como a un grupo más de presión con intereses especiales. Al tiempo que ha hecho pleno uso del conocimiento experto y de los recursos ejecutivos de su Oficina

de Naciones Unidas y de su Oficina de Información Pública, la Comunidad ha logrado que las demás organizaciones no gubernamentales la reconozcan como una "asociación" de "consejos" nacionales democráticamente elegidos, reflejo representativo en sí mismo de toda la humanidad. Por lo general, las delegaciones bahá'ís presentes en acontecimientos internacionales suelen incluir miembros designados de varias Asambleas Espirituales Nacionales con experiencia en los temas abordados que puedan aportar perspectivas regionales.

La participación de la Fe en la vida de la sociedad -en la que el principio motivador y el método de operaciones representan dos dimensiones de un enfoque integrado- demostró su potencial en la serie de cumbres mundiales y conferencias relacionadas organizadas por Naciones Unidas que se celebraron entre 1990 y 1996. En ese período de casi seis años, los dirigentes políticos del mundo se reunieron repetidamente a invitación del Secretario General de Naciones Unidas para deliberar sobre los principales desafíos que afrontaba la humanidad al cierre del siglo. Ningún bahá'í que repase los temas de estas citas históricas dejará de constatar con asombro hasta qué punto el temario es un reflejo de las principales enseñanzas de Bahá'u'lláh. Visto desde la perspectiva bahá'í, parece más que una mera coincidencia el que el centenario de Su ascensión ocurriese a mitad de este camino, dotando así a las reuniones de un significado espiritual muy superior a las metas declaradas.

Destacan entre estas reuniones la Conferencia Mundial de Tailandia sobre Educación para Todos (1990), la Cumbre Mundial de Nueva York sobre la Infancia (1990), la Conferencia de Naciones Unidas sobre el Medio Ambiente celebrada en Río de Janeiro (1992), la angustiosa y caótica Conferencia Mundial de Derechos Humanos celebrada en Viena (1993), la Conferencia Internacional sobre Población celebrada en El Cairo (1994), la Cumbre Mundial de Copenhague sobre Desarrollo Social (1995), y la particularmente vibrante Cuarta Conferencia Mundial de Mujeres celebrada en Pekín (1995) [141], cuyos hitos han jalonado el discurso global que ha ido articulándose en torno a los problemas que afligen a los pueblos del mundo. En las conferencias paralelas que celebraban las organizaciones no gubernamentales, las delegaciones bahá'ís, compuestas de miembros de un amplio conjunto de países, tuvieron oportunidad de plantear diversos temas desde una perspectiva espiritual además de social. La prueba de la confianza de que disfruta la Comunidad entre los cientos de organizaciones no gubernamentales compañeras la proporciona el hecho de que las delegaciones

bahá'ís fueron repetidamente seleccionadas por sus homólogas para quedar incluidas entre el puñado de grupos miembro al que se concede la apreciada oportunidad de dirigirse a las conferencias desde la tribuna (en vez de quedar limitadas a distribuir ejemplares impresos de sus intervenciones).

*

En las postrimerías del siglo, fueron numerosas las Asambleas Espirituales Nacionales que cosecharon en el campo de los asuntos externos impresionantes victorias con sello propio. Dos señeros botones de muestra dan idea de su carácter y trascendencia. Primero, la victoria alcanzada por la Asamblea Espiritual Nacional de Alemania, en donde la naturaleza de las instituciones electas bahá'ís había sido puesta en tela de juicio por las autoridades locales, quienes aducían la incompatibilidad técnica de éstas con las exigencias del derecho civil alemán. Al fallar a favor de la apelación de la Asamblea Espiritual Local de los bahá'ís de Tubinga contra dicha normativa, el Tribunal Constitucional de Alemania concluía que el Orden Administrativo Bahá'í constituye un rasgo integral de la Fe y que en cuanto tal es inseparable de las creencias bahá'ís. El Tribunal Constitucional justificaba su competencia en el caso atendiendo a que la Fe bahá'í misma es una religión, aspecto éste de gran trascendencia en el contexto de una sociedad en la que sus oponentes eclesiásticos han tratado de tergiversar la Causa tachándola de "culto" o "secta". El lenguaje concluyente de la sentencia merece cita aparte:

> *(...) el carácter de la Fe bahá'í en tanto religión y el de la Comunidad bahá'í en tanto comunidad religiosa se evidencian en la vida diaria, en la tradición cultural y en el entender del público en general, así como en el de la ciencia de las religiones comparadas.* [142]

Correspondió a la comunidad bahá'í de Brasil el logro de una victoria en el campo de asuntos externos que hasta la fecha carece de paralelo en la historia bahá'í. El 28 de mayo de 1992, la Cámara de Diputados, cuerpo legislativo supremo del país, celebraba una sesión especial para rendir homenaje a Bahá'u'lláh con motivo del centenario de Su ascensión. El ponente leyó un mensaje de la Casa Universal de Justicia, en tanto que los representantes de todos los partidos se levantaron, uno tras otro, para dar testimonio de su reconocimiento de la aportación que la Fe y su Fundador han realizado para la mejora de la humanidad. La conmovedora alocución por parte de uno de los destacados diputados describía las enseñanzas bahá'ís

como "la obra religiosa más colosal jamás escrita por la pluma de un solo Hombre". [143]

Tales apreciaciones sobre la naturaleza de la Causa y las labores que la animan, puesto que proceden de las máximas expresiones del poder judicial y legislativo, respectivamente, de dos de las principales naciones del mundo, constituyen victorias del espíritu tan importantes a su modo y manera como las logradas en las lides de la enseñanza. Ayudan a abrir las puertas mediante las cuales la influencia salutífera de Bahá'u'lláh comienza a calar en la vida de la propia sociedad.

XI

La imagen empleada por 'Abdu'l-Bahá para sugerir a Sus oyentes la transformación futura de la sociedad fue la de la luz. La unidad, declaraba, es el poder que ilumina e impulsa todas las facetas del quehacer humano. La nueva edad que se estaba abriendo sería vista en el futuro como "el siglo de la luz", pues en ella se daría reconocimiento universal a la unicidad de la humanidad. Sobre la base de este cimiento comenzará el proceso de construcción de una sociedad global en la que cobren cuerpo los principios de la justicia.

La visión fue enunciada por el Maestro en varias Tablas y alocuciones. Su expresión más plena se materializó en la Tabla dirigida por 'Abdu'l-Bahá a Jane Elizabeth Whyte, esposa del anterior Moderador del la Iglesia Libre de Escocia. La Sra. Whyte era una simpatizante fervorosa de las enseñanzas bahá'ís, había visitado al Maestro en 'Akká y más tarde se encargaría de los preparativos para la acogida especialmente calurosa que Le fue dispensado en Edimburgo. Valiéndose de la metáfora familiar de las "candelas", 'Abdu'l-Bahá escribía a la Sra. Whyte lo que sigue:

> ***¡Honorable Señora! (...) Mira cómo su luz [la de la unidad] alborea sobre el horizonte oscurecido del mundo. La primera candela es la de la unidad en el reino político, cuyos destellos tempranos pueden apreciarse ahora. La segunda candela es la de la unidad de pensamiento en las empresas mundiales, la consumación de la cual habrá de presenciarse antes de mucho. La tercera candela es la de la unidad en la libertad, la cual sin duda habrá de llegar. La cuarta candela es la de la unidad de religión, que constituye la piedra angular del cimiento mismo, y que, mediante el poder de Dios, se revelará en todo su esplendor. La quinta candela es la de la unidad de las naciones: una unidad que sin duda habrá de establecerse en este siglo firmemente, haciendo que todos los pueblos del mundo se consideren ciudadanos de una patria común. La sexta candela es la de la unidad de las razas, que habrá de convertir a todos cuantos habitan la tierra en pueblos y linajes de una sola raza. La séptima candela es la unidad de idioma, esto es, la elección de una lengua universal en que conversarán y serán instruidos todos los pueblos. Todas y cada una de estas cosas habrán de ocurrir***

inevitablemente, por cuanto el poder del Reino de Dios ayudará y concurrirá a su cumplimiento. [144]

Aunque tendrán que pasar decenios, o quizá bastante más, antes de que la visión contenida en este notabilísimo documento llegue a cumplirse plenamente, los rasgos esenciales de lo que prometía son hechos actualmente establecidos por todo el mundo. En varios de los grandes cambios previstos - unidad de la raza y unidad de la religión- la intención de las palabras del Maestro es clara y los procesos implicados están bastante avanzados, pese a que sea grande la resistencia que se les opone desde algunos sectores. En gran medida, también cabe decir lo mismo de la unidad de idioma. La necesidad de ésta se reconoce en todas partes, tal como reflejan las circunstancias que han forzado a Naciones Unidas y a gran parte de la comunidad no gubernamental a adoptar varios "idiomas oficiales". A falta de una decisión por acuerdo internacional, el efecto de avances como Internet, las regulaciones de tráfico aéreo, el desarrollo de vocabularios tecnológicos de toda suerte, y la propia educación universal, ha hecho posible, hasta cierto punto, que el inglés colme este vacío.

"La unidad de pensamiento en empresas mundiales", concepto para el que las aspiraciones más idealistas de comienzos de siglo carecían incluso de puntos de referencia, es asimismo en gran medida una realidad constatable por doquier y visible en los amplios programas de desarrollo social y económico, ayuda humanitaria y preocupación por la protección del medio ambiente del planeta y de sus océanos. En cuanto a "la unidad en el reino político" Shoghi Effendi ha explicado que hace referencia a una unidad que los Estados soberanos habrán de lograr entre sí, y a un proceso de desarrollo que en la presente etapa viene constituido por el establecimiento de Naciones Unidas. La promesa del Maestro de que habrá una "unidad de las naciones", por otra parte, era un toque esperanzado hacia el reconocimiento hoy día extendido entre los pueblos del mundo del hecho de que, por grandes que sean las diferencias que los separen, son habitantes de una sola patria global.

Por supuesto, "la unidad en la libertad" se ha convertido hoy en una aspiración universal de los habitantes de la Tierra. Entre los principales hechos que habían de sustanciarla el Maestro bien pudo haber tenido en mente la espectacular extinción del colonialismo y el surgimiento posterior de la autodeterminación como rasgo dominante de la identidad nacional de fines del siglo XIX.

Cualesquiera que sean las amenazas que todavía penden sobre el futuro de la humanidad, el mundo se ha visto transformado por los acontecimientos del siglo XX. Que los rasgos de este proceso también hayan sido descritos por la Voz que los predijo con tanta confianza debería dar no poco que pensar a las mentes serias de todo el mundo.

*

Los cambios operados en la vida social y moral de la humanidad recibieron un poderoso respaldo en una serie de reuniones internacionales convocadas bajo el patrocinio de Naciones Unidas para significar el final de un "milenio" y el comienzo de otro nuevo. Durante los días 22-26 de mayo de 2000, atendiendo a la invitación del Secretario General de Naciones Unidas, Kofi Annan, se reunieron en Nueva York los representantes de más de un millar de organizaciones no gubernamentales. En la declaración resultante de este encuentro, los portavoces de la sociedad civil expresaban el compromiso de sus organizaciones con el siguiente ideal: "(...) somos una sola familia humana, con toda nuestra diversidad, que vive en una patria común y que comparte un mundo justo, sostenible y pacífico, guiados por los principios universales de la democracia (...)" [145]

Poco después, durante los días 28-31 de agosto de 2000 tuvo lugar una segunda reunión que presenció los debates de dirigentes de las comunidades religiosas del mundo, igualmente en la sede de Naciones Unidas. La Comunidad Internacional Bahá'í estuvo representada por su Secretario General, quien tomó la palabra en una de las sesiones del plenario. Ningún observador dejará de aturdirse ante el llamamiento formalmente pronunciado por los dirigentes religiosos mundiales a que sus comunidades "respeten el derecho a la libertad de religión, procuren la reconciliación y se comprometan a lograr el perdón y curación mutuas (...)" [146]

Estos dos acontecimientos preliminares allanaron el camino para lo que se designó como la Cumbre del Milenio propiamente dicha, celebrada en la Sede de Naciones Unidas del 6 al 8 de septiembre de 2000. Con la presencia de 149 jefes de Estado y gobierno, las consultas procuraron transmitir esperanza y seguridad a las poblaciones de las naciones representadas. La Cumbre adoptó el paso, bien recibido por los demás, de invitar a un portavoz del Foro de las organizaciones no gubernamentales para que transmitiera las preocupaciones

identificadas en aquella reunión preparatoria. Para los bahá'ís resultó tan significativo como gratificante el que la persona a la que se concedió este honor fuese el Representante Principal de la Comunidad Internacional Bahá'í, en su condición de Co-Presidente del Foro. Nada ilustra tan espectacularmente la diferencia entre el mundo de 1900 y el de 2000 como el texto mismo de la Resolución de la Cumbre, firmado por todos los participantes, y remitido por éstos a la Asamblea General de Naciones Unidas:

> *Nos reafirmamos solemnemente, en esta ocasión histórica, en que Naciones Unidas es la casa común indispensable de la familia humana entera, mediante la cual procuraremos realizar nuestras aspiraciones universales en pro de la paz, la cooperación y el desarrollo. Por tanto, nos comprometemos a prestar nuestro apoyo incansable a estos objetivos comunes, y a redoblar nuestra voluntad por lograrlos.* [147]

Al concluir esta secuencia de reuniones históricas, el señor Annan se dirigió a los líderes mundiales reunidos hablándoles en términos sorprendentemente francos, términos que, para muchos bahá'ís, despiertan ecos de la severa admonición de Bahá'u'lláh a los ya desaparecidos reyes y emperadores que precedieron a estos mismos dirigentes: "Son ustedes quienes tienen la capacidad, y de ahí que sea responsabilidad suya alcanzar las metas que han definido. Ustedes son los únicos que pueden decidir si Naciones Unidas acepta el desafío". [148]

*

Pese a la importancia histórica de los encuentros mencionados y no obstante que gran parte de los dirigentes políticos, civiles y religiosos de la humanidad participaron en ellos, la Cumbre del Milenio tuvo escaso eco en la conciencia pública de una mayoría de países. Los medios de difusión prestaron generosa atención a algunos de los acontecimientos; pero para pocos lectores u oyentes pasó inadvertida la expresión de escepticismo que caracterizó el tratamiento editorial del tema o el aire de duda -incluso de cinismo- que rezumaban muchas de las noticias. Esta aguda disparidad entre un acontecimiento que legítimamente podía considerarse que marca un punto de inflexión en la historia humana, por un lado, y la falta de entusiasmo e incluso de interés con que la recibió la población mundial, que supuestamente era su beneficiaria, por otro lado, constituía quizá el rasgo más sorprendente de estos acontecimientos del milenio. Con ello se ponía en evidencia la crisis que

experimenta el mundo al final del siglo, una crisis en la que los procesos tanto de integración como de desintegración que habían cobrado impulso durante los siglos pasados parecen acelerarse a diario.

Las personas ávidas por creer en las visionarias declaraciones de los dirigentes mundiales se ven atenazadas al mismo tiempo por dos fenómenos que socavan esa misma confianza. El primero ya ha sido abordado con detenimiento en estas páginas. El colapso de los cimientos morales de la sociedad ha dejado tambaleante a gran parte de la humanidad y sin puntos de referencia en un mundo cuyas amenazas aumentan impredeciblemente cada día. Sugerir que el proceso casi ha tocado fondo sería tanto como alimentar falsas esperanzas. Cabe constatar que se están haciendo intensos esfuerzos políticos, y que continúan dándose impresionantes avances científicos, o bien que las condiciones económicas mejoran por lo que atañe a una porción de la humanidad; pero todo ello no impide que en tales acontecimientos no se reconozca nada que abone la esperanza de una vida segura para uno mismo, o más importante, para los propios hijos. Ya es generalizada la sensación de desilusión que, tal como había avisado Shoghi Effendi, se contagiaría entre las masas de la humanidad como consecuencia de la corrupción política. Los brotes de desgobierno se han vuelto una pandemia tanto en las zonas urbanas como en las rurales de muchos países. El fracaso de los controles sociales, el esfuerzo por justificar las formas más extremas de conducta aberrante como cuestiones de derechos civiles fundamentales, y la celebración casi universal en las artes y medios de difusión de la degeneración y violencia, éstas y parecidas expresiones de una situación que raya en la anarquía amoral apuntan a un futuro que paraliza toda imaginación. Frente al desolador paisaje que se perfila contra este telón de fondo, la moda intelectual de la época, en su afán por hacer virtud de la hosca necesidad, ha adoptado para sí misma la apelación y misión del "deconstruccionismo".

El segundo fenómeno que mina la fe en el futuro centró algunos de los debates más angustiosos de la Cumbre del Milenio. La revolución de la información puesta en marcha al cierre del último decenio del siglo con la invención de la red mundial de Internet transformó irreversiblemente gran parte de la actividad humana. El proceso de "globalización" que había evolucionado durante un período de varios siglos siguiendo una curva ascendente, se vio catapultado por nuevos poderes que anonadan la imaginación humana. Determinadas fuerzas económicas, desembarazadas de las trabas tradicionales, dieron pie durante los últimos dos lustros del siglo a

un nuevo orden global que afecta al diseño, generación y distribución de la riqueza. El propio conocimiento se ha convertido en un artículo significativamente más valioso incluso que el capital financiero o los recursos materiales. En un brevísimo plazo, las fronteras nacionales, todavía bajo asalto, se han vuelto permeables, con el resultado de que grandes sumas de dinero traspasan sus límites instantáneamente, al ritmo de una orden informática. Se han reconfigurado complejas operaciones de producción de tal modo que integran y aprovechan al máximo las economías disponibles procedentes de las aportaciones de una gama de participantes especializados, todo ello al margen de sus emplazamientos nacionales. Si hubiéramos de rebajar el horizonte a consideraciones puramente materiales, podría afirmarse que la tierra ya ha adoptado en cierta medida el aspecto de "un solo país" y que los habitantes de los diversos países asumen ya la condición de sus "ciudadanos" consumidores.

Pero tampoco se trata de una transformación meramente económica. De forma creciente, la globalización adquiere dimensiones políticas, sociales y culturales. Se hace evidente que los poderes de esa institución que llamamos estado nacional, antes árbitro y protector de los destinos de la humanidad, se han visto drásticamente erosionados. Si bien los gobiernos nacionales continúan desempeñando un papel capital, deben ahora hacerle sitio a otros centros emergentes de poder tales como las corporaciones multinacionales, los organismos de Naciones Unidas, las organizaciones no gubernamentales de todo género, y los gigantescos conglomerados de medios de difusión, cuya colaboración resulta vital para el éxito de la mayoría de los programas dirigidos a lograr fines económicos o sociales de envergadura. Así como la migración del dinero o de las corporaciones topan con escasos obstáculos en las fronteras nacionales, tampoco estos últimos pueden ya ejercer un control efectivo sobre la diseminación del conocimiento. La comunicación por Internet, medio que posee la capacidad de transmitir en segundos el contenido entero de bibliotecas cuya acumulación han requerido siglos de estudio, enriquece enormemente la vida intelectual de quienquiera que lo utilice, al tiempo que proporciona una formación notabilísima en un amplio abanico de campos profesionales. El sistema, tan proféticamente previsto hace sesenta años por Shoghi Effendi, ayuda a crear entre sus usuarios un sentimiento de comunidad compartida que se muestra impaciente con las distancias geográficas o culturales.

Los beneficios que ello conlleva para millones de personas son obvios e impresionantes. El ahorro de costes que se deriva de la coordinación de operaciones anteriormente en competencia tiende a poner los bienes y servicios al alcance de poblaciones que con anterioridad no hubieran podido siquiera concebir su disfrute. Los enormes aumentos de fondos puestos al servicio de la investigación y el desarrollo expanden la variedad y la calidad de tales beneficios. Algo del consiguiente efecto nivelador en la distribución de las oportunidades de empleo puede observarse en la facilidad con que las operaciones comerciales pueden desplazar su base de una parte del mundo a otra. El abandono de las trabas al comercio transnacional reduce aún más el coste de los bienes para los consumidores. No es difícil apreciar, desde una perspectiva bahá'í, la capacidad de tales transformaciones por lo que respecta a la cimentación de la sociedad global prevista en los Escritos de Bahá'u'lláh.

Lejos de inspirar optimismo en el futuro, la globalización, no obstante, es considerada por un amplio y creciente número de personas de todo el mundo como la principal amenaza a su futuro. La virulencia de los disturbios provocados durante los dos últimos años con motivo de las reuniones de la organización Mundial del Comercio, el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional da fe de la profundidad del temor y del resentimiento provocados por el auge de la globalización. La atención que los medios de difusión prestan a estos brotes inesperados ha centrado la atención pública en las protestas expresadas contra las graves disparidades en la distribución de beneficios y oportunidades que la globalización supuestamente sólo acrecienta, y en las advertencias de que, si no se imponen rápidamente controles efectivos, las consecuencias podrían ser catastróficas en el plano social y político, así como en el aspecto económico y medioambiental.

Tales preocupaciones parecen estar bien fundadas. Las estadísticas económicas por sí solas revelan un cuadro del estado del mundo que resulta profundamente perturbador. La brecha cada vez mayor entre la quinta parte de la población mundial que vive en los países de ingresos superiores y la otra quinta parte, que vive en los países de menores ingresos, nos habla de una historia aciaga. De acuerdo con el Informe de Desarrollo Humano de 1999 publicado por el Programa de Desarrollo de Naciones Unidas, esta brecha representaba en 1990 una proporción de 60 a uno. Es decir, un segmento de la humanidad disfrutaba de acceso a un 60% de la riqueza del mundo, en tanto que el otro, igualmente amplio, estaba constituido por una población que se debatía meramente por sobrevivir con un 1% de dicha riqueza. Ya en 1997,

cuando la globalización hacía rápidos avances, la brecha se había ampliado en unos escasos siete años hasta alcanzar una proporción de setenta y cuatro a uno. Incluso este hecho perturbador no tiene en cuenta el empobrecimiento continuo de la mayoría de los restantes miles de millones de seres humanos, atrapados en el implacablemente decreciente istmo que media entre estos dos extremos. Lejos de estar bajo control, la crisis claramente se acelera. Las repercusiones por lo que respecta al futuro de la humanidad, en términos de la privación y desesperación que afecta a más de dos tercios de la población mundial, permite comprender la apatía que saludó la celebración de una Cumbre del Milenio, la cual, medida por cualquier rasero con que se la mida, fue ciertamente histórica.

La propia globalización es un rasgo intrínseco de la evolución de la sociedad. Ha originado una cultura socioeconómica que en su nivel práctico, constituye el mundo en el que han de desenvolverse las aspiraciones del nuevo siglo. Cualquier observador objetivo aceptará que las dos reacciones contrarias están, en gran medida, bien justificadas. La unificación de la sociedad humana, forjada por los fuegos del siglo XX, es una realidad que con cada día que pasa abre nuevas y asombrosas posibilidades. Otra realidad que se impone con fuerza en las mentes serias de todas partes es la reivindicación de que la justicia se convierta en el vehículo capaz de encauzar esas grandes potencialidades para el avance de la civilización. Ya no se requiere el don de la profecía para comprender que el destino de la humanidad en el siglo que ahora entra ha de determinarse en función de la relación que se establezca entre estas dos fuerzas fundamentales del proceso histórico: los dos principios inseparables de la unidad y la justicia.

*

En la perspectiva de las enseñanzas de Bahá'u'lláh, el mayor peligro de las crisis morales y de las desigualdades relacionadas con la actual fisonomía de la globalización es la arraigada actitud filosófica que pretende justificar y excusar estos fracasos. El derrocamiento de los sistemas totalitarios del siglo XX no ha significado el final de las concepciones ideológicas. Por el contrario. No ha habido sociedad alguna en la historia del mundo, no importa cuán pragmática, experimentalista y multiforme, que no haya derivado su impulso de alguna interpretación fundacional de la realidad. Tal sistema de pensamiento reina hoy día virtualmente indiscutido por todo el planeta, bajo la designación nominal de "civilización occidental". Filosófica y políticamente, se

presenta como una forma de relativismo liberal; económica y socialmente, como capitalismo -dos sistemas de valores que se han ajustado de tal modo entre sí como para reforzarse mutuamente y constituir una sola gran cosmovisión.

Apreciar los beneficios en términos de libertad personal, prosperidad social y progreso científico de que disfruta una significativa minoría de la población mundial no impide que una persona sensata reconozca que el sistema está moral e intelectualmente en bancarrota. Ha contribuido cuanto pudo al avance de la civilización, como lo hicieron sus predecesores, y al igual que ellos se ve impotente para abordar las necesidades de un mundo nunca imaginado por aquellos profetas del siglo XVIII que concibieron la mayor parte de sus elementos constitutivos. Shoghi Effendi no limitó su atención a las monarquías de derecho divino, a las iglesias establecidas o a las ideologías totalitarias cuando planteó la siguiente pregunta escrutadora: "¿Por qué éstas, en un mundo sujeto a la inmutable ley del cambio y la decadencia, han de quedar exentas del deterioro que necesariamente se apodera de toda institución humana?" [149]

Bahá'u'lláh insta a quienes creen en Él a ver "con tus propios ojos y no a través de los de tu vecino" y a saber "por tu propio conocimiento y no por el conocimiento de tu prójimo". Trágicamente, lo que los bahá'ís constatan en la sociedad actual es una explotación desbocada de las masas de la humanidad por mor de una avaricia que se justifica como fruto del funcionamiento de las "fuerzas impersonales del mercado". Lo que sus ojos contemplan por todas partes es la destrucción de cimientos morales vitales para el futuro de la humanidad al amparo de una grotesca autoindulgencia que se disfraza de "libertad de expresión". A diario han de pugnar por contrarrestar las presiones de un materialismo dogmático, que proclama ser la voz de la "ciencia" y que pretende excluir sistemáticamente de la vida intelectual los impulsos que surgen de la esfera espiritual de la conciencia humana.

Y es bien cierto para el bahá'í que las cuestiones últimas son precisamente espirituales. La Causa no es un partido político ni una ideología, y mucho menos una máquina de agitación política contra males sociales de uno u otro signo. El proceso de transformación que ha puesto en marcha avanza induciendo un cambio fundamental de conciencia, y el desafío que plantea a todos los que le rinden servicio es liberarse del apego a presupuestos y preferencias heredados que son irreconciliables con la Voluntad de Dios para

la madurez de la humanidad. Paradójicamente, incluso la aflicción causada por las condiciones prevalecientes que violan la conciencia personal es algo que ayuda a este proceso de liberación espiritual. En última instancia, tal desilusión empuja al bahá'í a enfrentarse con una verdad subrayada una y otra vez en los Escritos de la Fe:

> *De todo el conjunto del mundo ha escogido Él los corazones de Sus siervos, y a cada uno lo ha convertido en la sede de la revelación de Su gloria. Por tanto, santificadlos de toda impureza, para que las cosas para las que fueron creadas puedan grabarse en ellos.* [150]

XII

Durante dos mil años los lectores han sentido fascinación ante la conocida frase con que se abre el Evangelio atribuido a Juan, el discípulo de Jesús: "En el principio era la Palabra". El pasaje continúa afirmando con simplicidad y llaneza asombrosas una verdad espiritual que ha sido medular en todas las religiones reveladas y que ha sido reivindicada, una y otra vez, a lo largo de la sucesión de civilizaciones históricamente conocidas: "Estaba en el mundo, y el mundo fue hecho por Él". La prometida Manifestación de Dios aparece; la comunidad de los creyentes se forma en torno a este centro focal de vida y autoridad espirituales; un nuevo sistema de valores empieza a reordenar tanto la conciencia como la conducta; las artes y las ciencias responden; y se estructuran las leyes que han de regir la administración de los asuntos sociales. Lenta, pero irresistiblemente, surge una nueva civilización, la cual cumple los ideales y emplea las capacidades de millones de seres humanos de un modo que, en efecto, constituye un nuevo mundo, un mundo que para los que "viven, se mueven y tienen su ser" en él es mucho más real que los cimientos terrenales sobre los que se asienta. [151] En los siglos posteriores, la cohesión y auto-confianza de la sociedad continúa dependiendo primordialmente del impulso espiritual que le dio nacimiento.

Con la aparición de Bahá'u'lláh, este fenómeno ha vuelto a suceder, sólo que esta vez a una escala que abarca la totalidad de los habitantes de la tierra. En los acontecimientos del siglo XX pueden observarse las primeras etapas de la gran transformación universal generada por la Revelación, a propósito de la cual escribió Bahá'u'lláh:

> ***Atestiguo que tan pronto como surgió de Su boca la Primera Palabra, mediante la potencia de Tu voluntad y propósito, (...) la creación entera se vio revolucionada, y todo lo que hay en los cielos y en la tierra se agitó en lo más profundo. A través de esa Palabra se vieron sacudidas las realidades de todas las cosas creadas, se dividieron, se separaron, se dispersaron, se combinaron y se reunieron, desplegando, tanto en el mundo contingente como en el reino celestial, entes de nueva creación, y revelando, en los reinos invisibles, las señales y muestras de Tu unidad y unicidad. [152]***

Shoghi Effendi describe este proceso de unificación mundial como el "Plan Mayor" de Dios, cuya operación continuará cobrando energía e impulso

hasta que la raza humana se unifique en una sociedad global que haya desterrado la guerra y se haya hecho cargo de su destino colectivo. Lo que las luchas del siglo XX han logrado ha sido el cambio fundamental de dirección que el propósito divino había requerido. Ese cambio es irreversible. No hay vuelta a un estado anterior de cosas, por muy tentados de reclamarlo que de tiempo en tiempo se sientan algunos elementos de la sociedad.

La importancia de tan histórico y radical cambio no se ve en modo alguno minimizada por el reconocimiento de que el proceso no ha hecho apenas más que comenzar. A su debido tiempo ha de conducir, tal como Shoghi Effendi aclaró, a la espiritualización de la conciencia humana y al surgimiento de una civilización global que encarne la Voluntad de Dios. El mero hecho de afirmar la meta conlleva reconocer el gran trecho que todavía le queda por recorrer a la raza humana. Ha sido contra la más encarnizada resistencia presentada en todos los niveles sociales, entre gobernados y gobernadores por igual, como han podido lograrse los cambios políticos, sociales y conceptuales de los últimos cien años. En última instancia, se han logrado sólo a expensas de espantosos sufrimientos. Sería poco realista imaginar que los desafíos que quedan por delante no hayan de cobrar un peaje aún mayor, máxime cuando la humanidad pugna por todos los medios a su alcance por evitar enfrentarse a las implicaciones espirituales que se derivan de las experiencias sufridas. Las palabras de Shoghi Effendi sobre las consecuencias de esta terquedad de corazón y de conciencia constituyen una lectura aleccionadora:

> *Adversidades inimaginablemente pavorosas, revueltas y crisis nunca antes soñadas, guerras, hambrunas y pestilencias, bien pueden combinarse para grabar en el alma de una generación desatenta las verdades y principios que ha desdeñado reconocer y seguir.* [153]

*

Apenas había transcurrido un tercio del siglo XX cuando el Guardián emplazó a los seguidores de Bahá'u'lláh a desarrollar una comprensión mucho más honda de la propia Causa que la hasta entonces lograda. La Fe había alcanzado el punto, decía, en que "había de dejar de darse a conocer como un movimiento, una hermandad o por el estilo", designaciones que aunque quizás apropiadas en la época en que el mensaje se introducía por vez primera en Occidente, ya por entonces "hacían grave injusticia a su sistema en

constante despliegue". Rechazando por inadecuado incluso el término de "religión" en su sentido más familiar, señalaba que la Fe estaba:

> *(...) consiguiendo visiblemente demostrar su pretensión y títulos a ser considerada como una Religión Mundial, destinada a alcanzar, en la plenitud del tiempo, la condición de una Mancomunidad mundial, que habría de ser a un mismo tiempo el instrumento y la guardiana de la Más Grande Paz anunciada por su Autor.* [154]

Conforme avanzaba el siglo, la Fuerza creativa que impulsaba el reconocimiento de la unicidad de la humanidad, esa misma Fuerza iba liberando progresivamente los poderes inherentes a la Causa, preparándola así para el nuevo papel que habría de desempeñar en los asuntos humanos. Durante los primeros dos decenios del siglo, merced al cuidado amoroso del Maestro, se establecieron los cimientos espirituales y administrativos necesarios para el propósito de Bahá'u'lláh. Sobre la base así dispuesta, durante los treinta y seis años de su propio ministerio, y los seis años ulteriores durante los cuales su Cruzada de Diez Años guió los esfuerzos de la comunidad, Shoghi Effendi se dedicó a refinar los instrumentos administrativos precisos para llevar adelante el Plan Divino. Con el feliz establecimiento en 1963 de la Casa Universal de Justicia, los bahá'ís del mundo emprendieron la primera etapa de una misión de larga duración: la capacitación espiritual del conjunto entero de la humanidad como protagonistas de su propio avance. Al concluir el siglo, este inmenso esfuerzo ya había generado una comunidad representativa de la diversidad de toda la raza humana, unida en su fidelidad y creencias, y comprometida a construir una sociedad global que refleje en la tierra la misión espiritual y moral de su Fundador.

Dicho proceso se vio inmensamente reforzado en 1992 mediante la publicación, largo tiempo esperada, de la versión inglesa, completamente anotada, del Kitáb-i-Aqdas, repositorio de la guía divina para la época de la madurez colectiva de la humanidad. Un círculo creciente de traducciones no tardó en ofrecer a los seguidores de la Fe de todo el mundo acceso a un Libro cuyo Autor ha descrito como "la Aurora del Conocimiento divino, si sois de aquellos que entienden, y el Punto de Amanecer de los mandamientos de Dios, si sois que los que comprenden". [155] *Aparte del reconocimiento que el alma hace de la Manifestación de Dios, nada despierta tan gran sentido de confianza y vitalidad en la conciencia humana, tanto individual como colectiva, como la*

fuerza de la certidumbre moral. En el Kitáb-i-Aqdas, las leyes fundamentales tanto para la vida personal como de la comunidad se han reformulado teniendo presente una sociedad que ha de abarcar el abanico entero de la diversidad humana. Nuevas leyes y conceptos surgen en respuesta a las necesidades renovadas de una raza humana que se adentra en su etapa colectiva de madurez. "¡Pueblos de la tierra!", así reza el llamamiento de Bahá'u'lláh, "Desechad cuanto poseéis y, con las alas del desprendimiento, remontaos por encima de todas las cosas creadas. Así os lo ordena el Señor de la creación, el movimiento de Cuya Pluma ha revolucionado el alma de la humanidad". [156]

Un rasgo de los últimos cien años de desarrollo bahá'í que debería merecer la atención de cualquier observador es el éxito demostrado por la Fe al superar los ataques de que ha sido objeto. Tal como sucediera durante los ministerios del Báb y Bahá'u'lláh, algunos elementos de la sociedad, opuestos al surgimiento de una nueva religión o bien temerosos de los principios que inculcaba, procuraron sofocarla por todos los medios a su alcance. Apenas hubo un solo decenio del siglo pasado que no presenciara intentos de este género, desde las persecuciones sangrientas incitadas por el clero shí'í, o las falsedades desvergonzadas urdidas y difundidas por sus homólogos cristianos, pasando por los esfuerzos sistemáticos de supresión llevados a cabo por varios regímenes totalitarios, y finalmente las violaciones de su compromiso para con Bahá'u'lláh protagonizadas por los insinceros, los ambiciosos o los malévolos de entre sus creyentes declarados. Medida por cualquier rasero humano, la Causa debería haber sucumbido ante semejantes andanadas de oposición, por lo demás sin paralelo en la historia reciente. Empero, lejos de sucumbir, floreció. Su reputación se ha robustecido, sus miembros han aumentado en gran proporción, su influencia se ha difundido muy por encima de lo que soñaron las anteriores generaciones de seguidores. La persecución sirvió para electrizar los esfuerzos de sus valedores. La calumnia impulsó a los creyentes a procurarse una comprensión más madura de su historia y enseñanzas. Y, tal como prometieron el Maestro y el Guardián, la violación de la Alianza libró sus filas de aquellas personas cuya conducta y actitudes habían empañado la fe de otros e inhibido su progreso. Si la Causa no hubiera de aportar otro testimonio de los poderes que la sostienen, esta sucesión de triunfos por sí sola bastaría.

*

Tres años antes de su fallecimiento, Shoghi Effendi, aprovechando la adquisición del último solar de tierra necesario para la erección del Edificio de los Archivos Internacionales, difundió ampliamente ante el mundo bahá'í la naturaleza y trascendencia del programa de construcciones que habría de albergarse en las laderas del Monte Carmelo, cuyo inicios había emprendido el Maestro y que él mismo proseguía:

> *Estos Edificios, dispuestos en forma de un amplio arco y cortados por un estilo arquitectónico armonioso, rodean los lugares donde reposan los restos de la Hoja Más Sagrada (...) de su Hermano (...) y de su Madre (...) El coronamiento último de esta portentosa empresa supondrá la culminación del desarrollo de un Orden Administrativo mundial y divinamente designado cuyos comienzos pueden remontarse hasta los años finales de la Edad Heroica de la Fe.* [157]

La actual etapa de esta ambiciosa empresa ha sido llevada a feliz término en el último año del siglo. Una profusión de recursos facilitados por creyentes de todo el mundo había respondido a la visión de Bahá'u'lláh para este sagrado lugar, tal como se anunciaba en Su Tabla del Carmelo: "Regocíjate, porque Dios, en este Día, ha establecido Su trono sobre ti, te ha convertido en el amanecer de Sus signos y la aurora de las evidencias de Su Revelación". En el complejo de regios edificios que se extienden a lo largo del arco y de las terrazas ajardinadas que se alzan desde el pie de la montaña hasta su cumbre, aquella Causa cuya influencia se había expandido de forma continua por todo el planeta durante el siglo de la luz surgía finalmente en forma de una presencia visible y potente. Al observar las muchedumbres de visitantes de todos los países que todos los días se agolpan en sus escaleras y senderos, amén de la afluencia de distinguidos visitantes que son bienvenidos en las salas de recepción del Centro Mundial, las mentes perceptivas pueden sentir el cumplimiento de la visión expresada hace ya dos mil trescientos años por el profeta Isaías: "Y acontecerá que en los últimos días, la montaña de la casa del Señor será establecida en la cumbre de las montañas, y descollará sobre los montes; y hacia ella confluirán todas las naciones". [158]

La Causa bahá'í se distingue especialmente por ser un todo orgánico que no admite componendas. Al encarnar el principio de la unidad, pilar de la Revelación de Bahá'u'lláh, dicha naturaleza es el signo de la presencia del Espíritu que mora y anima la Fe. Única entre las religiones de la historia -pese a los repetidos esfuerzos por quebrar su unidad- la Causa ha logrado resistir la

plaga perenne del cisma y de los faccionalismos. El éxito obtenido por la comunidad en las labores de enseñanza viene asegurado por el hecho de que los instrumentos que utiliza fueron creados por la propia Revelación, y por el hecho de que fueran los propios Fundadores de la Fe quienes concibieron los métodos para la prosecución de su Plan Divino, y que fueron Ellos quienes guiaron, en todo detalle significativo, el lanzamiento de la empresa. Durante el siglo XX, gracias a los esfuerzos de 'Abdu'l-Bahá y el Guardián, el propio Monte Carmelo se ha convertido en una expresión de esta unidad de la naturaleza de la Fe. En contraste con las circunstancias que afectan a otras religiones mundiales, el centro espiritual y el administrativo de la Causa están inseparablemente unidos en este mismo lugar de la tierra y sus instituciones rectoras giran en torno al Santuario de su Profeta mártir. Para muchos visitantes, incluso la armonía que ha podido lograrse con la variedad de flores, árboles y arbustos que rodean los jardines parece proclamar el ideal de unidad en la diversidad, que tan atractivo encuentran en las enseñanzas de la Fe.

Nada señala tan conmovedoramente la conclusión de estos cien años de logros como el acontecimiento que asimismo sumió a los creyentes de todo el mundo en un estado de profunda tristeza. El 19 de enero de 2000, un mensaje de la Casa Universal de Justicia anunciaba:

> *A primeras horas de esta mañana, el alma de Amatu'l-Bahá Rúhíyyih Khánum, la amada consorte de Shoghi Effendi y el último vínculo que ligaba al mundo bahá'í con la familia de 'Abdu'l-Bahá, fue liberada de las limitaciones de esta existencia terrestre (...) Sus veinte años de trato íntimo con Shoghi Effendi dieron pie a que la pluma del Guardián le dedicara tales muestras de reconocimiento como "mi compañera auxiliadora", "mi escudo", "mi colaboradora incansable en las arduas faenas con las que cargo" (...)*

Según iban remitiendo los efectos del golpe inicial, gradualmente fue reconociéndose otro de los favores inagotables de Bahá'u'lláh. He aquí a una figura cuya vida había abarcado la mayor parte del siglo - y cuyo espíritu indomable había protagonizado las luchas y sacrificios bahá'ís durante su última mitad - le había sido dado vivir y celebrar las magníficas victorias a las que había contribuido tan espléndidamente.

*

Al instar a los que Le han reconocido a compartir el mensaje del Día de Dios con los demás, Bahá'u'lláh recurre una vez más al lenguaje de la propia creación: "Todo el mundo clama en alto por un alma. Las almas celestiales deben infundir, mediante el aliento de la Palabra de Dios, en los cuerpos muertos un espíritu nuevo".[159] El principio es asimismo válido por lo que respecta a la vida colectiva de la humanidad -así lo indica 'Abdu'l-Bahá- tanto como lo es para las vidas de sus componentes: "La civilización material es como el cuerpo. A pesar de que sea infinitamente grácil, elegante y bello, está muerto. La civilización divina es como el espíritu, y el cuerpo deriva su vida del espíritu (...) [160]

En esta poderosa analogía se resume la relación entre los dos acontecimientos históricos que la Voluntad de Dios propulsó por dos sendas convergentes a lo largo del siglo de la luz. Sólo una persona ciega a las capacidades intelectuales y sociales latentes en la raza humana, e insensible a las desesperadas necesidades de la humanidad, podría dejar de sentir honda satisfacción ante los avances que la sociedad ha registrado durante los pasados cien años, y en particular ante los procesos que fusionan los pueblos y naciones de la tierra. Cuánto más han de valorar los bahá'ís estos logros en los que reconocen el Propósito de Dios mismo. Pero el Cuerpo de esta civilización material de la humanidad clama a voces y anhela cada día con mayor desesperación pidiendo un Alma. Al igual que sucediera con toda gran civilización de la historia, hasta tanto no se vea animada así y no despierten sus facultades espirituales, no encontrará ni paz, ni justicia, ni una unidad que supere el listón de las negociaciones y componendas. Dirigiéndose a los "representantes elegidos de los pueblos en todos los países", escribía Bahá'u'lláh:

> *Lo que el Señor ha ordenado como el supremo remedio y el más poderoso instrumento para la curación de todo el mundo es la unión de todos sus pueblos en una Causa universal, una Fe común.* [161]

Por tanto, no es en el hecho de prestar apoyo, ni ánimos, ni siquiera en el ejemplo en lo que se cifra principalmente el trabajo de la Causa. La comunidad bahá'í continuará contribuyendo por todos los medios posibles a los esfuerzos encaminados a la unificación global y a la mejora social, pero tales aportaciones revisten un significado secundario. Su verdadero propósito es el de ayudar a la población mundial a abrir su mente y corazón al único Poder capaz de colmar su anhelo último. Nadie excepto quienes han despertado a la

Revelación de Dios puede prestar esta ayuda. No hay nadie que pueda ofrecer un testimonio creíble de la futura llegada de un mundo de paz y justicia salvo quienes comprenden, no importa cuán vagamente, las palabras con que la Voz de Dios emplazó a Bahá'u'lláh a que emprendiese Su misión:

> *¿Puedes acaso, oh Pluma, descubrir en este día a otro salvo a Mí? ¿Qué ha sido de la creación y de sus manifestaciones? ¿Y qué de los nombres y de su reino? ¿Adónde han ido todas las cosas creadas, ya sean visibles o invisibles? ¿Qué hay de los secretos ocultos del universo y de sus revelaciones? ¡Ve cómo la creación entera ha dejado de existir! Nada queda sino Mi Rostro, el Sempiterno, el Resplandeciente, el Todoglorioso.*
>
> *Este es el Día en que nada se ve excepto los esplendores de la Luz que brilla en el rostro de Tu Señor, el Munífico, el Más Generoso. Verdaderamente, hemos hecho expirar a cada alma en virtud de Nuestra irresistible soberanía que todo lo somete. Luego, hemos hecho surgir una nueva creación, como muestra de Nuestra gracia a los hombres. Yo soy, en verdad, el Todogeneroso, el Anciano de Días.* [162]

****

NOTAS

1. Shoghi Effendi, *Advent of Divine Justice* (Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1990), p. 8.
2. Shoghi Effendi, *The Promised Day is Come* (Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1996), p. 1.
3. Eric Hobsbawm, *Age of Extremes: The Short Twentieth Century, 1914-1991* (Londres: Abacus, 1995), p. 584.
4. Leopoldo II, Rey de los belgas, gobernó la colonia durante lustros como si de un coto particular se tratase (1877-1908). Las atrocidades perpetradas bajo su tiranía suscitaron una oleada de protestas internacionales. En 1908 se vio obligado a entregar el territorio a la administración del gobierno belga.
5. Los procesos que indujeron estos cambios son objeto de detallada revisión en A. N. Wilson, et al., *God's Funeral* (Londres: John Murray, 1999). En 1872, Winwood Reade publicaba la obra *The Martyrdom of Man* (Londres: Pernberton Publishing, 1968), que llegó a convertirse en una especie de "Biblia" de los primeros decenios del siglo XX; expresaba la confianza de que "por fin, los hombres dominarán las fuerzas de la naturaleza. Llegarán a ser arquitectos de sistemas, artesanos de mundos. El hombre será perfecto y se convertirá en creador, hasta llegar a ser eso que el vulgo adora como a un dios". Citado por Anne Glyn-Jones, *Holding up a Mirror. How Civilizations Decline* (Londres: Century, 1996), pp. 371-372.
6. *Selections from the Writings of 'Abdu'l-Bahá* (Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1997), p. 35 (sección 15.6).
7. 'Abdu'l-Bahá, *The Secret of Divine Civilization* (Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1990), p. 2.
8. *Makátib-i-'Abdu'l-Bahá* (*Tablets of 'Abdu'l-Bahá*), vol. 4 (Teherán: Editora Nacional de Irán, 1965), pp. 132-134, traducción provisional.
9. *Ibídem.*
10. *Ibíd.*
11. La escuela se clausuró en 1934 por orden de Reza Sháh, por haber incluido los días sagrados bahá'ís como festivos religiosos. Poco después se procedía al cierre de las demás escuelas bahá'ís de Irán.
12. La historia aparece recogida en *The Bahá'í World, vol. XIV* (Haifa: Bahá'í World Centre, 1975), pp. 479-481.
13. Shoghi Effendi, *The World Order of Bahá'u'lláh* (Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1991), p. 156.
14. "El círculo más externo de este magno sistema, la réplica visible de la posición central conferida al Heraldo de nuestra Fe, no es sino el planeta entero. En el corazón de este planeta descansa la "Tierra Más Sagrada", aclamada por 'Abdu'l-Bahá como "el Nido de los Profetas" y al que ha de considerarse el centro del mundo y la Alquibla de las naciones. Dentro de esta Tierra Más Sagrada se alza la Montaña de Dios, de santidad inmemorial, la Viña del Señor, el Retiro de Elías, Cuyo retorno simboliza el propio Báb. Descansando en el regazo de esta santa montaña se extienden las amplias propiedades dedicadas permanentemente al santo Sepulcro del Báb, del que son sus recintos sagrados. En medio de estas propiedades, reconocidas como las dotaciones internacionales de la Fe, se halla situado el atrio más sagrado, un recinto compuesto de jardines y terrazas que a un tiempo embellecen y confieren encanto propio a estos predios sagrados. Engastado en estos aledaños preciosos y verdeantes se alza, en toda su exquisita belleza, el mausoleo del Báb, la madreperla designada para conservar y adornar la estructura original levantada por 'Abdu'l-Bahá para acoger la tumba del Heraldo-Mártir de nuestra Fe. Dentro de esta madreperla se atesora la Perla de Gran Precio, el sanctasanctórum, las cámaras que constituyen la tumba misma y que fueran construidas por 'Abdu'l-Bahá. En el corazón mismo del sanctasanctórum se encuentra el tabernáculo, la bóveda en donde reposa el féretro más sagrado. Dentro de esta bóveda hállase el sarcófago de alabastro en el que está depositada esa inestimable joya: el sagrado polvo del Báb". Shoghi Effendi, *Citadel of Faith* (Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1995), pp. 95-96.
15. *Ibídem, p.* 95.
16. Shoghi Effendi, God *Passes By* (Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1995), p. 276.
17. H. M. Balyuzi, *Abdu'l-Bahá: The Centre of the Covenant of Bahá'u'lláh,* 2ª ed. (Oxford: George Ronald, 1992), p. 136.
18. *Selections from the Writings of 'Abdu'l-Bahá, op. cit.*, pp. 254-255, (sección 200.3).
19. Shoghi Effendi, *God Passes By, op. cit.*, p. 258.
20. *Ibídem., p.* 259.

21. *The Bahá''í Centenary, 1844-1944*, compilado por la Asamblea Espiritual Nacional de los Bahá'ís de Estados Unidos y Canadá (Wilmette: Bahá'í Publishing Committee, 1944), pp. 140-141.
22. Shoghi Effendi, *God Passes By*, *op. cit*., p. 280.
23. '*Abdu'l-Bahá in London: Addresses and Notes of Conversations* (Londres: Bahá'í Publishing Trust, 1982), pp. 19-20.
24. 'Abdu'l-Bahá, *Tablets of the Divine Plan* (Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1993), p. 94.
25. Shoghi Effendi, *God Passes By, op. cit.*, pp. 281-282.
26. 'Abdu'l-Bahá, *The Promulgation of Universal Peace* (Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1995), p. 121, traducción provisional.
27. *Selections from the Writings of 'Abdu'l-Bahá, op. cit*., p. 106, (sección 64. 1).
28. *Ibídem*, p. 23, (sección 7.2).
29. 'Abdu'l-Bahá, *The Promulgation of Universal Peace, op. cit.*, pp. 455-456.
30. Juliet Thompson, *The Diary of Juliet Thompson* (Los Angeles: Kalimát Press, 1983), p. 313.
31. Shoghi Effendi, *God Passes By, op. cit*., pp. 244-245.
32. *'Abdu'l-Bahá in Canada* (Forest: National Spiritual Assembly of Canada, 1962), p. 51.
33. 'Abdu'l-Bahá, *Paris Talks*, 12ª ed., (Londres: Bahá'í Publishing Trust, 1995), p. 64.
34. Eric Hobsbawm, *Age of Extremes: The Short Twentieth Century, 1914-1991, op. cit*., p. 23.
35. *Gleanings from the Writings of Bahá'u'lláh* (Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1983), p. 264, (sección CXXV).
36. Edward R. Kantowicz, *The Rage of Nations* (Cambridge: William B. Eerdmans Publishing Company, 1999), p. 138. Kantowicz añade que la guerra le supuso a Europa la pérdida de 48 millones de vidas, incluyendo 15 millones "extinguidas" porque su maltrecha salud les hizo vulnerables a la epidemia de gripe postbélica, y también por la drástica reducción de la tasa de natalidad ocurrida tras estas calamidades. Hobsbawm calcula que Francia perdió casi un veinte por ciento de sus hombres en edad militar, Gran Bretaña perdió una cuarta parte de los graduados de Oxford y Cambridge que sirvieron en el ejército durante la guerra, en tanto que las pérdidas alemanas ascendieron a 1.8 millones, esto es, un trece por ciento de su población en edad militar. (Véase Eric Hobsbawm, *Age of Extremes: The Short Twentieth Century, 1914-1991, op. cit*., p. 26).
37. La figura del Presidente Wilson cuenta con numerosas biografías escritas desde su fallecimiento. Tres de las más recientes son las de Louis Auchincloss, *Woodrow Wilson* (Nueva York: Viking Penguin, 2000); A. Clements Kendrick, *Woodrow Wilson: World Statesman* (Lawrence: University Press of Kansas, 1987); Thomas J. Knock, *To End All Wars: Woodrow Wilson and the Quest for a New World Order* (Oxford: Oxford University Press, 1992).
38. 'Abdu'l-Bahá, *The Promulgation of Universal Peace, op. cit.*, p. 305.
39. Shoghi Effendi, *Citadel of Faith, op. cit.*, p. 32.
40. *Ibídem*., pp. 32-33.
41. En su redacción definitiva, el artículo X del Convenio de la Liga no requería la intervención militar colectiva en los supuestos de agresión, tan sólo se limitaba a declarar: "(...) el Consejo recomendará los medios mediante los cuales se deba dar cumplimiento a esta obligación".
42. Shoghi Effendi, *The World Order of Bahá'u'lláh, op. cit*., pp. 29-30.
43. Shoghi Effendi, *Citadel of Faith, op. cit*., pp. 28-29.
44. *Ibídem*, p. 7.
45. *Selections from the Writings of the Báb* (Haifa: Bahá'í World Centre, 1978), p. 56.
46. Bahá'u'lláh, *The Kitáb-i-Aqdas, The Most Holy Book* (Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1993), párrafo 88.
47. *Tablets of Bahá'u'lláh Revealed after the Kitáb-i-Aqdas* (Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1988), p. 13.
48. La cita hace referencia al valor del "consejo" dirigido por el Maestro a las autoridades militares británicas, que aceptaron restaurar la vida civil en la zona tras el derrocamiento del régimen turco, añadiendo que "todo su influjo ha sido para bien". *Véase* Moojan Momen, ed., *The Bábi and Bahá'í Religions, 1844-1944.. Some Contemporary Western Accounts* (Oxford.. George Ronald, 1981), p. 344.
49. *The Bahá'í World, vol. XX* (Haifa: Bahá'í World Centre, 1976), p. 132.
50. Horace Holley, *Religion for Mankind* (Londres: George Ronald, 1956), pp. 243-244.
51. *Will and Testament of 'Abdu'l-Bahá* (Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1991), p. 11.
52. Shoghi Effendi, *God Passes By, op. cit*., p. 326.

53. Shoghi Effendi, *Bahá'í Administration* (Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1998), p. 15.
54. Aunque la "tregua de Navidad" afectó principalmente a los soldados británicos y alemanes, también participaron las tropas francesas y belgas: BBC News, Online Network Summary of Brown, Malcolm and Shirley Seaton, "Christmas Truce".
55. Rúhíyyih Rabbání, *The Priceless Pearl* (Londres: Bahá'í Publishing Trust, 1969), pp. 121, 123.
56. Shoghi Effendi, *Bahá'í Administration, op. cit*., pp. 187-188, 194.
57. En un caso tras otro, la flagrante conducta de los hermanos, hermanas y primos de Shoghi Effendi le dejó sin más alternativa que la de advertir a los bahá'ís del mundo que habían violado la Alianza.
58. Shoghi Effendi, *The World Order of Bahá'u'lláh, op. cit*., p. 36.
59. *Ibídem*, pp. 42-43.
60. *Ibídem*, p. 202.
61. *Ibídem*, pp. 203-204.
62. Shoghi Effendi, *The World Order of Bahá'u'lláh, op. cit.*, p. 203.
63. Shoghi Effendi, *The Advent of Divine Justice, op. cit.*, pp. 90, 19, 85.
64. Nabíl-i-A'zam, *The Dawn-Breakers: Nabíl's Narrative of the Early Days of the Bahá'í Revelation* (Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1999), pp. 92-94.
65. Shoghi Effendi, *Bahá'í Administration, op. cit.*, p. 52.
66. *Selections from the Writings of 'Abdu'l-Bahá, op. cit*., pp. 85-86, (sección 38.5).
67. Shoghi Effendi, *The World Order of Bahá'u'lláh, op. cit*., p. 4.
68. *Ibídem*, p. 19.
69. *Gleanings from the Writings of Bahá'u'lláh, op. cit*., p. 60, (sección XXV).
70. Shoghi Effendi, *The World Order of Bahá'u'lláh, op. cit*., p. 19.
71. *Ibídem*, p. 144.
72. Shoghi Effendi, *God Passes By, op. cit*., p. 26.
73. *The Bahá'í World, vol. X* (Wilmette: Bahá'í Publishing Committee, 1949), pp. 142-149, ofrece un repaso detallado de la expansión de la Causa hasta la conclusión del primer Plan de Siete Años.
74. Shoghi Effendi, *Messages to Canada*, 2ª ed. (Thornhill: Bahá'í Canada Publications, 1999), p. 114.
75. Shoghi Effendi, *God Passes By, op. cit*., p. 365.
76. *Gleanings from the Writings of Baha'u'llah, op. cit*., p. 200, (sección XCIX).
77. Bahá'u'lláh, *The Kitáb-i-Íqán* (Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1983), p. 31.
78. "En Europa, a comienzos del siglo XX, la mayoría de la población aceptaba la autoridad de la moral (...) [Más tarde] los europeos más reflexivos llegaron a creer en el progreso moral, creyendo que el vicio y barbarie humanos estaban de retirada. Al final del siglo, resulta difícil mostrarse confiado tanto en que haya una ley moral como en la existencia de un progreso moral": Jonathon Glover, *Humanity: A Moral History of the Twentieth Century* (Londres: Jonathan Cape, 1999), p. 1. El estudio de Glover se centra particularmente en el auge e influencia de las ideologías del siglo XX.
79. Shoghi Effendi, *The Promised Day is Come, op. cit.*, pp. 185-186.
80. *Ibídem.*
81. *Gleanings from the Writings of Bahá'u'lláh, op. cit*., pp. 65-66, (sección XXVII).
82. *Ibídem*, pp. 41-42, (sección XVII).
83. *Women: Extracts from the Writings of Bahá'u'lláh, 'Abdu'l-Bahá, Shoghi Effendi and the Universal House of Justice*, compilado por el Departamento de Estudios de la Casa Universal de Justicia (Thornhill: Bahá'í Canada Publications, 1986), p. 50.
84. Shoghi Effendi, *Messages to America* (Wilmette: Bahá'í Publishing Committee, 1947), p. 28.
85. *Ibídem*, pp. 9, 10, 14, 22.
86. *Ibíd*, p. 28.
87. Rúhíyyih Rabbání, *The Priceless Pearl, op. cit.*, p. 382.
88. Shoghi Effendi, *Messages to America, op. cit.*, p. 53.
89. Shoghi Effendi, *The World Order of Bahá'u'lláh, op. cit.*, p. 46.
90. *'Abdu'l-Bahá in Canadá, op. cit*., p. 51.
91. 'Abdu'l-Bahá, *Promulgation of Universal Peace, op. cit.*, p. 377.
92. 'Abdu'l-Bahá, *Foundations of World Unity* (Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1979), p. 21.
93. Lester Bowles Pearson (1897-1972) recibió el Premio Nobel de la Paz en 1957 por sus propuestas de política internacional en el período posterior a la segunda guerra mundial, particularmente por el plan que llevó al establecimiento de las primeras fuerzas de emergencia de Naciones Unidas que iban a actuar en

el Canal de Suez en 1956, en respuesta a la crisis creada por la invasión de Egipto por parte de los ejércitos británico y francés, que actuaban de común acuerdo con las tropas de Israel tras la captura del Canal de Suez por Egipto. El primer voto formal de sanciones internacionales contra una agresión fue el adoptado en 1936 por la Sociedad de Naciones, cuando la Italia fascista invadió Etiopía, y fue aclamado por Shoghi Effendi como: "un evento sin paralelo en la historia humana" (Véase Shoghi Effendi, *The World Order of Bahá'u'lláh*, *op. cit*., p. 191)

94. Los tres Secretarios Generales de Naciones Unidas mencionados son, por orden cronológico, Javier Pérez de Cuellar (1982-1991), Perú; Boutros Boutros-Ghali (1992-1996), Egipto; Kofi Annan, (1997-actualidad), Ghana.
95. Anne Frank (1929-1945), joven judía, víctima del genocidio nazi, capturada en la alcoba que le servía de refugio en Holanda, en agosto de 1944. Fue enviada al campo de concentración de Belsen, donde murió una año más tarde. Su diario se publicó en 1952 con el título *The Diary of a Young Girl (Diario de Ana Frank)*, que después sería llevado a los teatros y a las pantallas de cine. Martin Luther King Jr. (1929-1968), clérigo norteamericano galardonado con el Premio Nobel de la Paz, uno de los dirigentes principales de los derechos civiles norteamericanos, asesinado el 4 de abril de 1968 en Memphis, Tennessee. Su recuerdo se conmemora en Estados Unidos como fiesta nacional el tercer lunes de enero. Paulo Freire (1921-1997), pedagogo innovador brasileño, cuya obra pionera en la educación de adultos le valió renombre internacional, pero que le deparó dos períodos de encarcelamiento en su propio país. Kiri Te Kanawa (1944-), nacida en Nueva Zelanda, de orígen maorí, y hoy día una de las principales *divas* del mundo de la ópera. Fue investida en 1982 con el título correspondiente a la Orden de Dame Commander del Imperio Británico por S.A.R. la Reina Isabel II. Gabriel García Márquez (1928-), escritor colombiano y novelista, ganador en 1982 del Premio Nobel de Literatura; se vio obligado a pasar los años 60 y 70 en exilio voluntario en México y España para escapar a la persecución en su país de origen. Ravi Shankar (1920-), compositor indio y citarista, cuyo impresionante talento y giras por Europa y Norteamérica han contribuido a despertar en todo Occidente el interés por la música india. Andrei Dmitriyevich Sakharov (1921-1989), físico nuclear ruso, abandonó la investigación científica para convertirse en portavoz de las libertades civiles en la Unión Soviética, lo que le hizo acreedor del Premio Nobel de la Paz de 1975, mientras sufría un exilio interno en su propia patria. La "Madre Teresa" (Agnes Gonxha Borjaxhiu, 1910-1997), nacida en Albania, monja católica de las Misioneras de la Caridad, cuyo trabajo sacrificado a favor de los pobres, los desahuciados y los moribundos de Calcuta le valieron el Premio Nobel de la Paz de 1979. Zhang Yimou (1951-), uno de los principales directores de la "Quinta Generación" de cineastas chinos, ganador de numerosos premios profesionales en reconocimiento a la sensibilidad visual de su impresionante labor.
96. Las tres nuevas Asambleas Espirituales Nacionales fueron las de Canadá, que se constituyó en Asamblea Nacional aparte de la de Estados Unidos en 1948, y las Asambleas Regionales de América Central y de las Antillas (1953), y la de Suramérica (1953).
97. Shoghi Effendi, *Messages to the Bahá'í* World, 1950-1957 (Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1995), p. 41.
98. *Ibídem*, pp. 38-39.
99. *Will and Testament of 'Abdul-Bahá, op. cit*., p. 13
100. Bajo el liderazgo de los dos medio hermanos de 'Abdu'l-Bahá, a saber, Muhammad-'Alí y Badí'u'lláh, junto con un primo, Majdi'd-Dín, el grupo de violadores de la Alianza que habían ocupado desde tiempo atrás la Mansión de Bahjí a la muerte de Bahá'u'lláh prosiguieron una campaña ininterrumpida de ataques y maquinaciones contra el Maestro y el Guardián. Durante el Mandato británico, se vieron forzados a evacuar la Mansión debido al estado de abandono en que la habían dejado caer, lo que le permitió al Guardián restaurar el edifico y establecer su carácter de lugar sagrado ante las autoridades civiles. Posteriormente, Shoghi Effendi obtuvo del gobierno del recién establecido Estado de Israel el reconocimiento de que todas las propiedades tenían este mismo carácter privilegiado, a raíz de lo cual se emitió un mandamiento oficial por el que se instaba a los restantes violadores de la Alianza a evacuar el edificio en vergonzoso estado que todavía ocupaban junto a la Mansión. Al no prosperar su apelación contra este juicio, se ejecutó la orden de desahucio y el edificio fue derribado por orden del Guardián, con lo que felizmente desaparecía la última tara que estorbaba el embellecimiento de la propiedad.
101. *Tablets of Bahá'u'lláh revealed after the Kitáb-i-Aqdas*, *op. cit*., p. 68.
102. *Will and Testament of 'Abdu'l-Bahá*, *op. cit*., pp. 19-20.

103. Consta una amplia descripción del papel desempeñado por las Manos de la Causa durante estos años críticos en Amatu'l-Bahá Rúhíyyih Khánum, *Ministry of the Custodians* (Haifa: Bahá'í World Centre, 1997).
104. Shoghi Effendi, *The World Order of Bahá'u'lláh*, *op. cit*., p. 148.
105. *Will and Testament of 'Abdu'l-Bahá*, *op. cit*., p. 20.
106. Universal House of Justice, *Messages from the Universal House of Justice, 1963- 1986. The Third Epoch of the Formative Age* (Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1996), p. 14.
107. El tema aparece mencionado en numerosos pasajes de *The Priceless Pearl*, *op. cit*. Véase en particular las páginas 79, 85, 90, 128 y 159.
108. *Tablets of Bahá'u'lláh revealed after the Kitáb-i-Aqdas*, *op. cit*., p. 69.
109. 'Abdu'l-Bahá, *The Secret of Divine Civilization*, *op. cit*., pp. 96-97.
110. J. E. Esslemont, *Bahá'u'lláh and the New Era: An Introduction to the Bahá'í Faith*, 5ª ed. rev. (Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1998), p. 250.
111. *Will and Testament of 'Abdu'l-Bahá*, *op. cit*., p. 11.
112. Shoghi Effendi, *The World Order of Bahá'u'lláh*, *op. cit*., p. 8.
113. Bahá'u'lláh, *The Kitáb-i-Aqdas*, op. cit., párrafo 83.
114. Bahá'u'lláh, *Epistle to the Son of the Wolf* (Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1988), p. 14.
115. Shoghi Effendi, *The World Order of Bahá'u'lláh*, *op. cit*., pp. 43, 195.
116. Ibídem, p. 24.
117. *Tablets of Bahá'u'lláh revealed after the Kitáb-i-Aqdas*, *op. cit*., pp. 66-67.
118. Shoghi Effendi, *The Advent of Divine Justice*, *op. cit*., p. 27.
119. *The Establishment of the Universal House of Justice*, compilado por el Departamento de Estudios de la Casa Universal de Justicia (Oakham: Bahá'í Publishing Trust, 1984), p. 17.
120. Universal House of Justice, *Messages from the Universal House of Justice, 1963-1986. The Third Epoch of the Formative Age*, *op. cit*., p. 52.
121. *Ibídem*, p. 104.
122. Bahá'í News, nº. 73, mayo 1933 (Wilmette: National Spiritual Assembly of the Bahá'ís of the United States), p. 7.
123. El Instituto fue creado por la Casa Universal de Justicia en 1998 como organismo de la Comunidad Internacional Bahá'í, que da cuenta ante la Casa de Justicia a través de la Oficina de Información Pública. Sus funciones lo describen como organismo "dedicado a investigar tanto los elementos materiales como espirituales que sustentan el conocimiento humano y los procesos de avance social".
124. El Centro tiene como objetivo "investigar la Fe bahá'í de modo sistemático, incluyendo su cultura religiosa, su espíritu humanitario y su ética religiosa".
125. Citado en *Star of the West*, vol. 13, nº. 7 (octubre 1922), pp. 184-186.
126. 'Abdu'l-Bahá, *Tablets of the Divine Plan*, *op. cit*., p. 54.
127. Comenzó hacia 1904, cuando el creyente y erudito iraní ?adru'?-?udúr estableció, contando con el aliento de 'Abdu'l-Bahá, la primera escuela de formación de maestros de clases infantiles para jóvenes bahá'ís de Teherán. Las clases eran diarias y los graduados, que habían recibido también formación en otras religiones así como en diversos aspectos de la Fe bahá'í, contribuyeron en gran medida a la expansión y consolidación de la Causa en su tierra natal.
128. El modelo en cuestión es el "Instituto Ruhi", cuyos materiales y métodos han sido adoptados por numerosas comunidades bahá'ís de todo el mundo. En lo principal su filosofía se basa en la compaginación de actividades de servicio junto con el estudio de las propias Escrituras bahá'ís. El sistema, organizado en torno a una serie de niveles de estudio (cuyo conjunto forma un eje "troncal" de conocimientos que versan sobre las enseñanzas fundamentales de Bahá'u'lláh) permite infinitas aplicaciones a la medida de las necesidades de las comunidades que lo emplean.
129. Shoghi Effendi, *God Passes By*, *op. cit*., p. xiii.
130. 'Abdu'l-Bahá, *The Promulgation of Universal Peace*, *op. cit*., pp. 43-44.
131. Moojan Momen, *The Bábí and Bahá'í Religions, 1844-1944. Some Contemporary Western Accounts*, *op. cit*., pp. 186-187.
132. *The Bahá'í World*, vol. XV, *op. cit*., pp. 29, 36.
133. *The Bahá'í World*, vol. IV (Nueva York: Bahá'í Publishing Committee, 1933), pp. 257-261. Incluye un breve relato histórico sobre la fundación del Bureau y su funcionamiento.

134. *The Bahá'í World*, vol. III (Nueva York: Bahá'í Publishing Committee, 1930), pp. 198-206. Contiene el texto de una Petición formal dirigida a la Comisión Permanente de Mandatos de la Sociedad de Naciones por parte de los bahá'ís de Irak, que resume la historia del caso.
135. Shoghi Effendi, *God Passes By*, *op. cit*., p. 360.
136. El texto completo de la Declaración puede encontrarse en *World Order Magazine*, abril 1947, vol. XIII, nº. 1.
137. *The Bahá'í Question, Iran's Secret Blueprint for the Destruction of a Religious Community, An Examination of the Persecution of the Bahá'ís of Iran* (Nueva York: Bahá'í International Community, 1999), preparado por la Oficina de Naciones Unidas de la Comunidad Internacional Bahá'í para su distribución entre los miembros de la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas.
138. Pasaje de una alocución de Edward Granville Browne, publicada en *Religious Systems of the World.. A Contribution to the Study of Comparative Religion*, 3ª ed. (Nueva York: Macmillan, 1892), pp. 352-353.
139. Durante los nueve años de su existencia, la oficina se encargó de ayudar al asentamiento de unos 10,000 refugiados bahá'ís iraníes en veintisiete países.
140. Hasta la fecha noventa y nueve Asambleas Espirituales Nacionales han recibido formación intensiva en el programa.
141. La Conferencia de Pekín sobre la Mujer permitía que cincuenta de entre las dos mil organizaciones no gubernamentales participantes presentasen sus declaraciones oralmente. Dado que la Comunidad Internacional Bahá'í ya había disfrutado de este mismo privilegio en varias conferencias anteriores, sobre todo en la de Río de Janeiro en torno al medio ambiente y en la de Copenhague sobre el desarrollo económico y social, los representantes de la Comunidad cedieron el turno que se les había adjudicado en favor del Centro de Estudios sobre el Género de Moscú.
142. Un relato pormenorizado, incluyendo el texto de la decisión del Tribunal Federal de Alemania, se encuentra en *The Bahá'í 'World*, vol. XX (Haifa: Bahá'í World Centre, 1998), pp. 571-606.
143. *Sessão Solene da Câmara Federal*, Brasilia, 28 de mayo, 1992, (reimpreso con traducción al inglés a cargo de la Asamblea Espiritual Nacional de los Bahá'ís de Brasil, 1992).
144. *Selections from the Writings of 'Abdu'l-Bahá*, *op. cit*., pp. 34-36, (sección 15).
145. *Sesión cincuenta y cuatro de la Asamblea General de Naciones Unidas, Asunto 49 (b) del orden del día Medidas y Propuestas de Reforma de Naciones Unidas: la Asamblea del Milenio de Naciones Unidas*, 8 de agosto de 2000, (Documento nº. A/54/959), p. 2.
146. Véase *Commitment to Global Peace*, declaración de la Cumbre de Paz del Milenio de Dirigentes Religiosos y Espirituales, elevada al Secretario General de Naciones Unidas Kofi Annan el 29 de agosto de 2000 durante una sesión de la cumbre celebrada en la Asamblea General de Naciones Unidas.
147. Asamblea General de Naciones Unidas, *Sesión cincuenta y cuatro, Asunto 61 (b) del Orden del Día La Asamblea de Naciones Unidas del Milenio*, 8 de septiembre de 2000, (Documento nº. A/ 55/L.2), sección 32.
148. Los objetivos respectivos de las tres grandes citas del Milenio, así como la participación de la Comunidad Bahá'í en estas reuniones, se resumen en una carta de la Casa Universal de Justicia dirigida a todas las Asambleas Espirituales Nacionales de fecha 24 de septiembre de 2000.
149. Shoghi Effendi, *The World Order of Bahá'u'lláh*, *op. cit*., p. 42.
150. *Gleanings from the Writings of Bahá'u'lláh*, *op. cit*., p. 297, (sección CXXXVI).
151. Bahá'u'lláh, *The Kitáb-i-Íqán*, *op. cit*., p. 34.
152. Bahá'u'lláh, *Prayers and Meditations* (Wilmette: Bahá'í Publishing Trust, 1998), p. 295, (sección CLXXVIII).
153 Shoghi Effendi, *The World Order of Bahá'u'lláh*, *op. cit*., p. 193.
154. *Ibídem*, p. 196.
155. Bahá'u'lláh, *The Kitáb-i-Aqdas*, *op. cit*., párrafo 186.
156. *Ibídem*, párrafo 54.
157. Shoghi Effendi, *Messages to the Bahá'í World*, 1950-1957, *op. cit*., p. 74.
158. Isaías 2:2.
159. Shoghi Effendi, *The Advent of Divine Justice*, *op. cit*., pp. 82-83.
160. *Selections from the Writings of 'Abdu'l-Bahá*, *op. cit*., p. 317, (sección 227.22).
161. *The Proclamation of Bahá'u'lláh to the Kings and Leaders of the World* (Haifa: Bahá'í World Centre, 1967), p. 67.
162 *Gleanings from the Writings of Bahá'u'lláh*, *op. cit*., pp. 29-30, (sección XIV).

